UNA RELIGION
PARA NUESTRO TIEMPO

L . E V E L Y

L . E V E L Y

HINNENÍ

34

UNA RELIGIÓN
PARA
NUESTRO TIEMPO

OCTAVA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME

Apartado 332

SALAMANCA

1966

Traductor: ALFONSO ORTIZ. Censor: J. GÓMEZ LORENZO, Salamanca, 5 de abril de 1964. Imprimatur: FR. FRANCISCO, O. P., Obispo de Salamanca

© EDICIONES SIGUEME

Núm. Edición: ES. 195

*Reservados en exclusiva todos los derechos
en lengua española*

Uno de los aspectos más inquietantes del Mundo actual es la generalizada insatisfacción que en él se manifiesta, y de un modo además creciente, por lo que atañe a la religión. En este momento no hay huella alguna (salvo bajo una forma humanitaria que hemos de discutir más tarde), no hay huella alguna sobre la Tierra de una fe en estado de expansión; tan sólo aquí y allí diversos Credos prácticamente estabilizados, cuando no se hallan en vías de clara regresión. No es que el Mundo se esté enfriando: ¡siquicamente jamás estuvo más ardiente! No es que el Cristianismo haya perdido nada (todo lo contrario) de su capacidad de seducción absoluta: cuanto aquí voy a decir no tiende más que a probar su extraordinario poder de adaptabilidad y de control. Mas he aquí: Indudablemente, por alguna oscura razón, bajo algo que «no marcha» en nuestro tiempo entre el hombre y Dios, tal como Dios se le presenta al hombre de hoy. Todo acontece hoy día como si el Hombre no tuviera exactamente ante sí la figura del Dios que desea adorar... De aquí, en conjunto (y a pesar de ciertos síntomas decisivos de renacimiento, pero todavía subterráneos), esta impresión obsesionante, por todas partes en torno a nosotros, de un ateísmo que asciende irresistiblemente, o todavía más específicamente, de una descristianización ascendente y que no se puede resistir.

P. TEILHARD DE CHARDIN
El porvenir del hombre, p. 319-320

Í N D I C E

<i>Umbral</i>	11
Introducción	21
La pobreza	27
La pobreza (continuación)	55
La encarnación	85
Comunidad	113
Respuestas	137
La Iglesia	163
La Iglesia. Los sacramentos. La oración	189
La esperanza	217

U M B R A L *

Como todos los años, en el verano de 1962 la asociación Ad Lucem celebró el final de su curso de formación con una reunión de sus miembros en el «Centro de Estudio y Formación»¹ que tiene instalado en los Fayets. La duración de estas sesiones veraniegas siempre es de quince días y el número de miembros que en las mismas toman parte no rebasa nunca la cifra de doscientos cincuenta, máximo que permite la actual capacidad de los locales del Centro. En julio-agosto de 1962, más de la tercera parte de los asistentes eran miembros ya actuantes que procedían de los países de ultramar, donde ejercían su profesión, y que acudían a la asamblea anual para templarse de nuevo en el juego de la fraternidad eclesial, en ese espíritu de intercambio, de dar y tomar al mismo tiempo, que constituye uno de los mejores rasgos de su formación específica.

Cada sesión Ad Lucem, pese a centrarse sobre un tema determinado, es esencialmente un diálogo múltiple, una confrontación y una puesta en común de todos y cada uno

* Este «Umbral» es el mismo que prologa la edición en lengua catalana de *Una religión para nuestro tiempo* y es obra del traductor a aquella lengua. Por gentileza de «LLIBRES DEL NOPAL» de Ediciones Ariel, S. A., nos es posible reproducirlo aquí.

¹ Su nombre entero es «Centro de Estudio y Formación para la Cooperación Internacional», y está situado en los Fayets, Saint-Didier sur Beaujeu (Rhône), Francia.

de los asistentes. La sesión del año 1962 se había propuesto desarrollar el tema de «el cristiano en el mundo moderno», con objeto de llegar a caracterizar de un modo específico la vocación *Ad Lucem*, es decir el tipo de hombre que, en calidad de laico misionero, la asociación *Ad Lucem* se propone reunir, formar y sostener en su actuación dondequiera que ésta se cumpla, aunque muy particularmente en los países del tercer mundo.

Así pues, a través del estudio de una «antropología bíblica», que llevó a cabo el padre Giblet, profesor de Sagrada Escritura en la universidad de Lovaina, y de una «antropología cristiana», que desarrolló el padre Hautmann, jesuita, fue posible establecer, con el padre Dondeyne, las líneas de fuerza que se imponen al hombre actual y que determinan los elementos de una «antropología moderna». Las conferencias del profesor Ladrière acerca del mundo y la ideología marxista, junto con unas exposiciones del canónigo Matagrín, vicario general de Lyon, sobre la historia de los problemas del laicado, y el análisis de las experiencias concretas de algunos miembros de la asociación, permitieron que el padre Frisque, profesor de teología, trazara las líneas específicas de la «vocación misionera *Ad Lucem*» y que así culminara el esfuerzo de reflexión comunitaria que cada año reúne a toda la familia *Ad Lucem*.

Durante la sesión, empero, fueron predicados dos retiros espirituales, uno en inglés por el padre Nelson, y otro en francés por el padre Luis Evely. Estas predicaciones del padre Evely, vertidas ahora a nuestro idioma, son las que ofrecemos en este libro, según un texto esta-

blecido a posteriori con la ayuda de los apuntes tomados por los que asistieron al retiro.

Se ha procurado conservar en la traducción la vivacidad y la espontaneidad de unas charlas que rebúyen la vacuidad de los bellos y periclitados efectos oratorios, para dirigirse de un modo directo, incisivo, absolutamente personal, a cada uno de los oyentes. En realidad, estas predicaciones de ahora, como todas las del padre Evely, son un verdadero diálogo, entablado al nivel de aquellas grandes profundidades espirituales de donde surge la plegaria y en las que no somos sino una voz enmudecida que se ofrece al Eterno. En su introducción el autor nos dice que acudió a los Fayets y se alojó unos días en su «Centro de Estudios» para «escuchar» primero a los que luego serían su auditorio. Hombre de plegaria, en la plegaria es donde con mayor intensidad debió escucharles. De lo contrario nos resultaría incomprensible esa comunión viviente que, a pesar del inevitable envaramiento del texto escrito, sentimos aletear todavía en las charlas del padre Evely. Es como un silencio que se establece por debajo de las palabras, como un silencio abierto y resonante por debajo del silencio que queda, tenso, entre una y otra meditación: el silencio, la luz y la pureza de una Presencia. Se nos dice en el Génesis que Yahvé Dios acudía a hablar con Adán en el paraíso «a la brisa del atardecer», es decir, cuando las sombras se alargan, cuando el silencio mana de la tierra, cuando el mundo y el corazón laten al compás de la pausada aparición de los primeros luceros. Por entre las palabras del padre Evely, en los paréntesis de sus pausas, columbramos igualmente los luceros del atardecer: los ojos, las manos y la sonrisa de Yahvé Dios.

El traductor ha tenido gran empeño en conservar esta cualidad del original. Lo que empero no podía darse en una traducción es el contexto humano de una sesión *Ad Lucem*, ni el oleaje de fondo que las palabras del padre Evely levantaron en los «carrefours», cuando en ellos fueron ampliamente sometidas a discusión, a confrontación, a acendramiento.

Porque no otro es el método de trabajo de *Ad Lucem* en todos sus eslabones: una puesta en común de todo y de todos, partiendo de unos esbozos, de unas conferencias, o de unas predicaciones, que marcan la dirección de la meditación común. Pero la prodigiosa fecundidad de este método dimana del peculiar sesgo humano de los miembros *Ad Lucem* y de su vocación misionera.

A continuación resumimos sus características principales y más notorias, por las que nos será fácil colegir la unicidad del auditorio a quien iban dirigidas estas predicaciones del padre Evely.

1. La vocación misionera *Ad Lucem* es:

a) Una vocación de laico, casado o célibe, enraizado por ende en el mundo cotidiano, en sus preocupaciones y en sus esperanzas, viviendo una vida que en nada se diferencia de la de los demás por las condiciones habituales en las que se desarrolla.

b) Una vocación misionera, puesto que responde a las necesidades de la Iglesia y a las carencias de los pueblos en los que se ejerce la misión. Donde hoy día resulta más acuciante el trabajo misionero es precisamente en las fronteras geográfico-culturales que separan el mundo occi-

dental y los pueblos del tercer mundo, unas fronteras que son asimismo encrucijadas de diversas culturas y en las que la Iglesia soporta todo el peso de su pertenencia a los pueblos ricos, hasta ahora colonizadores, imperialistas y explotadores. La misión consiste, pues, en inventar un rostro nuevo para la Iglesia partiendo del rostro histórico concreto que ahora tiene, en llevar a cabo una nueva encarnación de Cristo en los ambientes culturales e históricos de los pueblos en desarrollo, en realizar una adaptación de la Iglesia a una cultura distinta de la cultura occidental. Ser, pues, laico misionero en estos lugares entraña ser un hombre de intercambio, un «hombre-puente», un hombre que coadyuva con la Iglesia autóctona en la tarea de inventar su propio rostro dentro de la catolicidad de la Iglesia universal. Sin embargo, la evangelización del tercer mundo tropieza con otro problema: el indígena, desde el fondo de su pobreza, reniega del significado mismo de la religión y sólo en el Hombre busca los medios que le aseguren su dominio sobre la naturaleza y le colmen de sentido la vida. Por ende, el laico misionero debe ser asimismo el hombre que aporte una respuesta a los grandes problemas humanos del hambre, de la dignidad, de la justicia social, de la promoción personal y colectiva.

2. La formación que *Ad Lucem* procura a sus miembros responde a las siguientes directrices:

a) Según san Mateo (24, 14), la evangelización debe llevarse a cabo «en testimonio» a todas las naciones. Por consiguiente, la presencia de los laicos misioneros en el tercer mundo debe ser siempre «significativa» en todos los

órdenes de su actividad familiar, profesional y ciudadana, aunque siempre de acuerdo con la profesión particular de cada uno de ellos. Establecerse como testimonio vivo del Evangelio significa, cuando menos, evidenciar en todo momento el espíritu de servicio y de caridad, el espíritu de pobreza y de disponibilidad, el espíritu de intercambio. Ruda empresa, ciertamente. Puesto que no basta con un impulso de generosidad y de abnegación, antes se requiere de los laicos misioneros que hayan alcanzado y sepan conservar su equilibrio humano y espiritual, así como su madurez física, intelectual y afectiva, porque sólo así podrán efectuar la aportación global que exige su acción apostólica. Y no es fácil mantenerse siempre erguido, «esperando contra toda esperanza» (Rom 4, 18). Por eso a los Ad Lucem se les pide un abondamiento incesante de su espiritualidad, nutrida día tras día por la vida eucarística, por la palabra de Dios meditada en las Escrituras, y por la vida litúrgica. Pero al mismo tiempo ningún esfuerzo se regatea para crear y sostener una comunidad espiritual entre todos los Ad Lucem: saben sobradamente que la comunión de los santos ha de hacerse sensible en una comunidad viviente (de lo contrario se arriesgarían a aquello de que nos habla el Evangelio: «Por haberse multiplicado la maldad, se enfriará la caridad de muchos» (Mt 24, 12).

b) Tan sólo un buen profesional podrá ser un buen laico misionero: si no lo fuera, resultaría fallida su aportación a la solución de los graves problemas humanos que atosigan a los pueblos en vías de desarrollo. Los Ad Lucem, pues, han de poseer una formación profesional llevada

al máximo. Y, sin embargo, esto no es aún suficiente. Su condición de hombres-puente entre dos culturas les obliga también a una formación cultural y religiosa lo más extensa y profunda posible, y asimismo a un conocimiento exacto y minucioso de todas las circunstancias históricas, culturales, geográficas y políticas de los pueblos donde deberán ejercer su misión.

3. El trabajo de los Ad Lucem en los países del tercer mundo está caracterizado por un triple signo:

a) Generalmente los Ad Lucem, tanto casados como célibes, actúan solos, pero no está excluida su actuación en equipo y, de hecho, son varios los equipos que en la actualidad se hallan actuando y en pleno desarrollo. Sin embargo, a pesar de las relaciones individuales que a menudo constituyen lo esencial de su trabajo, los Ad Lucem no deben perder nunca de vista que su objetivo final lo constituye el grupo a formar y establecer con los autóctonos. Tan sólo semejante óptica comunitaria puede orientarles progresivamente hacia una acción cada vez más fructífera.

b) Esta primera necesidad exige una preocupación constante por la formación de cuadros dirigentes en los países jóvenes. Si no existen cuadros y animadores locales, toda clase de ayuda exterior resulta a la larga inutilizable y carente de futuro. Esta exigencia se evidencia particularmente dura, puesto que para un técnico, como suelen serlo todos los Ad Lucem, siempre le es mucho más difícil «formar» gente autóctona que «realizar» él mismo una labor determinada.

c) Finalmente, todo el trabajo debe llevarse a cabo con un limpio espíritu de intercambio: la ayuda aportada por el extranjero nunca logrará una adaptación perfecta si quien la aporta no ha aceptado primero comprender al autóctono, si no ha sabido recibir de él y no ha logrado asimilar el conjunto y el detalle de su vida. Una verdadera cooperación no podrá desarrollarse jamás sin esta mutua aportación que, por otra parte, es vivamente deseada por las minorías dirigentes de los países no-occidentales.

Para dar fin a estas notas, no será ocioso subrayar que, pese a haber nacido en Francia, la asociación Ad Lucem es netamente internacional. Los miembros que asistieron a la sesión veraniega de 1962 pertenecían a más de veinte nacionalidades distintas que, en los miembros en ejercicio, eran dobladas por las nacionalidades de adopción de los países donde trabajaban (los Ad Lucem se comprometen a «considerarnos de pensamiento, de corazón y de acción, como ciudadanos del país donde ejerzamos nuestro apostolado»).

Esta diversidad de origen, junto con la prodigiosa diversidad de las profesiones ejercidas por los Ad Lucem, suministra la más densa y heterogénea masa de experiencias concretas, realizadas de uno a otro confín del mundo, expresadas en todas las lenguas, arrojadas en todas las culturas.

Si los laicos Ad Lucem actuaran sin una íntima ligazón, su obra podría perderse en las arenas movedizas de la indiferencia general y de la ignorancia mutua. Pero la asociación Ad Lucem no se limita a proporcionar a

los que se lo piden una aportación intelectual, espiritual y cultural, sino que constituye una agrupación de «comunidad eclesial», en el seno de la cual todos son simultáneamente parte rectora y parte ejecutora, beneficiándose y responsabilizándose por un igual de todas y cada una de las experiencias y realizaciones concretas de cada uno de sus miembros². Salvo quizá en los primeros siglos del cristianismo, nunca como ahora los laicos habían cobrado una conciencia más aguda del lugar privilegiado que les corresponde ocupar en la Iglesia que se está forjando.

JOAN FORTUNY I ESCODA

Barcelona, fiesta de la Epifanía, 1964.

² La asociación Ad Lucem está administrada por un consejo de 24 miembros de distintos países, el cual elige un «Bureau Exécutif», que actualmente se halla constituido bajo la presidencia del cardenal Liénart, obispo de Lille (Francia), en calidad de presidente, y de monseñor Riobé, obispo coadjutor de Orleans (Francia), en calidad de presidente adjunto.

El Centro Internacional Ad Lucem tiene instaladas sus oficinas en París (V), 12, rue Guy de la Brosse.

INTRODUCCIÓN

Nos han dicho hace un momento que cuando se hablaba a 200 personas, lo más que se podía esperar era que 20 quedaran más o menos convencidas. ¡Bonito alienato para el que empieza a predicar este retiro!

Creo que este reparto entre los 20 y los 180 restantes podría hacerse según aquella parábola del Evangelio: «Un hombre tenía dos hijos. Un día les dijo a ambos: *Id a trabajar al campo*. El primero contestó: *Está bien; ahora mismo voy*. Pero no fue. El segundo replicó: *Yo no voy*. Pero terminó yendo.» Si venís al retiro con entusiasmo, con alegría, creyendo que vais a caer en éxtasis, a lo mejor es porque no habéis captado del todo el peso de lo que se os va a pedir.

Me parece a mí que las mejores disposiciones, la mejor preparación, consistiría más bien en andar con pies de plomo, pensando: «¿Qué es lo que me va a pasar?, ¿qué es lo que me van a pedir?, ¿cuánto me va a costar?» Eso sería precisamente la señal de que empezáis a comprender la gracia que va a caer sobre nosotros.

Esta gracia llegará hasta vosotros por el canal de una triple predicación: la *primera*, la menos importante, es la del predicador. Él solamente tiene una excusa y una recomendación: la de haber venido hasta aquí para escuchar a cuantos os han hablado (¡y no tengo mucha costumbre de ello!), y sobre todo a escucharos a vosotros, para conocer mejor vuestros problemas y estar más capacitado para contestar a vuestras preguntas. Lo demás estará a cargo del Espíritu Santo.

La *segunda* predicación es la vuestra, la que quizá ni vosotros mismos os podéis imaginar. Quizá algún día sean los seglares los llamados a dirigir un retiro: se ha dicho que ya no se escucha a los profesionales de la religión, que la gente sólo quiere a aquellos que han compartido sus experiencias, a los que viven su vida y hablan de lo que ellos hablan.

Estoy convencido, por otra parte, de que algunos de vosotros estáis bien provistos de dotes oratorias.

Sin duda el Espíritu Santo os ha concedido el primero de sus dones, el don de lenguas. Pero si nos fijamos bien en los Hechos de los Apóstoles, veremos que se nos dice: «Los discípulos fueron llenos del Espíritu Santo y *después* empezaron a hablar.» Por tanto, os ruego que no invirtáis el orden de estas operaciones; correríamos el riesgo de hablar demasiado, sin acabar de encontrar al Espíritu Santo. Se ha insistido mucho, con todo el vigor y la energía característicos de los dirigentes de este campo, en que guardéis el silencio para que en el silencio, según espero, la irrupción del Espíritu Santo preceda al momento en que todos comencemos a hablar en todas las lenguas, dentro de tres días.

Por otra parte, la predicación que yo espero de vosotros en esta reunión es ante todo la de vuestra fraternidad. Hay una predicación sumamente importante: la de vuestra simpatía mutua, la de vuestras atenciones de unos para con otros, la de la hermandad que existe ya entre vosotros y que no tiene por qué desaparecer en este retiro, sino todo lo contrario, intensificarse cada vez más. Y que esta hermandad puede intensificarse en el silencio, lo habéis comprobado vosotros mismos: el esfuerzo que hacemos para abrirnos a los demás, para acogernos mutuamente, es algo que las palabras con frecuencia interrumpen y traicionan, en vez de favorecer.

Estoy seguro de que hay acuerdos profundos, comuniones profundas, que sólo se alcanzan en el silencio. Alguien ha dicho que entre dos personas que se aman, el silencio es palabra. Y es preciso que se escuche en este Campo, a partir de esta tarde con más viveza que nunca, esta palabra, esta atención mutua, este afecto, esta hermandad. Os aseguro que podréis expresaros libremente, desde el momento en que el silencio empiece.

La predicación del retiro es, por tanto, ante todo y sobre todo, nuestra hermandad, nuestro recogimiento. La manera con que nosotros vivamos nuestro retiro ayudará a los demás. Tenemos necesidad de todos para hacer el retiro. Ninguno de nosotros podría hacerlo él solo en medio de un ambiente en que los otros estuvieran distraídos y agitados.

También el predicador tiene necesidad de vosotros para predicar el retiro. Os dije que había venido para escucharos. Y no podré escucharos si vosotros no habláis. No os puedo dar de comer si vosotros no manifestáis vuestra hambre. Una pregunta sin respuesta es, desde luego, una cosa dolorosa y terrible; pero hay todavía algo peor: una respuesta sin pregunta. ¿Esperáis algo de este retiro?, ¿tenéis necesidad de él?, ¿o se trata sencillamente de un retiro que se os ha metido como un bocadillo en medio de una serie de conferencias y que no habrá más remedio que soportar porque así lo han querido los jefes?

El peor pecado es no esperar nada de Dios. El peor pecado es esperar algo de todo el mundo, menos de Él. ¿Qué es lo que vosotros esperaréis de Dios?

El domingo pasado era el de la multiplicación de los panes. El milagro se realizó porque había una multitud que había seguido durante tres días al Señor y porque

había gente que tenía hambre. Es imposible hacer un milagro, es imposible multiplicar los pobres panes del predicador (5 panes y 2 peces para una turba de 4.000 personas), si nadie tiene fe, si nadie tiene hambre, si nadie espera nada, si nadie realiza ese milagro de la confianza en Dios, de ponerse en sus manos para esperarlo todo de Él.

Finalmente, habrá también en este retiro una *tercera* predicación, la de la presencia del Santísimo Sacramento. Desde mañana por la mañana, como se os ha dicho, el Santísimo Sacramento estará expuesto en el Campo. Tendréis allí una palabra permanente. Un pan de proposición de palabras, un pan que es palabra, un pan que es presencia, un pan que es abrazo, un pan que es una urgencia ante cada uno de vosotros para que escuchéis la palabra que Él os va a dirigir.

Si yo he comprendido algo en todos estos sabios discursos que hemos oído estos días, es que lo esencial de la religión cristiana es la Encarnación: Dios se ha hecho hombre, y el único método de apostolado en el mundo de hoy consiste en tratar al hombre con el respeto y el amor que supone su divinización. Desde que Dios se hizo hombre, hay que tratar a los hombres como a Dios.

Y al revés: a Dios hay que tratarlo como a hombre. Dios es también una persona, es alguien, es uno más entre nosotros. ¿Cómo habéis tratado hasta ahora a este hombre? ¿Habéis charlado con él?, ¿le habéis hecho alguno visita?, ¿cómo habéis manifestado para con él esa capacidad de hermandad, de amistad, de sociabilidad, que os caracteriza? Sería bonito que después de haber prestado tanto tiempo atención a unos conferenciantes, no se os hubiese ocurrido conceder a Dios una hora, para que Él os hable. ¿O es que creéis que Dios no es capaz de hablar con vosotros, de daros sus enseñanzas?

Esa tercera predicación será la suya, porque creemos en esa cosa admirable, que Dios es capaz de hablarnos, de tocarnos, de decirnos una palabra: «*Decid una sola palabra y mi alma será sana.*» Si acaso no lo creéis, id y ensayadlo. Todos vosotros tenéis un libro escrito por Él y tenéis también esa divina Palabra transustanciada en la Eucaristía. El Verbo de Dios está presente entre nosotros: escuchad su palabra, acercaos para que os hable, a ver si tiene algo que deciros.

Mañana celebraremos la misa de la santísima Virgen y hoy, al atardecer, cantaremos la Salve. Ella fue la que mejor recibió la palabra. La escuchó y la acogió hasta tal punto que en ella la palabra se hizo carne. Ella la dio al mundo. Cada uno de vosotros tiene exactamente la misma misión que la Virgen: dar a Dios al mundo, hacer que Dios viva en el mundo, procurar que Dios esté de nuevo presente y vivo en el mundo. Y el único medio para conseguirlo es escuchar su palabra: «*He aquí la esclava del Señor, bágase en mí según su palabra.*»

LA POBREZA

El objeto de este retiro es el de responder a todas las preguntas que han ido surgiendo desde el comienzo de esta sesión.

Hemos escuchado al mundo moderno, al mundo ateo, y les hemos oído increpar a los creyentes con la mayor violencia, con desprecio, con ira, con indignación, con ansiedad. Y resulta que en el fondo sus acusaciones son para nosotros fuente de luz y de purificación.

Porque no solamente nos han manifestado cuál es el precio que hemos de pagar para que ellos se conviertan, sino también han denunciado y puesto en evidencia las deformaciones, las caricaturas que hemos hecho de nuestra religión. De nuestro Dios y de nuestra Iglesia hemos hecho un espantajo que es lógico desprecien todos aquellos que aman la sinceridad, la libertad y la responsabilidad, y al cual, sin embargo, hemos permanecido nosotros fieles para vergüenza nuestra.

Yo no creo que el mundo sea ateo por culpa suya, sino por culpa nuestra, por culpa de aquellos que deberíamos ser la sal y la luz del mundo.

La historia de estos dos últimos siglos no es, ante todo, como piensan muchos historiadores católicos, la revolución del hombre contra Dios, sino la resistencia empedernida que algunos cristianos conservadores, perezosos y tiránicos, retardatarios en política, en economía, sociología, ciencias y filosofía — e incluso en teología, exégesis, liturgia y Dios sabe cuántas cosas más —, han opuesto a todos aquellos que querían avanzar. Ya han sido supe-

rados, gracias a Dios; pero la Iglesia se ha visto comprometida por sus necias peleas y humillada en sus justas derrotas. Sus adversarios, que tenían muchísima razón al combatir contra ellos, han creído que tenían razón al combatir contra la Iglesia, identificándola con esos mequinos defensores de la monarquía absoluta, de los estados pontificios, de la ballena de Jonás y del latín.

El plan de este retiro es el de describirnos una verdadera Iglesia y una verdadera religión, en respuesta a las acusaciones que se le hacen. Las críticas, las llamadas, las exigencias de los ateos, nos tracen un auténtico programa al señalar los rasgos que deberían caracterizar, y caracterizan, a la verdadera Iglesia del verdadero Dios.

Hablaremos ante todo de la pobreza.

Porque el ateo (¡y cuántos cristianos también!) no puede soportar una Iglesia a la que le falte el espíritu y la realidad de la pobreza.

Y no es mi intención hablar solamente de las «riquezas» del Vaticano, de la «silla gestatoria», de los «palacios» episcopales y de las colas cardenalicias. Entre nosotros existe todavía una riqueza peor.

La riqueza de los que se sienten intolerablemente suficientes, seguros de sí mismos, con la certeza de «poseer» la verdad y de tener siempre la razón a pesar de todo. Nos gusta canonizarnos a nosotros mismos en nuestros títulos, en nuestras posturas y ceremonias, en nuestros panegíricos.

Hace siglos que no hacemos sino fracasar y no pensamos sino en presumir.

Hemos fracasado en el viraje republicano y democrático; hemos fracasado en la cuestión social; hemos fracasado en la cuestión bíblica.

El fracaso de las misiones católicas es trágicamente evidente (leed el libro de Kung: *El Concilio y la unión de los cristianos*), pero ¿nos hemos dado cuenta de ello?

Por falta de catolicidad hemos impuesto la uniformidad latina, europea y occidental a todos aquellos pueblos que deberíamos haber invitado a hacerse católicos, esto es, unidos en el respeto a su lengua, su cultura y su filosofía distintas.

La cuestión de la ciencia moderna, de la filosofía moderna, de las técnicas modernas, es cosa que hemos ignorado o maltratado hasta el punto de que parece que nosotros no estamos en el mundo; y a pesar de ello, pretendemos ser ¡la luz del mundo!

Sin embargo, en una época de internacionalización, de universalismo y de progresos materiales, el espíritu de pobreza sería más necesario que nunca.

¿Y dónde se encuentra hoy este espíritu entre los cristianos?

Segundo punto, segunda crítica del ateísmo al mundo cristiano y a sus fraudes: nuestro individualismo. La Salvación es eso: un «sálvese quien pueda». Cada uno para sí y Dios para todos. Una religión que no es una Iglesia, una comunidad de creyentes, sino un bote salvavidas individual.

Presumimos de creer en un Padre común, pero no compartimos nada con los demás. La única cara que Cristo podría presentar hoy a nuestros contemporáneos para convertirlos sería la de nuestras comunidades viviendo en plan de hermandad; pero nuestras iglesias ni son comunitarias ni fraternales.

Tercera cuestión, tercera especie de caricatura de la religión que los ateos desechan y condenan: una religión

idealista. Todo ocurre en el cielo o en el mundo de las «almas», de las «almas blancas». Existe una especie de cuenta corriente postal con ingresos y transferencias de oraciones y de méritos, que se encargan de distribuir — invisiblemente, desde luego — unos carteros celestiales; al final de todo, en el otro mundo, encontraremos una cuenta corriente, más o menos bien nutrida.

Pero la verdadera religión no es idealista. Es sacramentalista, es Encarnación; y por ello, tiene que fermentar a toda la masa humana. La verdadera religión nos enseña que no estamos cerca de Dios si no estamos cerca de nuestro prójimo.

Cuarto tema de nuestro retiro, cuarto punto que un ateo no puede aceptar en la religión cristiana actual: el «paternalismo».

Un Dios que se encarga de hacerlo todo en nuestro lugar, que nos pide tengamos confianza en Él y espere-mos que algún día Él se encargará de enviarnos, desde arriba, un cielo prefabricado.

Se ha dicho, y con razón, en el curso de estas conferencias, que el ateísmo moderno es esencialmente el redescubrimiento de la vocación creadora del hombre, la reivindicación de la libertad y de la dignidad humanas menospreciadas; ante ello cabe preguntar cuán sucia ha debido ser la imagen de Dios que hemos presentado ante el mundo para que él crea que únicamente puede salvar-guardar estas cosas, negando a Dios.

Nuestro Dios es aquel que «ha creado maravillosamente la dignidad de la naturaleza humana y que la ha reformado más maravillosamente todavía», aquel que ha restablecido «la libertad gloriosa de los hijos de Dios», aquel que ha creado otros creadores, encargándoles la misión de completar su obra, aquel que ha hecho de nos-

otros sus asociados, sus cooperadores, en frase de san Pablo (1 Cor 3, 9 y 2 Cor 6, 1).

* * *

Comencemos por la pobreza.

Pues bien; después de estos 6 días de conferencias que he pasado con vosotros, me siento tan «ateizado» (en el buen sentido de la palabra, como es lógico: «purificado»), y mi concepto de Dios es tan excelso y sublime... que corre el riesgo de resultar un poco evanescente. Yo no sé si es ésa también vuestra experiencia, pero me parece que estamos tan «desacralizados», «demitologizados» y «antropologizados», que no acabamos de comprender muy bien en qué nos hemos divinizado.

Se nos han hecho tan bellas descripciones del ideal moderno y ateo del mundo, que podemos preguntarnos en qué se diferencia un cristiano de un ateo. Varias veces hemos tocado este punto en las discusiones, sin haber obtenido respuesta satisfactoria. Y la primera respuesta, la primera diferencia que os voy a indicar, es esta de la pobreza.

La señal característica de un cristiano es la pobreza. «Dichosos los pobres. Dichosos los que escuchan la palabra de Dios», los que tienen necesidad de alguna cosa, los que esperan, los que sufren, los que tienen hambre; felices los pobres, porque el reino de Dios es precisamente para ellos. Sólo el pobre llega hasta Dios, porque sólo el pobre sale de sí mismo y se abre a Dios. Dichoso aquel que sabe que es pobre, dichoso aquel que se siente incapaz de ser feliz por sí mismo.

La pobreza no es el coronamiento de la vida cristiana, sino la puerta de entrada, el punto crítico primordial que separa a los que pueden y a los que no pueden

ser cristianos. Si eres un rico, no hay nada que hacer contigo. El mismo Cristo no pudo hacer nada con los ricos en religión. Los fariseos eran ricos, quizá no en dinero (pero eso no interesa), sino ricos en suficiencia religiosa. Eran unos satisfechos de sí mismos, muy seguros de sus conocimientos y muy contentos con sus prácticas. Sabían mucho mejor que el Señor lo que éste les quería enseñar e intervenían continuamente para criticarlo. El pobre es aquel que acepta comprometerse por la palabra de Dios, verse privado de su casa por la palabra de Dios, ponerse en camino por la palabra de Dios, comprometerse en sus mismos conocimientos religiosos, ya que se nos ha dicho que no somos nosotros los que poseemos la fe, sino la fe la que nos posee a nosotros. Si esto es así, ¿en qué medida nuestra fe es fe verdadera? Dejémosnos criticar por la palabra de Dios; dejémosnos despojar por ella, porque es ésa precisamente su función: hacernos pobres: «*Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado*» (Jn 15, 31).

Y los ateos nos hacen el mismo servicio al echárnoslo en cara y al acusarnos de que, a fuerza de quererla conservar, no hemos guardado más que una caricatura de nuestra religión, una religión incapaz de responder a lo que los hombres esperan.

Hoy muchos son cristianos solamente por motivos de tradición, de conservadurismo y de conveniencia; en los primeros tiempos de la Iglesia hubieran sido sus perseguidores por estos mismos motivos.

Si tenemos hoy un Concilio (y el Concilio no es más que poner a la Iglesia en estado de pobreza, por medio de una revisión de nuestras apariencias, de nuestras estructuras, de nuestro apostolado), si tenemos hoy un Concilio, eso se lo debemos a los ateos, y no a los católicos conservadores. Éstos se hubieran quedado tan contentos

y felices, deseando únicamente que no se meneasen las cosas, que no hubiera ningún cambio. Y ha sido por culpa de los ateos y de todos aquellos que están en relación con ellos, por lo que ha sido menester dar la voz de alarma: «Así no podemos seguir. Nuestra religión es incapaz de convertir a esa gente; es menester renovarse, volver a las fuentes. Nuestra presentación del catolicismo nada dice al mundo de hoy.»

Uno de mis amigos me decía: En el catolicismo tenéis que distinguir, como en cualquier comercio, lo que está en el escaparate y lo que está dentro. El escaparate, en general, está horrorosamente dispuesto: lleno de polvo, de antiguallas, de convencionalismos, de mezquindades y cosas ridículas. Sólo las personas muy decididas se atreven a penetrar en el interior, sin arredrarse por lo que han visto en el escaparate, y van a buscar dentro lo que no han visto fuera. Y entonces Dios permite que lo encuentren en cualquier cajón, en el fondo de un armario, en un desván polvoriento o en un artículo de la Suma Teológica. Y se convencen de que el cristianismo no era aquello que les habían enseñado, aquello que quizá ellos mismos habían vivido hasta entonces. Pero la pobre gente que no hace más que pasar por la calle y dar una ojeada al escaparate, los que nos ven salir de misa los domingos, los que nos ven rezar, los que nos ven vivir en común, éstos es natural que se desanimen y que no se atrevan a entrar: les falta la decisión de pasar adentro para pedir lo que no han visto en el escaparate. El Concilio será una limpieza a fondo de ese escaparate de la Iglesia, intentando despojarnos de nuestras viejas riquezas, de nuestro individualismo, de nuestro idealismo, de nuestra suficiencia, de nuestro orgullo eclesástico y nuestro paternalismo, para demostrar claramente lo que es la verdadera religión.

La pobreza, os lo he dicho ya, es la puerta de entrada del cristianismo y una buena prueba de ello, que todos vosotros habéis podido comprobar, es que cuando un hogar, un hombre, se hace un poco cristiano, casi siempre se plantea la cuestión de la pobreza. Desde que uno renuncia a la mediocridad confortable del cristiano medio, siente la inquietud de ser rico. En la base de una vida religiosa auténtica, es éste el problema que hay que resolver: «Padre, te bendigo porque has ocultado todas estas cosas a los sabios y a los soberbios y las has descubierto a los pequeñuelos.»

Y aquí está el punto decisivo, el que diferencia a un cristiano de un pagano.

Lo que nos distingue de los que no son cristianos no es necesariamente la generosidad. San Pablo ha dicho: «Aunque distribuyera todos mis bienes como limosna, aunque entregara mi cuerpo a las llamas, no por eso se deduce que tenga la verdadera caridad.»

Es la pobreza lo que decide: ante un pagano generoso, recto, leal, no tenemos que proclamar sin más ni más: «Se trata de un cristiano que no se da cuenta de que lo es»; lo que tenemos que preguntarnos es si vive en la pobreza, o en la superioridad, la autonomía y la suficiencia. Esa es la pregunta clave: ¿se trata de un pobre que recibe o de un rico que se busca a sí mismo?

No basta admirar a un ateo virtuoso: eso es demasiado fácil. Lo que hay que hacer es manifestar lo que le falta: ayudarle a que se reconozca pobre. Es imposible que un ateo se convierta antes de que haya experimentado su propia pobreza.

Como vosotros, como muchos jóvenes cristianos generosos y entusiastas, yo también he encontrado a veces ateos mejores que bastantes cristianos; seguramente que ante esa experiencia, os habréis dicho: «¡Pero si es estúpido!; yo no he encontrado nunca una rectitud como la

suya, una generosidad como la suya; nunca he visto tanta firmeza de carácter, tanta elevación de miras.» Pues bien, yo también he creído muchas veces lo mismo hasta que algunos de ellos, al convertirse, tuvieron conmigo algunas confidencias: entonces me di cuenta de que lo que les faltaba, antes de su conversión, esencialmente, era esto: reconocer sus propios límites, su pobreza, su miseria.

Por eso precisamente resulta muchas veces más difícil convertir a las personas honestas y virtuosas que a las otras: porque están acostumbradas a hacer de la verdad y de la virtud un objeto de conquista. Pero la fe, la esperanza y la caridad, son un regalo de Dios. Y a Dios no se le conquista. Dios se entrega. Y sólo se entrega a los que tienen hambre de Él. Por eso, las pecadoras y los publicanos continúan precediéndonos en el reino de los cielos.

El único argumento que puede convertir a un pagano me parece que es éste: «Tú buscas la verdad, desde luego. Pero para ti la verdad ¿es alguna cosa o es alguien? Si crees que la verdad es alguna cosa, comprendo perfectamente que la quieras conquistar a base de pruebas, de argumentos, de discusiones. Pero si la verdad es alguien — como creemos los cristianos —, ¿qué disposiciones tienes que adoptar para conquistarlo? Serán disposiciones de entrega, de diálogo, de respeto, de disponibilidad, de espera, de llamada, de petición: ¡disposiciones de pobre!»

Julien Green, en su *Diario*, mejor quizá que sus novelas, nos cuenta su conversión: «Al cabo de mis fuerzas — nos dice — yo pedí que me tendieran una mano.» Sólo los pobres entran en el reino de Dios. ¡Que nos tienda Él su mano!...

* * *

¿Y qué es la pobreza?

Desde luego, no se trata de una situación económica. No es una cuestión de cartera, sino de corazón. El hecho

de no tener un céntimo no es ninguna virtud. Se puede carecer de dinero y tener un espíritu de rico. Se puede también (pero es bastante raro) poseer bienes y tener un alma de pobre.

La pobreza es un estado de alma, al que estamos todos invitados sea cual fuere el contenido de nuestra cartera. Es una especie de experiencia de los límites humanos, que hace que nos abramos a Dios, que perdamos la esperanza y la ambición de bastarnos a nosotros mismos y que nos volvamos hacia Él, como pobres, en actitud de espera y confianza.

Todo hombre es un pobre, aunque no se dé cuenta de que lo es; la pobreza económica es bienaventurada porque es el sacramento, el signo sensible de una pobreza más profunda y universal, nuestra pobreza de alma, nuestra miseria de amor y de fe. Bienaventurados — diría yo — los que tienen hambre y sed realmente: porque ellos están ya preparados, están ya iniciados y saben «que algo está podrido en este mundo», que ellos no están hechos para este mundo y que deben volver sus ojos a otro distinto.

Claudel llamaba a los que sufrían «invitados a la atención»: ellos están ya orientados, avisados, informados del verdadero carácter pasajero y doloroso, de este mundo: su misión es dar la alarma a los demás.

Cada uno de nosotros debería decir qué experiencia ha tenido de la pobreza del mundo, de la limitación del hombre, de la indigencia, de la profunda debilidad y penuria del alma humana.

Recuerdo en estos momentos a las familias que conocí en mi juventud, llenas de amor, de comprensión, de honestidad. Se entusiasmaba uno con ellas, envidiábamos a nuestros amigos y comentábamos: «¡Qué felices parecen! ¡Qué padre tan inteligente y tan bueno! ¡Qué madre tan

tierna y esmerada!» Y muchas veces — casi siempre, iba a decir —, y precisamente con ocasión de nuestras mutuas confianzas, nuestro amigo o nuestra amiga nos descubrían la amarga realidad de su familia, sus dramas, sus debilidades, sus vergüenzas. Al romperse el velo, nos quedábamos estupefactos y nos dábamos cuenta del mal que nos hacía saber estas cosas y dejar de creer en su dicha; luego, más tarde, venía la compasión por el sufrimiento de los demás. Y volvíamos a nuestros hogares consternados y diciendo: «¡Pobre gente! ¡Dios mío, qué desgraciados! ¡Estamos mejor en nuestra casa y nos ha tocado mejor suerte!»

Desde que soy sacerdote, me he ido acostumbrando a esperar de cualquier hombre o mujer que se me acercaba con confianza, la revelación que me tenían que hacer. Desde luego, esto lo hacía sin prejuicios, ya que cualquier prejuicio sería ofensivo y contraproducente, pues estas cosas no se pueden prever: no, es menester estar convencidos de que los demás son buenos y generosos y cien mil veces superiores a nosotros. Pero, no obstante, es menester esperar, esperar el momento de su confidencia, de su entrega, el momento en que se quitan la careta y nos dicen que también ellos sufren como los demás hombres, porque son también ellos verdaderamente humanos. Entonces, uno no tiene más remedio que sentirse humilde ante ellos. Bruscamente, ellos han crecido como gigantes: ya están en el buen camino, ya están iniciados, ya saben. Saben la única cosa que es preciso saber: saben «aquello que hay en el hombre». Son pobres.

En mi juventud yo creía que había gente feliz, privilegiada, seres que habían triunfado en la vida y, por contraste, me preguntaba por qué habría también gente miserable, fracasada, oprimida. Con el correr de los años, me di cuenta de que todos llevamos la misma albarda, que cada uno lleva un peso análogo al de todos los demás:

el peso apropiado a sus propias fuerzas. Existe una terrible igualdad en la condición humana. Todos gemimos y jadeamos bajo un peso que nos aplasta. Debemos sentirnos pobres, sentir la necesidad de Otro, buscar la ayuda de los demás para que nos ayuden a soportar ese peso.

La carga que pesa sobre nuestros hombros nos revela la carga de los demás. Nuestra miseria es fraternal en el sentido de que nos manifiesta la de cada uno de los hombres que nos rodean. Sí, resulta totalmente ingenuo y de una superficialidad absoluta creer que existen seres indemes, protegidos, privilegiados. Con un cierto grado de experiencia humana se sabe que todos somos pobres, que todos conocemos esa misma insuficiencia total ante los ojos de Dios.

Y precisamente el apóstol es alguien que ha conocido y ha experimentado su miseria. Sin ese requisito nadie puede ser apóstol. Apóstol es aquel que ha aceptado su pobreza delante de Dios al encontrar algo suficientemente bueno para aceptar su desdicha, suficientemente fuerte para cargar con su debilidad, y que por eso está en condiciones de ir al encuentro de los demás para invitarles a que acepten cada uno su propia pobreza como él ha aceptado la suya.

Nadie puede ser apóstol antes de esta experiencia, antes de saber que él es profundamente semejante a aquellos que le esperan y a los que no podrá ayudar en modo alguno, sin sentirse hermano de ellos.

La riqueza aísla; nuestra riqueza subleva. Si vamos a los demás con nuestra riqueza, no haremos sino provocarlos. Todos cuantos nos rodean están endurecidos por su esfuerzo en negar su debilidad y su desdicha. Todos cuantos nos rodean llevan una máscara, la máscara bajo la cual intentan disimular su miseria. Es duro llevar en el

rostro la propia podredumbre y por ello todos preferimos ponernos una careta, darnos tono de personas honradas, suficientes, contentas, capaces, como si no tuviéramos necesidad de nada ni de nadie.

Por eso el apóstol debe ir a los demás con aspecto de pobre, para que todos se sientan con ánimo de quitarse ante él la careta y de creer que es posible aceptar y mirar cara a cara la propia miseria, ya que él ha sido capaz de soportar serenamente la suya.

La característica del apóstol es esa experiencia profunda que ha llevado a cabo de su nulidad y de las grandes cosas que Dios puede hacer con la pobreza de su esclavo. Y sale al encuentro de los demás con esa actitud de respeto, de abrazo total, que permite a los otros abrirse a su propia pobreza delante de él.

El apóstol circula por un mundo abierto, desnudo, vulnerable, pobre y débil, pero cada uno siente ante él que no hay mayor fuerza que la de osar ser débil de este modo.

* * *

Se tocó ayer este problema cuando alguien preguntó si era posible pertenecer a la vez a dos culturas, si un europeo — por ejemplo — puede comprender y gustar internamente la cultura india o la china.

Pues bien, yo creo en esa posibilidad, con tal que se verifique previamente la condición de que queden bien marcados los límites y las deficiencias de la civilización propia.

Nosotros, los europeos, padecemos un individualismo y un intelectualismo que nos ahoga bajo el punto de vista religioso (ya que nuestra religión es la de la comunidad, la de la fraternidad, la del amor y la encarnación). Cuando alguno de nosotros se ha puesto en contacto con los pueblos africanos, sintiendo su amistad, su hospita-

lidad, su capacidad de abertura y de felicidad comunitaria, ha sufrido al ver nuestra parálisis y nuestras desconfianzas en medio de nuestras relaciones sociales y religiosas.

Ciertamente nosotros poseemos otros valores, sumamente preciosos; pero la puerta de entrada, el medio de comunicación con las otras culturas me parece que resulta poco eficaz; incluso nos serviría, para estimar más justamente cualquier cultura extranjera, el pensamiento de que toda cultura es relativa. La experiencia que hicieramos de los límites de la nuestra, sería una primera iniciación, una primera condición para apreciar una cultura diferente.

* * *

Pobre es aquel que tiene la experiencia de los límites humanos, de la incapacidad del hombre para realizar su destino por sí mismo. Intentaré decirlo de todas las maneras posibles para que todos acaben por comprender, para que todos se reconozcan.

¿Qué es lo que quiere decir virtud teologal? Quiere decir que para amar como se debe amar a un marido, a una mujer, a los padres, a los hijos, al vecino más cercano, se necesita todo un milagro: la invasión de todo el amor de Dios en nuestro corazón a fin de que nos sea posible llegar a conseguirlo. Eso es una virtud teologal: una fuerza que viene de Dios. Para que podamos tener un poco de fe, un poco de verdadera esperanza, un poco de verdadero amor, se necesita un milagro; se trata de algo sobrenatural, es preciso abrirnos a Dios. No es posible tener fe, sin haber tenido antes dudas; no es posible tener esperanza, sin haber desconfiado antes; no es posible tener verdadero amor, sin haber sentido antes la indiferencia, el disgusto, sin haber sido antes pobres.

Muchos se me acercan y me dicen: «Padre, estoy perdiendo la fe; yo tengo dudas.» Entonces les miro con

alivio y les digo: «¡Menos mal!», y ellos me dicen: «¿Qué quiere usted decir?» «Pues eso; tú hasta ahora no tenías dudas, ¿pero qué significaba esto? Que tus ideas naturales coincidían tan exactamente con las de Dios, que tú no sentías ninguna dificultad en admitir todo lo que Él te había revelado. ¡Pero yo no era capaz de discernir entonces si tú creías en Dios o creías únicamente en ti! Cuando tú tienes pruebas válidas de la existencia de Dios, yo no sé si tú crees en tus pruebas o si crees en Dios. Pero desde el momento en que han brotado dificultades y tus ideas naturales no son las de Dios, desde que tus concepciones no coinciden con las tuyas, desde ese momento, afortunadamente, se te está abriendo una puerta, se te está presentando una ocasión de fe, puede surgir en ti el primer acto de fe. ¿Es que vas a preferir tus ideas a las de Dios?»

«La fe — dice Guardini (y nunca lo meditaremos bastante) — es la capacidad de soportar las dudas.» Eso es la fe: pobreza; el no tener la plena luz, el no saberlo todo, sino tener solamente aquella luz necesaria para poder soportar la oscuridad.

¿Y la esperanza?

Mientras que nos movemos en el plano de nuestra vida, en eso que nosotros creemos va a ser nuestro porvenir, en plena correlación con la evolución de los sucesos, no podemos decir que tengamos esperanza; se trata de una esperanza humana. Es imposible saber si esperamos en Dios o en nosotros mismos. El día en que nos vemos anulados, aniquilados, abatidos, vacíos, aquel día precisamente, si a pesar de todo creemos todavía que *todo es posible*, entonces somos hombres de esperanza.

Como la Virgen: «Dios todo lo puede y yo no me puedo extrañar de lo que me dice el ángel.» Ella había

renunciando a todo, era la más sencilla, la más pobre, la pobre por excelencia.

Cuando se le dijo que iba a ser Madre de Dios, la prueba de su pobreza fue el hecho de que no se extrañó. Nosotros habíamos dicho: «No, por favor, yo no soy digno, es imposible, yo no me siento capaz, espera a que haga unos ejercicios espirituales, algún día de retiro, yo no estoy maduro para ello.» Pero la Virgen no hizo más que mirar a Dios; y dijo: «De Vos nada me extraña; para Dios todo es posible.» Ella no se fijó en sí misma, ni se refugió en su indignidad. Eso es la pobreza total. Dios podía hacerlo y ella lo reconoce. Dios era capaz de hacer cosas maravillosas, y eso no le extrañaba lo más mínimo.

También el amor supone una dificultad vencida. Una vez me preguntó una muchacha: «Padre, ¿cuánto tiempo dura la luna de miel?» Yo le respondí: «Dura todo el tiempo que coinciden los dos egoísmos.» Ella no me comprendió; lo que le quería decir era esto: dura mientras los dos sienten el mismo placer de estar juntos. Pero el amor no se muestra más que a partir del momento en que uno empieza a sentir menos ese placer. El amor comienza a partir de un obstáculo, de una indiferencia, de un disgusto que se ha superado, a partir del momento en que no me agrada hacer con el otro lo que a él le gusta hacer; a partir de ese momento yo puedo hacer un acto de amor. Antes, es imposible. Antes, uno está como anestesiado.

Es la historia, tantas veces presenciada, de la recepción de sacramentos. Cristianos que sólo piensan en bautizar a sus hijos antes de que se den cuenta y en dar la extremaunción a sus viejos cuando ya han perdido el conocimiento. Esa es toda su religión. El otro sacramento al que se acercan, el del matrimonio, también se suele recibir bajo la acción de la anestesia: uno o dos años de ensueños, de ilusiones, esperando a despertarse. Entonces,

a partir de aquel momento, se puede comenzar en serio, se puede saber si se ama, se puede salir de la anestesia.

* * *

Ya he dicho que nosotros, si vivimos las virtudes teológicas, somos pobres, pues sabemos que se necesita nada menos que una fuerza divina en nuestros corazones para poder amar fiel y verdaderamente a los demás. Nosotros, de nuestra propia cosecha, sólo tenemos una esterilidad de amor, una esterilidad de fe y una esterilidad de esperanza, que es la verdadera pobreza humana.

Incluso a los seres que más «amamos», muchas veces nos sorprendemos viendo que los detestamos. Sí, nuestros padres, nuestros hijos, nuestra mujer, nuestro marido, todos nos resultan a veces insoportables. Nuestros amigos, nuestros vecinos... Se necesita una fuerza divina para descongelarnos, para desesterilizarnos, para desvenenar nuestro corazón. Pobre es aquel que se siente incapaz de amar y, a la vez, experimenta una gracia de Dios que le hace pasar por encima de toda malquerencia.

El pobre es el dichoso desgraciado.

Ser dichoso, dichoso de verdad, es muy fácil. Ser desgraciado, desgraciado de verdad, está al alcance de todos. Pero ser a la vez dichoso desgraciado es la señal, el milagro, la maravilla que Dios puede realizar en medio de nuestra miseria.

¿Queréis saber cómo es posible dar testimonio de vuestra fe, cómo es posible salvar al mundo? Es muy sencillo: sed dichosos desgraciados, sed pobres felices, sed débiles fuertes: «*Todo lo puedo en aquel que me conforta.*»

¿Queréis que los demás se den cuenta de que habéis alcanzado a Dios? Reconoced que sois pecadores. Nadie ha conocido jamás a Dios, si antes no se ha conocido a sí mismo, pobre y pecador.

Cuando os sintáis pequeños, entonces será cuando se sabrá que habéis encontrado de verdad algo grande. La única prueba de que habéis alcanzado algo grande, es la de que vosotros os habéis visto demasiado pequeños.

¡Ojo! No contéis con Dios para engrandeceros a vosotros mismos, ni para hacerlos impecables. Las «grandes cosas», Dios las llevará a cabo; pero sólo en aquel que permanezca pequeño y pecador.

Vuestro testimonio emanará de este contraste, de esta desproporción. Vuestro testimonio hablará por sí mismo, con la condición de que permanezcáis pobres... y de que no habléis demasiado de ello.

A veces intentamos servirnos de Dios para ser ricos.

Pero toda riqueza nos hace ateos. *No se puede servir a Dios y a Mamón!*

* * *

Una de nuestras riquezas más terribles es el intelectualismo.

La intelectualidad es precisamente lo que nos impide ser inteligentes.

El intelectual tiene idea de todo. El pobre tiene un corazón que escucha. El intelectual juega con sus ideas y éstas le aíslan de la realidad y le impiden ponerse en contacto con las cosas.

La especie más peligrosa es el intelectual religioso: habla de religión y tiene montones de ideas sobre todas y cada una de las cuestiones religiosas. Pero nunca es todo lo inteligente y profundo que se necesita para vivirla, para vivir de ella, para oír hablar a Aquel que es la religión.

El hombre es como una máquina de fotografiar. Yo comparo las «ideas» con esas imágenes rápidas y fugitivas de las cosas que toma el objetivo: se trata de un pequeño cristal duro e insensible. Pero, oculta en el fondo del aparato, hay una placa negra y sensible que registra, que

se deja impresionar, que acoge, que deja acumularse las impresiones y que, por una especie de consulta interior, termina por manifestar aquello que ella ha experimentado. El primero es una toma, una conquista de las cosas; la otra es una acogida, un abrazo.

Precisamente para dejar de parecer demasiado teórico y demasiado intelectual, voy a recurrir al Evangelio y a la manera cómo nos enseña a vivir la pobreza.

¿Habéis notado en el Evangelio la clase de formación que Cristo dio a sus apóstoles, y especialmente a los jefes de la Iglesia, san Pedro y san Pablo? Es sorprendente: ¡ha hecho de ellos unos pobres! Ninguno pudo encontrar a Dios sin haber hecho experiencia de su miseria; ninguno conoció a Dios sin haber conocido antes a sí mismo, sin haberse reconocido débil, pobre y pecador.

Antes de encontrar a Jesús, Pedro estaba contento de sí mismo, tenía confianza en sus fuerzas, era consciente de su valer; su autoridad natural se imponía a sus compañeros.

Pero el Señor lo despojó de todo su amor propio, Desde su primer encuentro, Jesús lo privó de todo su confort natural. ¡El reino de Dios sólo está abierto a los pobres! Pedro lo comprendió pronto. La mejor preparación a su apostolado, a su dignidad de Jefe supremo de la Iglesia, fue la revelación de su incapacidad total, de su debilidad radical. Hasta el punto de que el pobre Pedro, tan impetuoso de ordinario, tan seguro de sí mismo, tan decidido para asumir responsabilidades e iniciativas, comenzó por suplicar al Señor que se alejase de él, que le abandonase, que no le impusiese su intolerable presencia: «¡Apártate de mí, porque soy un pecador!»

Todo había empezado una mañana, a la orilla del lago. Jesús, para que no se echasen encima sus oyentes,

quilo subir a una barca para hablar desde allí más cómodamente. Vio a unos hombres que estaban lavando las redes. Dios cuenta del modo cómo Cristo contrató a sus apóstoles: los escogió sin ningún mérito de su parte; ¡a ellos no les interesaban los sermones. Ellos no estaban haciendo ejercicios; ellos estaban haciendo algo útil, ocupados en sus faenas... Y Cristo los llamó cuando menos lo esperaban.

Jesús subió a la barca de Pedro y empezó a enseñar a la gente.

Pedro asistiría a este pequeño retiro espiritual casi en plan de «amateur». Él seguramente no había decidido ir allá, no se había embarcado adrede en aquella hora; pero ya que estaba presente, ya que las cosas se habían puesto de este modo, se sentó como los demás y se puso a escuchar. El Señor hablaba, y hablaba bien, de una manera como Pedro jamás había oído. Pedro sabía apreciar a un buen predicador, aunque de todos modos su oficio no era escuchar sermones. De lo otro, de la pesca, de eso sí que entendía.

Y entonces precisamente, el Señor se volvió hacia Pedro y le dijo: «Pedro, ahora vamos a pescar.»

Le había dado en el clavo. «Es inútil — respondió —, ¡si lo sabré yo!; de esto sí que entiendo, pues conozco el lago al dedillo, anoche estuvimos todo el tiempo y no pudimos coger nada.» «Vamos, a pesar de eso», dijo Jesús. Y el milagro se produjo y Pedro se quedó completamente aturdido.

Allí, en su terreno, en su propio campo, Jesús lo des hizo, demostrándole que no valía nada, incluso en aquello que él creía valer algo. Sin el Señor, él no era capaz ni de pescar.

Pedro se convirtió, no por un sermón (es extraño), sino por una pesca, en la que se le demostró que tenía necesidad de Jesús, incluso para pescar.

¿No conocéis vosotros a algunos que dicen: «En mi familia, no hay nada que hacer, ¡si los conoceré yo!... En mi barrio, ni un solo militante. Con mi párroco no hay modo de entenderse. En mi fábrica, en mi oficina, en mi taller, no hay manera de hacer apostolado»? Y quizá incluso: «Conmigo no hay nada que hacer.»

Y el Señor nos dice entonces: «Si tú echases otra vez las redes... No porque tú confíes en tus fuerzas, sino por confianza en mí.»

Cristo hizo a Pedro cabeza de su Iglesia, no por su valer ni por su competencia personal, sino por su obediencia: «*Pues bien, porque tú lo dices, echaré las redes.*»

Pedro sintió tan profundamente su pobreza que suplicó al Señor: «Apártate de mí.» En un segundo adivinó lo que iba a ser su carrera de apóstol — vuestra carrera —, adivinó que le iba a tocar trabajar con uno «cuyos pensamientos están muy por encima de nuestros pensamientos», cuyo poder sobrepuja infinitamente nuestra debilidad. Comprendió que su apostolado iba a consistir en abandonar su independencia y su tranquilidad para confrontar continuamente su nulidad, su insuficiencia personal, con la inmensidad de los designios y la fuerza de Dios. Él gimió: «¡Déjame tranquilo! Yo no podré soportar tener que trabajar contigo. Yo no puedo aceptar ser únicamente el lugar, el instrumento, la ocasión, el medio por el cual tú hagas prodigios con mi miseria.»

Y Jesús por todo consuelo le dijo: «Tú no entiendes todavía. Tú sólo sabes pescar peces. ¡Ya verás cuando te toque pescar hombres! Entonces sí que temblarás y tendrás ganas de marcharte y dejarlo todo. Y solamente por la fe podrás mantenerte en tu puesto. Tendrás que soportar tu miseria y la miseria de los demás. Tendrás que aprender a echar con frecuencia las redes, en mitad de la noche, sin poder pescar nada.»

Pero un día llegará la gracia de Dios y no sabrás cómo abrir los brazos para acoger a todos los hombres que Dios te entregará.

* * *

Pero a Pedro no le bastó con una experiencia.

Leed el Evangelio y recordad la confesión de Cesarea: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo.»

«Esto es maravilloso, Pedro; esto seguramente no es tuyo. ¡Es mi Padre el que te lo ha revelado!»

Y pocos minutos más tarde, al predecir Cristo su pasión, a Pedro se le ocurrió decir algo de su propia cosecha: «No quiera Dios que esto llegue a suceder»; el pobre Pedro tuvo que escuchar el reproche más duro del Evangelio: «Lejos de mí, Satanás. ¡Tú no tienes más que pensamientos humanos!»

Cuando Jesús anunció la traición de sus discípulos, Pedro se sublevó y tuvo que oír la predicción de su triple negación. Y es entonces su vocación definitiva, después de sus pecados y de sus lágrimas; Pedro está ya bien formado y preparado, puede ser un buen pescador de hombres: es un pobre. Jesús provoca maliciosamente su presunción y le pregunta: «¿Me amas tú más que éstos?», y Pedro entonces ya no tropieza en la zancadilla de antes — «Aunque todos te abandonen, yo no te dejaré jamás» —, Pedro ya no presume, ya no se compara con los demás, y cuando el Señor por tercera vez le pregunta: «Pedro, ¿me amas?», se siente tan vacío de sí mismo, tan completamente curado de su orgullo y suficiencia, que apela a la ciencia universal de Cristo y no al valor de su afirmación: «Señor, tú lo sabes todo; ¡tú sabes que te amo!»

De este modo, Pedro estaba preparado para ser un buen jefe, un verdadero apóstol. Hubiera sido terrible tener por cabeza de la Iglesia a uno que se creyera escogido por sus propios méritos.

Y por eso tuvimos un Jefe escogido a causa de su pecado, hundido en el abismo de su propia vergüenza. Dios nos quiere apóstoles desde la profundidad de nuestra pobreza. Acordaos del salmo: «*De stercore erigit pauperem.*» A nosotros nos gustaría ser puestos en el pedestal para que Dios nos escogiese. Pero Dios busca sus apóstoles — lo dice el salmo — en medio de la basura, entre los desperdicios, entre los pecadores.

Entonces podréis ir a llevar a los demás vuestro mensaje, no con vuestras fuerzas, con vuestros méritos o virtudes — eso les humillaría; vuestra riqueza sería un insulto a su pobreza —, sino con vuestra redención. ¡Me río yo de vuestra fortaleza, de vuestros ánimos, de vuestra salud y energía, de vuestra generosidad y pureza!

Pero si sois débiles a quienes Dios robustece, inquietos a quienes Dios calma, avaros a quienes Dios aligera de sus posesiones, rencorosos a quienes Dios ha enseñado el perdón, entonces tendréis algo que decir al mundo, tendréis un mensaje de salvación que llevar a los demás, y como vuestra miseria será pareja a la suya, ellos podrán creer en su curación al contemplar la vuestra.

Es imposible transmitir a los otros vuestras buenas cualidades: son vuestras y eso les humillará. Sólo Dios es comunicable. Si vosotros atestiguáis a los demás todas esas maravillas que Dios ha podido hacer con vuestra miseria, si vosotros permanecéis en sus manos a pesar de vuestras ganas de huir de Él, y si resistís a pesar de vuestros sentimientos de incapacidad y de inutilidad, entonces podréis dar a los demás algo que vale mucho más que vuestra propia entrega: les daréis a Aquel que vosotros habéis encontrado.

Todo el Evangelio está lleno de esta idea. También san Pablo fue escogido desde la profundidad de su pobreza. Él creía que era un apóstol celoso, pero obraba por egoís-

mo, era un rico. Él se había confiado a sí mismo su misión. ¡Ojo con aquellos que empiezan a misionar sin haber sido enviados! Él estaba seguro de su verdad, de sus tradiciones, de sus costumbres; y quería imponerlas a todos, encadenando, encarcelando, llevando a la fuerza a los otros a su religión, a su iglesia, a Jerusalén. También ahora hay quienes entienden el apostolado de la misma manera: encadenar, atar a su propio carro, imponer sus ideas, cacarear sus éxitos y sus conquistas.

¿Y qué hace Dios?, ¿qué podía hacer por él? Lo tiró por tierra, lo echó a la basura. Cuando Pablo encontró al Dios a quien creía servir, no lo pudo conocer. Y escuchó una voz que le decía: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues.»

Si nosotros tuviéramos los oídos más despiertos, creo que también escucharíamos el mismo mensaje: «Yo soy Jesús a quien tú persigues.» Revelación de nuestra miseria. Y punto de partida de nuestra conversión y de un verdadero apostolado.

Porque no nos basta un examen de conciencia — bastante maltratada, forzada y retocada tenemos la conciencia —, sino que necesitamos un examen de subconciencia.

Es lo que Jesús hizo con Pablo, un auténtico psicoanálisis: «Saulo, Saulo, es inútil que quieras dar coces contra el aguijón.»

Y Pablo cayó en la cuenta de que todo el tiempo que había estado creyendo que servía a Dios, no había hecho sino resistir y sofocar aquella dulce voz que murmuraba a su oído: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Había adquirido la experiencia de lo que hay de verdad en el hombre: su celo aparente, su buena fe aparente, escondían un abismo de rebelión contra Dios y de egoísmo y amor propio. Lo que hizo de Pablo un apóstol fue la experiencia de su pobreza. Él confesó a Cristo: «¿Quién eres? Yo no te conozco. ¿Qué es lo que tengo que hacer?»: ¡una confesión de pobre!

Con Pablo el militante, el misionero, no supo el Señor hacer otra cosa más que retirarlo de la circulación, colocarlo en reserva. Hizo que lo condujeran de la mano («Pedro, mientras eras joven, ibas adonde querías, hacías lo que querías; cuando seas mayor, otro te cogerá de la mano y te llevará adonde tú no quieras.») ¿No es esa vuestra experiencia? ¡Por lo menos esa es vuestra vocación, vuestro porvenir!); lo llevaron a Damasco «*donde estuvo tres días sin ver y sin probar un bocado*». ¡Buena fórmula para nuestro retiro! Convendría que ensayarais esa experiencia, ya que está de moda experimentarlo todo: leer toda clase de libros, ver todas las películas, pasar por todas las situaciones; la gente no cree más que en lo que ha experimentado: ¡no se fían de los demás, no les gusta ser cándido, tienen el derecho de tocarlo todo con sus manos!

Pues bien, tocad también esto, ensayadlo, experimentadlo, a ver qué efecto puede hacer un retiro de esta clase. Pablo quedó transformado totalmente; nadie podría reconocerlo.

Pablo es un caso típico de la religión farisaica, rutinaria, rica en dogmas y en prácticas legalistas, pero pobre de fe. Gentes que hace tanto tiempo que creen, que ahora ya no creen; que hace tanto tiempo que esperan, que han perdido las esperanzas; que han aguardado a Dios desde hace tantos años, que han terminado por no aguardarle ya. ¿No conocéis vosotros a este tipo de personas?, ¿personas en las que la costumbre de no creer se ha ido insinuando poco a poco en su vieja costumbre de creer?, ¿en las que la costumbre de no rezar se ha infiltrado solapadamente dentro de su vieja costumbre de rezar? ¿No os reconocéis a vosotros mismos en esta revelación?

El primer efecto del Espíritu Santo en un alma, ¿sabéis cuál es? ¿Iluminarla?, ¿ponerla en éxtasis?, ¿hacerle hablar en lenguas?

No, ¡convencerla de pecado! (Jn 16, 8).

Basta una señal para saber que estáis llenos del Espíritu Santo: ir a confesaros. ¡Reconoced que se necesita nada menos que una intervención del Espíritu Santo para esto!

Por eso, sin duda, soléis decir al comienzo de vuestra confesión: «*Bendígame, padre, porque he pecado.*»

No decís: «Écheme un sermón, padre, porque he pecado» o «Castígueme, padre, porque he pecado», eso sería lo normal. Sino que decís: «Padre, dígame una palabra de ventura y de dicha. Padre, felicítame porque he recibido una gracia de Dios y un don del Espíritu Santo: ¡me he reconocido pecador!»

* * *

¿Y recordáis cómo convirtió a la Samaritana? Comenzó adoptando una actitud de pobre: Cristo es un pobre; empezó pidiéndole un servicio: «*Dame de beber.*»

Ella se aprovechó para coquetear un poco: «¿Cómo es que tú, judío, me pides de beber a mí, una samaritana?»

Jesús intentó profundizar: «Si supieras quién es el que te pide de beber, serías tú la que le pedirías a él, y él te daría agua viva.» Ella le respondió con insolencia: «¿Te crees tú mayor que nuestro padre Jacob? Tú no tienes nada para sacar agua.»

Entonces Él le planteó la cuestión principal. Llevó la conversación al terreno de su pobreza, de su pecado: «Ve a buscar a tu marido.» Ella bajó la cabeza: «No tengo marido...» «Cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes, no es marido tuyo. En esto sí que dices la verdad.»

Esta vez dio en el clavo. Ella se convirtió desde el abismo de su pecado. Cristo tuvo que hundirla para buscarla en el fondo, como quiso hundir a Pedro cuando

intentó darse un paseo por encima de las olas del mar: quiso que se mojara para que aprendiese que solamente agarrando la mano de Cristo es posible andar sobre las aguas.

Desde su conversión la Samaritana se convirtió en apóstol — una buena mujer de acción católica —; se puso a buscar a los hombres de su aldea — ya tenía experiencia de ello — y les dijo: «Venid a ver, hay uno que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será quizá el Cristo?» Ese es su mensaje: ¡un mensaje de pobre! Ese debería ser nuestro mensaje: «Venid a ver, hay uno que me ha dicho todo cuanto yo hice. Uno que ha hecho de todas mis faltas, de todos mis pecados, unos benditos pecados.»

Los hombres acudieron, porque en aquel mensaje había algo que interesaba a todo el mundo. No una riqueza orgullosa, una afirmación tajante, sino una pobreza fraterna a todos: «Me ha dicho todo cuanto yo he hecho...»

* * *

Empezamos este retiro con una invocación a la Virgen, porque ella es Pobre por excelencia.

María es la primera pecadora perdonada.

El dogma de la inmaculada concepción nos enseña que estuvo libre de pecado original, pero no de la obligación de contraerlo. Ella fue perdonada de antemano, llena de gracia antes que todos los demás.

Para comprender mejor el caso de María, acordaos de la vida de santa Teresa del Niño Jesús. Entusiasmada con los privilegios de los pecadores, en el Evangelio, especialmente por aquello de «*aquel a quien se le ha perdonado poco, ama poco; aquel a quien se le ha perdonado mucho, ama mucho*», se entristecía por no poder considerarse como una gran pecadora, y se hubiera atrevido a hacerles una peligrosa competencia a sus rivales, si su sentido común

no le hubiese dictado la solución. «Seguramente yo no soy mejor que los demás; seguramente yo hubiera cometido todas sus faltas, pero el Señor, conociendo mi debilidad, me ha protegido, me ha librado de ellas; Él me las ha perdonado de antemano.»

Pues bien, María supo siempre que ella había sido perdonada de antemano. Ella recibió los dones del Señor con la mayor humildad: ella sabía que Dios se los daba gratuitamente, que ella nada tenía para merecerlos, que Él la había preservado con su gracia.

María vivió las maravillas de la gracia de Dios. Y porque ella fue la primera agraciada, es por lo que Dios la hizo Medianera de todas las gracias. Ella fue la primera pobre: tuvo conciencia de haber recibido todo lo que Dios le había dado; nada consideraba como suyo; todo era regalo de Dios.

Incluso la virginidad. Hoy la virginidad es una gloria; entonces era un oprobio, la pobreza de quien no tiene ni siquiera un hijo. Pero, porque ella estaba vacía y abierta, ¡por eso Dios le puso un hijo entre los brazos!

¡Vacíos y abiertos! ¿Cuándo estaremos nosotros vacíos y abiertos?

Una novicia decía una vez ante santa Teresa del Niño Jesús: «¡Oh!, ¡cuánto me falta todavía para ser santa!» «Decid más bien — dijo la santa — ¡cuánto me sobra para serlo!»

María es reina de los apóstoles porque el apóstol, como ella, es un pobre que revela las grandes cosas que Dios puede hacer en una pobreza aceptada.

El Magnificat es el canto eterno de los pobres. Sólo podremos llegar al cielo cantando el Magnificat: las maravillas que Dios es capaz de hacer con la pequeñez de sus siervos.

LA POBREZA

(Continuación)

En el coloquio han salido a relucir preguntas sin importancia y preguntas muy comprometidas.

¿Acaso la fe, que nos hace fuertes, no es una verdadera riqueza?

No, la fe es fe en Otro; la fe es lo que el Otro hace con nuestra pobreza. Cuanta más fe tengáis en Dios, más experimentaréis el sentimiento de vuestra pequeñez. Nadie ha conocido jamás a Dios sin tener conciencia de ser pobre y pecador.

Es verdad que nos gustaría servirnos de Dios para enriquecernos, pero Dios no se muestra rico más que con los pobres. El mismo san Pablo pidió que la fe se transformase en él en riqueza: «Yo tengo un agujón en mi propia carne, un ángel de Satanás que me abofetea. Por tres veces pedí a Dios que me librase de él, pero Dios me dijo: “No. Tienes bastante con mi gracia. Mi fuerza resplandece en tu debilidad.”»

Tampoco la esperanza es una riqueza. Esperamos en Dios y no en nuestra propia esperanza. Tenemos esperanza en *Aquel* a quien nos dirigimos, y no en *aquello* que le pedimos.

Pero si tengo que estar continuamente planteando la cuestión de mi esperanza, ¿cómo podré comunicarla a los demás?

Tú tienes que poner en Dios una confianza, una esperanza total; pero no ponerla en las formas, en los medios, en el plazo en que tú creas que esa esperanza se va a realizar. «*Spes contra spem*»: esperar contra toda esperanza. El mismo Cristo empezó pidiéndole a Dios cosas que no le eran necesarias. Dios desoyó a veces nuestros deseos, para abrirnos a su esperanza. Es menester rezar y esperar en Dios: pero Dios nos escuchará de otra manera distinta a la que nosotros creíamos. Jesús le pidió: «Si es posible, que se aleje de mí este cáliz», y Dios le escuchó dándole fuerzas para que lo bebiese. Sus deseos no fueron escuchados, pero su esperanza sí.

Nos dice la epístola a los Hebreos: «Cristo, en los días de su carne, habiendo ofrecido sus súplicas con grande clamor y lágrimas a Aquel que podía librarle de la muerte, y habiendo sido escuchado a causa de su piedad, aprendió a pesar de ser su Hijo, lo que era la obediencia, por sus propios sufrimientos.» Ese fue el modo como Dios lo escuchó. Pedía que le librase de la muerte: fue escuchado, recibiendo el poder soportarla.

Con la fe pasa lo mismo: «Yo tengo una fe total en Dios», quiere decir que «yo estoy seguro de haberlo encontrado, sé muy bien que Él ha obrado sobre mí y en mí mismo; pero a pesar de mi seguridad, me replanteo la cuestión de las formas de mi fe: ¿he comprendido bien?, ¿no deberé comprender mejor?» De esta manera, captamos sin cesar el objeto de nuestra fe.

Otra pregunta importantísima: ¿Cómo sé yo que Dios es algo vivo? ¿Cómo sé que Él es amor? ¿Cómo sé que Él es alguien? ¿No será solamente una idea?

Todo este retiro va a ser una respuesta a esta pregunta; he aquí el esquema:

Primera etapa: es la de esta mañana; ante todo, es necesaria una postura de disponibilidad y acogimiento.

Si queréis pasar de vuestro ateísmo, tan ingenuamente expresado, a una religión de verdad, tenéis que comenzar por colocaros en una disposición de pobreza, por experimentar vuestra necesidad de Dios, por saber que Su verdad es alguien y no algo. Pedir que os tienda una mano. No hay que inventar a Dios, hay que rogarle que se revele a nosotros. A Dios no se le conquista; es Él el que se da y se revela cuando y como quiere. «He aquí la esclava del Señor»: ¡esa es la disposición indispensable!

Segunda etapa: está la cuestión de las pruebas. Es la cuestión más peligrosa. Existen pruebas manifiestas de la existencia de Dios. Pero pueden resultar nefastas si encajonan al no creyente en una dirección racional, racionalista. Pueden obligarle a reconocer: Dios debe existir. Podríamos ir repasando esas pruebas, si queréis; pero solamente servirían para quitar algunos obstáculos a los racionalistas inveterados, que tropezarían en sus objeciones, sin saber librarse de ellas y sin avanzar positivamente en el camino de la fe.

Tercera etapa: es la etapa de la fe; Dios existe y me ha hablado. Leed el Evangelio (Jn 7, 44-52). El jefe de policía del Templo decide arrestar a Cristo y envía a sus valientes policías para que lo prendan. Cristo está ocupado hablando a la gente. Entonces los policías, quizá por miedo a que las turbas se sublevaran si le interrumpían, quizá por esa curiosidad natural de la gente sencilla, se detienen a escucharle unos instantes. Después probablemente empezaron a mirarse unos a otros, siguieron escuchando y terminaron bajando la cabeza, dándose media vuelta y volviéndose al cuartel. El jefe los ve venir: «¿Dónde está?, ¿es que no lo habéis visto?» «Sí, lo hemos visto.» «Y no lo habéis arrestado?» «No.» «¿Es que ha habido jaleo?, ¿es que la turba...?» «Nada de eso.» «Entonces, ¿por qué no lo habéis cogido?» «Nunca jamás un hombre ha hablado como este hombre.» Esos tipos

arriesgaban su libertad, su carrera, quizá incluso su vida y su religión, por esa impresión que Dios había dejado en sus corazones. Para mí no existe otra prueba de la existencia de Dios. Esa especie de impresión de Dios, el hecho de que nunca jamás nadie me ha hablado como Él. Desde luego, es verdad que nosotros sabemos quién es Dios, demasiado bien, y los ateos lo saben quizá mejor que nosotros, a juzgar por la habilidad de los medios que utilizan para impedir que Dios les hable. Si el mundo moderno, como dice Bernanos, es una conspiración permanente contra toda clase de vida interior, es porque el mundo está demasiado atento a Dios, a fin de tomar las medidas necesarias para no oírle. Yo creo que los ateos lo oyen mejor que los cristianos, porque los cristianos ponen cara de quererlo oír, pero no lo oyen. Los ateos, a juzgar por sus precauciones, por la vigilancia que ponen en que sus palabras no lleguen a sus oídos, deben darse buena cuenta de la dirección en que Dios se encuentra y de la manera como habla.

Yo creo que cada uno de nosotros se ha encontrado alguna vez con Cristo, como Pedro, como Pablo, como todos. Yo creo que Él habla a todo hombre que viene a este mundo. *«Él ilumina a todo hombre que viene a este mundo.»* *«Todo aquel que es de la verdad, oye su voz.»* *«El que es de Dios, oye bien la palabra de Dios.»*

En tiempos de Jesús todos cuantos se le acercaban, terminaban sabiendo quién era Él y le dejaban peores o mejores de lo que habían venido. Peores, si lo rehusaban; mejores si lo recibían. Una prodigiosa emoción invadía a la criatura en contacto con su Creador. Los que eran de Dios, escuchaban cómo resonaba en ellos la voz de Dios. *«Mis ovejas oyen mi voz y me siguen.»* *«Su corazón ardía cuando le oían interpretar las Escrituras.»* Anhelos infinitos de gozo, de liberación, de paz, brotaban en

sus corazones de una manera como nunca jamás habían brotado. Sabían que solamente Dios podía hablar así, que solamente Dios podía amar así, que solamente Dios podía perdonar así. Deberíais repasar todo el Evangelio y decidiros a favor o en contra de Cristo, ante la impresión que Él hará en vuestros corazones y que os sacudirá profundamente.

Seguramente objetaréis: *Entonces tendremos que decidir sobre nuestras impresiones; nuestra fe no tendrá más fundamento que nuestros sentimientos.*

Respondo: *«¿En que reconoceréis vosotros a Dios (y notad que a Dios se le reconoce, aunque no se le conozca, que un ateo sabe en seguida de qué se trata ante una manifestación de Dios), en qué reconoceréis vosotros a Dios si no es en el hecho de que Él no es como los demás, en el hecho de que Él se nos mete hasta una profundidad, como nadie jamás ha podido penetrar en nuestro ser?»*

Pongamos mejor, en forma, esta respuesta:

En el hombre hay un hecho interior y otro hecho exterior, que es la Iglesia. Estos dos hechos vienen a completarse y confirmarse. Yo creo en el hecho interior (lectura del Evangelio, oración, sacramentos, encuentro con cierta persona, un suceso, impresión que todo esto me produce), pero no me atrevo a creer totalmente en él mientras ese hecho no se vea confirmado, anunciado, descrito, certificado, por medio de un hecho exterior (la Iglesia, su doctrina, su historia).

Y al revés, yo creo en la Iglesia, en todo cuanto ella me enseña, porque interiormente tengo motivos para comprender lo que ella me dice, para ver un contenido en sus dogmas y una vida que late bajo las formas que ella me impone.

Yo no creería en mis impresiones si no creyese en la Iglesia. Ni tampoco creería en la Iglesia, si no hubiese encontrado en ella la marca de Dios.

La Iglesia me da esta preciosa seguridad: lo que yo creo con toda mi alma no es un subjetivismo, un iluminismo individual, sino un hecho histórico, continuado a través de los siglos por medio de una institución prodigiosa de vitalidad y fidelidad, y en millones de hombres que han vivido la misma vida que yo.

Pero, por otra parte, ya permanecería totalmente ajeno a lo que la Iglesia dice de sí misma, si yo no viviera esa vida, si yo no la experimentara dentro de mí mismo.

A cada uno de nosotros Dios le ha hablado en una ocasión o en otra; la diferencia entre un santo y nosotros está en que el santo ha estado atento a recoger y conservar esas impresiones que Dios ha dejado en su corazón. Los santos han sido fieles a las palabras de Dios y nosotros las hemos olvidado, las hemos dejado pasar, no hemos puesto atención en ellas. Ahí es precisamente donde se manifiesta la libertad del hombre frente a Dios. Una prodigiosa capacidad de olvidar. Podríamos haber contemplado el más maravilloso de los milagros; pero tres años después, nos sería tan difícil creer en el milagro como creer en Dios. Resulta tan fácil dudar de un milagro como dudar de cualquier otra manifestación de Dios en la oración, en un sacramento, en una lectura del Evangelio. Entre Dios y nosotros pasa lo que entre amigos que se conocieron de jóvenes. ¿No os acordáis? Pasábamos juntos las vacaciones y no habíamos encontrado nunca una familia tan simpática, tan cordial, tan feliz, tan unida, y después, sin saber por qué, las relaciones se fueron distanciando, dejamos de escribirles, dejamos de ver sus viejas fotografías, ya no los vimos más; trabamos relaciones con otros muchos, pero en el fondo a nadie queremos como los quisimos a aquellos; nunca jamás amaremos a otros tanto como a

ellos, y, sin embargo — es terrible decirlo —, ante la idea de volver a verlos, experimentamos cierto malestar y recelo: sería preciso renovarlo todo, sería preciso cambiarlo todo, y preferimos seguir siendo como éramos, porque cambiar nos resulta difícil.

Pues bien. Algo parecido suele suceder entre Dios y nosotros. En nuestra vida ha habido huellas de Dios, revelaciones de Dios. Nuestro Dios es un Dios que se revela, no es algo que nosotros inventamos, es el Dios de la revelación, el Dios que habla, el Dios que se mueve, el Dios que se hace reconocer, «*el Dios que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*». Preguntadle a Él, yo no os lo sé dar. Dios no se transmite como un paquete o una herencia. Lo terrible es que, después de haberlo reconocido, podemos olvidarnos por completo de Él, o bien acordarnos del tiempo en que lo conocíamos muy bien, pero sin tener el coraje de volver de nuevo a hacer todo lo que se necesita para tomar otra vez contacto con Él.

Eso es la libertad del hombre. Todo depende de la libertad en el terreno de la religión. San Pablo pudo volver a intentar escaparse después de su conversión, pudo, por ejemplo, pedir que desapareciese el agujón de su carne, pedir que Dios hiciese desaparecer su pobreza, lo mismo que san Pedro pidió que Dios le librase de subir a la cruz; la cruz sería una mala solución: ¡hay tantos métodos de evangelización mucho más cómodos que ser crucificado!

Intentaré desarrollar estas respuestas a vuestras objeciones; pero quizá fuera necesario decir inmediatamente dónde se encuentra ese Dios. Ese Dios que habla, que se manifiesta; ese Dios que yo no os puedo manifestar. Es Él el que tiene que hacerlo, en una auténtica celebración del sacramento, es una auténtica oración, en una verdadera atención a vuestra vida y a los demás. En la

antigua Iglesia, cuando había que escoger a alguien para una misión, se escogía a uno lleno del Espíritu Santo. Y eso tenía que notarse. ¿No habéis encontrado vosotros nunca a un hombre lleno del Espíritu Santo?, ¿o por lo menos con una buena medida de Espíritu Santo? ¿Se nota en seguida! Si habéis venido a este retiro, habréis encontrado por lo menos a uno. «¿Quién?, ¿aquel individuo, aquel profesor, aquel amigo?» Hace 2.000 años era hijo de un carpintero, y hoy sigue siendo el mismo. San Pedro afirmó en su segundo discurso después de Pentecostés: «El Señor ha enviado a este Espíritu Santo, que vosotros habéis visto y escuchado.» ¿Tenéis vosotros la impresión de haber visto y escuchado al Espíritu Santo? Dios es algo experimental. ¿No habéis visto vosotros al Espíritu Santo? Entonces, decíme cómo es que habéis venido hasta aquí y os podré escribir en seguida una biografía del Espíritu Santo en vuestra vida. Que se levante cada uno y diga cómo es que está aquí: es por la acción del Espíritu Santo. En el fondo, vosotros también estáis seguros: es que vosotros sois unos pobres, que habéis venido incluso a pesar vuestro. Acordaos de la parábola de los dos hijos que mencionábamos ayer: hay quienes han venido a este retiro, un poco a su pesar, ¡tan fuerte es el Espíritu! El Espíritu Santo muerde y «re-muerde». Se le siente sobre todo cuando se le ha contrariado. Se le siente cada vez más a medida que uno envejece. Todavía tenemos que hablar de la vocación de Pedro esta mañana:

«Pedro, mientras eras joven, estabas lleno de ilusiones, iba adonde querías y hacías lo que te venía bien; pero cuando seas mayor, vendrá otro que te lleve de la mano y te conduzca adonde tú no quieras ir.»

Pues bien. Preguntad a los que ya son prácticos en estos retiros: si tú hubieras sabido de qué se trataba, tú no hubieras venido; pero ahora, en el fondo, te sientes bien contento de haberlo hecho; pero si tú lo hubieras previsto,

no hubieras tenido ánimo para dejarlo todo y venir. Lo mismo sucede con el matrimonio. Ha sido otro el que te ha llevado de la mano; otro, uno cualquiera. Si tú hubieras sabido de antemano lo que se te iba a pedir, no hubieras dado un paso. Y ahora estás contento de que te hayan traído. Eso es lo que pasa con el pobre; lo llevan más allá de sus deseos, adonde él no quiere, pero allí está su Esperanza. Eso es la experiencia de Dios en nuestra vida. El Espíritu Santo que obra y arrulla... Os voy a decir una cosa que acabo de oír: que, gracias a Dios, el Espíritu Santo no es una paloma, que esta imagen es totalmente desalentadora. Pues bien, yo he oído que esta imagen de la paloma había sido escogida no por la forma del pájaro, sino a causa de sus gemidos. La paloma no hace sino gemir, arrullar continuamente. Y porque el Espíritu Santo no hace sino gemir sin cesar, es por lo que se le representa bajo la forma de una paloma. Se trata de una imagen verbal y no plástica.

Recordemos el capítulo de la Carta a los Romanos: «Nosotros no sabemos lo que tenemos que pedir en nuestra oración, pero el Espíritu Santo viene a ayudar a nuestra debilidad; es Él el que ora en nosotros con gemidos innarrables.» Él está murmurando todo el tiempo: «Saulo, Saulo, es inútil dar coces contra el aguijón.» «¿Por qué me persigues?» Eso es Dios. Decid cada uno cómo habéis venido, y vosotros no necesitaréis más pruebas de la existencia de Dios. Ahí está el único contenido real de vuestro concepto de Dios. Dios no es una palabra. Dios es el contenido real de una verdadera experiencia. «Nadie habló jamás como este hombre.» Eso les bastó a aquellos policias para convertirse. Eran almas sencillas, no intelectuales. Tuvieron una experiencia de Dios. Y los samaritanos — para concluir con la historia de la samaritana —, los samaritanos fueron a ver a Cristo por curiosidad, pero después de oírlo le pidieron que se quedase con ellos. Dos días

— un pequeño retiro — les bastaron para decirle a la samaritana: «Ahora creemos no por lo que tú nos has dicho, sino porque lo hemos oído nosotros mismos y sabemos que es el Salvador del mundo.»

No hay religión en vosotros, al menos no hay religión adulta mientras no seáis capaces de decir a vuestros educadores religiosos, a vuestros padres, a vuestros sacerdotes, la misma palabra: «No es por lo que tú me has dicho, sino porque yo, yo mismo, lo he oído.» ¿Creéis en Dios o creéis en los que os han hablado de Él? La diferencia es enorme. Uno es cristiano si cree en Dios: y esto implica cierto encuentro con Él. No podéis hablar de «misión», mientras no estéis seguros de haberle encontrado. Es Él quien os envía. Los que han partido a llevar a cabo esa «misión», saben que es el Espíritu Santo el que los lleva de la mano, el Espíritu de Dios.

Todo esto lo iremos desarrollando poco a poco durante este retiro, pero he querido daros un esquema inmediato de lo que es la fe. No es sólo una disponibilidad, eso era el primer paso, la pobreza. No son los argumentos, ellos pueden quitar obstáculos, pero no aportan nada positivo.

La fe es una revelación. Dios es algo vivo y mientras que no podáis decir a los demás: «Yo creo, pero no por lo que tú me has dicho», no seréis adultos en Cristo.

Hay un hecho exterior que es precioso: nuestra religión es, por lo menos, histórica, de lo contrario estaríamos perdidos en el iluminismo. Pero si vosotros no adquirís experiencia no habrá contenido alguno en vuestros dogmas, en vuestros ritos, en vuestros gestos.

* * *

Ahondemos en la noción de pobreza, que es fundamental.

¿Cómo es posible que esta pobreza pueda ser la base de un verdadero humanismo?

Es muy bonito decir: «Yo soy pecador, yo soy pobre, yo soy débil», pero esto no entusiasmará a nadie, no convertirá a nadie.

No es así.

El pobre es un hombre a quien Dios, un encuentro con Dios, el amor que Dios le tiene, le ha dado un motivo para aceptar su pobreza; un hombre que conoce a Dios lo suficiente para aceptar ser pobre delante de Él, un hombre que sólo se siente con fuerzas para sentirse débil. El hombre que puede soportar su pobreza, su debilidad, no es un ser amargado, desesperado, deshecho, desanimado, por el contrario, es un ser que cree en las grandes cosas que Dios llevará a cabo en la pobreza de su esclavo. El hombre que no vacila ni ante la grandeza de su esperanza ni ante la realidad de su miseria, es un hombre fuerte, es un hombre completo, equilibrado, feliz, adaptable. Es un hombre que no se quebrantará jamás.

Mientras que el estoico es un tipo repugnante, afectado, orgulloso, duro, desencajado de los demás, «un rebelde», el cristiano no se rebela jamás, porque aunque sabe que todo en el mundo tiene mucho de tragedia, está sin embargo cierto de que todo terminará bien. El hombre que se siente débil delante de Dios, tiene la fortaleza de Dios. El hombre que se siente pobre delante de Dios, tiene una gran riqueza, no su riqueza sino la de Dios.

Ante un apóstol sereno, equilibrado, feliz, transparente, animoso, sencillo, lúcido, sin desesperar jamás, un estoico no tiene más remedio que admitir: este tipo es más fuerte que yo, porque ha sabido aceptar su debilidad. Y esto es todo. Ese hombre, ese pobre, ese apóstol ha resuelto el problema del hombre: desde lo más

hondo hasta lo más sublime nada le extraña, es capaz de abrazarlo todo; él está en la más absoluta conformidad con todo lo real, es el único hombre verdadero.

* * *

La pobreza. No la hemos comprendido, si no hemos comprendido que su fuente está en Dios. Dios es pobre. La pobreza es una virtud teologal. Las bienaventuranzas son una revelación de las costumbres mismas de Dios. Tomad todas las bienaventuranzas y escuchadlas bajo esta forma. Dios ha querido revelarnos la manera como Él mismo vive. Él es pobre. Él pone toda su complacencia en otro, no tiene nada que no desee dar a otro, es el Padre. Y el Hijo, nada tiene de sí mismo, sino del Padre; nada hace por sí mismo, sino únicamente lo que ve hacer al Padre: «Las palabras que os digo, no os las digo de mí mismo, es el Padre que mora en mí, el que realiza sus obras»; quien ve al Hijo, no le ve a él, sino al Padre. Tampoco el Espíritu Santo habla por sí mismo: «Él dirá lo que ha escuchado, Él dará testimonio de mí.» Siempre que aparece una persona divina en el Nuevo Testamento, es para hablar de otra, para poner en otra todas sus complacencias: «He aquí mi hijo bien amado, escuchadle, lo mejor de mí está en él.»

Dios es pobre. Dios se eclipsa delante de otro. Dios pone toda su riqueza en otro. Dios es el don total de sí mismo. ¿Qué idea tenéis de Dios? Ahí está el núcleo de la cuestión. Entre todas las influencias que contribuyen a orientar vuestra vida, la más importante es la idea que os habéis formado de Dios. Toda la historia de la humanidad quedó trastornada por la falsa idea de Dios que Adán se había forjado. Adán quiso ser como Dios; muy bien, eso era lo único que podía hacer; Dios lo había creado a su imagen y semejanza.

«*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*» Pero eso no es el pecado de Adán. No es eso lo que nos enseña el catecismo. Si él hubiera querido ser verdaderamente como Dios, ¡qué estupendo! Pero, por desgracia, Adán se había formado una falsa idea de Dios: creyó que Dios era rico, autónomo, suficiente, que Dios no era pobre. Y entonces para ser como Dios, como ese Dios que él se figuraba, desobedeció, se rebeló, conquistó su autonomía. Pero cuando Dios, el verdadero Dios, se manifestó a los hombres, nos dimos cuenta de que Dios era amor, entrega, complacencia en los demás, ternura, donde de sí, sumiso, obediente: «*Obediente hasta la muerte.*» ¿Es ese vuestro Dios? Entonces, para saber si sois creyentes de verdad, yo no os preguntaré: «¿Creéis en Dios o no?», esto no significa nada, sino que os diré: «¿Qué es lo que queréis ser: cada vez más pobres o cada vez más ricos?, ¿cada vez más independientes o cada vez más dependientes?, ¿cada vez más invulnerables o cada vez más amantes y sufridos?»

¡Ojo! Cada uno de vosotros llegaréis a ser como el Dios que os imagináis. Y si vosotros os imagináis que Dios es rico, solitario, poderoso, autónomo, suficiente, invulnerable, vosotros llegaréis a ser eso. Pero si vosotros conocéis al verdadero Dios, entonces os diré: «¿Por qué no queréis ser cada vez más entregados, cada vez más solidarios de los demás, más afectuosos, más atentos, más obedientes, más sumisos? ¿Por qué no queréis ser cada vez más amor? ¿Cada vez más pobres? ¿Por qué dudáis en entregaros totalmente a vuestros hijos espirituales o físicos? ¿Por qué no aprendéis a mirar con cariño todo eso que hasta ahora habíais visto como basura?»

Me parece a mí que muchos cristianos honran a un ídolo cuando creen honrar a Dios. Allí en la aldea, allí en la sierra, allí por lo menos la gente del pueblo con-

serva aún cierto respeto por los curas (!!!)..., allí todavía hay religión (!!!)... ¿Sabéis por qué? Porque creen que el cura tiene todavía algún poder. Y conviene estar bien con él. Y sin embargo, toda la religión consiste en que Dios ha crucificado todo su poder para que se sepa que sólo es posible llegar hasta Él por el amor. Él no entiende de poderes ni influencias. Él sólo nos enseñará a amar, que es muy distinto. Dios no es poder, sino amor. Él sólo puede enseñarnos a amar. Y vosotros debéis aprender a ser felices con su felicidad, fuertes con su fuerza, porque Él no tiene otra cosa que daros. Y ¿cuál es su felicidad y su fuerza? Dar, amar. Cuando leáis en vuestro catecismo: «*La gracia nos hace hijos de Dios y herederos del cielo*», decíais: «¡Caramba! ¡Herederos del cielo!» Ya estabais ordinariamente bastante bien colocados, con vuestra clase social, con vuestras posesiones en la tierra, y resultaba que gracias a vuestro bautismo recibíais todavía una herencia en el cielo. Se jugaba estupendamente a dos cartas. Pero, heredero del cielo, heredero de Dios...; ¿y qué es lo que Dios tiene?, ¿qué podemos heredar de Él? Dios es amor. Dios es entrega. Vosotros heredaréis de Él la obligación de dar lo que tenéis. ¡Bonita heredad! Una heredad que aceptar a beneficio de inventario. Heredar la obligación de dar todo aquello que teníamos antes de la herencia. Dios no puede dejarnos más herencia que esa; si no aceptáis ser fuertes solamente con su fuerza y felices solamente con su felicidad, Él no tiene otra cosa que daros. Y en el cielo no hay más felicidad que ésa.

Para los intelectuales el verdadero paraíso sería el infierno. En el cielo lo encontrarán todo absurdo: ¡amarse unos a otros!, ¡no poder discurrir por cuenta propia, no poder brillar ni eclipsar a los demás!

Mientras que Lucifer es verdaderamente inteligente, conoce de maravilla a los hombres... y a las mujeres.

Tendrá una conversación muy interesante. En su compañía se blasfemarà con una agudeza encantadora. Se podrá discutir eternamente sobre todos los problemas (especialmente sobre la santidad y sobre la Iglesia), sin llegar a ninguna conclusión...

Nada de hornos de pez ni de calderas hirvientes. Nada de eso. Serà una especie de «soirée» ininterrumpida, con té y pasteles de crema. Con numerosos contactos sin amor. Una intensa agitación, pero sin gozo. Placeres a la fuerza por toda la eternidad.

¡Qué distinto será el cielo!

En el cielo se amará, se abrirán los brazos, se escucharà, tendrán necesidad unos de otros, se será sensible a los demás, se gozará con el gozo de los demás. Estaréis en el cielo, no por el hecho de ser justos, honestos, puros y virtuosos, no por el hecho de estar contentos de vosotros mismos, sino porque estaréis maravillados ante Dios y ante los demás; no por el hecho de que los demás os admiren, sino porque Dios es admirable y ha tenido misericordia con vosotros.

Por eso algunos, si supieran lo que es el cielo, renunciarían a él: ¡amarse, ser pobre, ser dulce, estar atento a los demás para gozar de su felicidad, pasar su cielo haciendo bien en la tierra, o sea, tener hambre y sed de una justicia total, de una manifestación plena de Dios! Porque en el cielo hay también una esperanza, de la que quizá no habéis oído hablar: los santos están en comunión con nosotros; Cristo trabaja en el mundo hasta la consumación de los siglos, y todos sus escogidos con Él. ¿Qué podrían hacer si no? ¿Cómo iba a ser posible que hubieran perdido el gusto de ser militantes mientras la redención se lleva a cabo? ¿Cómo iban a poder ser felices canonizados, retirados allá arriba, jubilados? No, la pobreza es una especie de gusto de Dios, un gozo de obrar

como Él, de comulgar con su acción y su ser, y esto no cesará jamás.

No me gustaría que concibieseis la pobreza como un seguro para más tarde: «¡Ser felices en la otra vida!» A veces el Evangelio se ha interpretado en este sentido, una especie de «mesianismo de los pobres», hoy humillados y mañana triunfantes.

Si se tratase de que uno es luego tanto más feliz cuanto más desgraciado es ahora, la solución era sencilla: es menester fastidiarse ahora todo lo que podamos, para asegurarnos luego una vida confortable.

Y, siguiendo la lógica, lo que convendría sería dejar a los desgraciados en su miseria, cultivar con cuidado su pobreza ¡para no frustrar su futura bienandanza!

Esto sería por otro lado declarar falsas las palabras de Cristo: si acá abajo no son felices, y allá arriba no van a ser pobres, ¿cómo es que se atreve a decir: «*Felices los pobres*»?

No, el pobre es feliz ya ahora. Las bienaventuranzas son algo actual, de este mundo. ¡No sólo tenéis que ser pobres!, ¡tenéis que ser ante todo y sobre todo, felices, incluso ahora!

Sí, existe la obligación de ser felices. Y, a pesar de ello, nada hay más extraño a esta obligación en la mentalidad religiosa de la gente. Para muchos cristianos, la religión es forzosamente algo tan desagradable como la dicha es algo pagano.

Cuando yo os digo, por ejemplo: «Felices los pobres, felices los hambrientos y los que tienen sed de justicia, felices los perseguidos...», estoy seguro de que vosotros os vais a quedar con esto: «Bueno, yo tendré que hacerme pobre, yo tendré que ser un hambriento, yo voy a hacer que me persigan...»

¡Infelices! Olvidáis lo principal: tenéis que ser un pobre feliz, un hambriento feliz, un perseguido feliz.

El que seáis pobres, hambrientos, perseguidos, eso no prueba nada, eso no significa nada, eso no conduce a nada. Pero que seáis pobres felices, débiles felices, dichosos en la lucha y la contradicción, eso es lo que os interesa, eso es lo que hace de vosotros una señal de Dios, un milagro, una epifanía.

Sí, el pobre es apóstol porque es dichoso, porque manifiesta la presencia de Dios y su amor en medio de una fragilidad humana.

Por favor, dejad de pensar en una vida futura, dejad de esperar sólo en el porvenir, de capitalizar vuestros méritos. Un cristiano no cree en la vida futura; eso sería el opio del pueblo. Él cree en una vida eterna, ¡en una vida que ya ha comenzado! Y si es así, ¡empezad ya ahora vuestra bienaventuranza!

«La vida eterna es conocerte a Ti, el único verdadero Dios, y al que has enviado, Jesucristo.»

Los que no hayan gozado de la presencia y del amor de Dios aquí en el mundo, los que no se hayan visto iluminados por Él, esos tampoco gozarán en la otra vida. El reino de Dios está ya entre nosotros. El Espíritu Santo nos da desde ahora el gusto de las cosas de Dios, la conformidad con sus costumbres, la participación en sus bienaventuranzas. Si éstas no nos dicen nada ahora, es porque Le resistimos. Y entonces, nos resultarán insípidas en la tierra y en el cielo.

¿Sois felices?, ¿estáis en la bienaventuranza?, ¿os sentís ya un poco salvados?, ¿y a quién queréis salvar vosotros, si vosotros mismos no os sentís salvados todavía?

¡Feliz el pobre! Sólo el pobre conoce a Dios, sólo él entra en Dios porque sólo él sabe de sí, sólo él comulga con Dios porque sólo él tiene algo común con Dios.

El pobre es feliz porque está en la realidad de las cosas, porque ve claro, con lucidez: sabe que Dios le ama y que tiene necesidad de Dios, que vive de Dios, que vive de la caridad, del amor de Dios.

El rico es un necio, un insensato, uno que sólo se apoya en sí mismo. Jesús nos lo dijo en una parábola:

«Había un hombre rico, cuya hacienda había dado muy buenos frutos (había hecho un buen negocio) y se hacía él mismo las siguientes reflexiones: “¿Qué voy a hacer, si ya no tengo donde meter toda mi cosecha?” Luego se dijo: “Ya lo sé, derribaré mis graneros y construiré otros mayores; meteré allí todo el grano y diré a mi alma: Alma mía, ya tienes una buena reserva para los años sucesivos, descansa, come, bebe, diviértete.” Pero Dios le dijo: “Pobre loco, esta misma noche tendrás que dar cuenta de tu alma, ¿y quién va a ser el que va a recoger lo que tú has cosechado?”» Es un loco, se ha atrevido a decir: «Felices los ricos en la tierra», es un loco, está engañado.

Esta confianza en Dios, esta fe en Dios no nos impide trabajar, ni mucho menos. Contra lo que Cristo protesta, no es ni contra el trabajo, ni contra el ahorro. Hay que ahorrar razonablemente, hay que trabajar. Cristo lo que hace es prevenirnos contra las inquietudes.

«Marta, Marta, tú andas agitada por demasiadas cosas — *solicita es!* —.» «No andéis angustiados de qué vais a beber, con qué vais a vestiros.» Es menester preocuparse razonablemente, pero sin inquietarse, ya que es precisamente la inquietud lo que paraliza la acción, lo que impide obrar. El estudiante demasiado inquieto por el examen, no estudia, no hace más que pensar en la cara del profesor, está paralizado porque tiene demasiado miedo. La inquietud le impide trabajar. Dios os ha dado a vosotros una facultad de trabajo. Es su primer don y la primera señal de su amor paternal. Usadla debidamente.

Chesterton decía con una frase llena de sabor: «Todos los años, por Navidad, nos acordamos de dar al Niño Jesús las gracias por los caramelos que hemos encontrado en nuestros zapatos; sería mejor que cada día nos acordáramos de darle las gracias por haber encontrado en ellos un buen par de piernas.»

Cada día nos encontramos con dos piernas y dos brazos y una cabeza. El primer regalo de Dios es un instrumento de trabajo. Si alguna vez llegara a faltarnos ese instrumento, siempre encontraríamos un Padre. No se trata por tanto de una confianza ciega en la providencia, sino de una confianza iluminada.

Y el «*deber de imprevisión*», del que hablaba J. Rivière?

No, no existe ese «deber de imprevisión»; es preciso prever. Pero no hay que exigir nunca una seguridad total, porque nunca la tendremos. Hay que aceptar cierta inseguridad necesaria, razonable, cierta dosis razonable de inseguridad. No hay que dispensarse de la providencia; hay que estar en indivisión con ella. En relación con vuestros hijos, está bien mirar por ellos, por su porvenir; pero sin protegerlos contra la providencia. No hay que dispensarles de su otro Padre. En todo esto hay una medida propia de la sabiduría cristiana.

* * *

La pobreza supone una triple relación: una relación con Dios, que acabamos de meditar; otra relación con los bienes, que veremos en último lugar, y otra relación con el prójimo, que es la que vamos a ver ahora.

La mejor definición que se ha podido dar de la pobreza es ésta: «*Pobre es aquel con quien todos se sienten a gusto.*»

A gusto material, social, cultural, religiosamente. ¡Vaya programa!

Estamos aquí a cien millas por encima de las pequeñas realizaciones materiales. No se trata de que pongáis vuestra casa lo más míseramente posible: ¡seguramente no iría nadie a visitaros! Tampoco se trata, desde luego, de amueblarla con todo lujo: ¡tendrían miedo de echar a perder vuestras alfombras! Que se esté bien, que sea confortable y acogedora para que todos se encuentren a gusto y contentos en ella: ¡sobre todo que sea una casa «abierta»!

Pobre es aquel que sabe recibir.

Dar suele ser un acto de rico: se da de arriba abajo. Pero recibir es un acto de pobre.

De una buena ama de casa, se dice que «sabe recibir». Quiere esto decir que los demás saben que le dan gusto yendo a visitarla e incluso (si es una mujer verdaderamente inteligente, no una intelectual), que tienen algo que enseñarle, algo que darle. Es verdad: si sois pobres, si sois acogedores, todo el mundo es capaz de echaros una mano, de haceros reflexionar, de instruiros y ayudaros.

Demos otro paso. Pensad en una sociedad pobre: en donde todas las clases sociales se sintieran a gusto, en donde todos se sintieran acogidos, escuchados, estimados, considerados, amados.

Una Iglesia pobre: en la que todo el mundo se sintiera a gusto, en la que las Iglesias separadas fueran acogidas con afecto viendo que no se trata sólo de recibir ellas, sino que también tienen algo que dar; una Iglesia en la que todas las razas, todas las culturas, todas las lenguas pudiesen encontrar un sitio.

El Concilio va a poner a la Iglesia en estado de pobreza. No se trata ya de las «riquezas del Vaticano»; se trata de saltar por encima de nuestra cultura occidental, de deseuropeizar, desitalianizar, deslatinizar, desocciden-

talizar a la Iglesia (¡palabras difíciles de pronunciar, pero más difíciles de realizar!), a fin de que todo el mundo se encuentre a gusto en ella.

La Iglesia que había sabido hacerse judía con los judíos, griega con los griegos, romana con los romanos, no se ha hecho china con los chinos, ni india con los indios, ni japonesa con los japoneses, ni negra con los africanos. Y aquí está el fracaso de las misiones católicas. Debería transformarse para permanecer fiel a su catolicismo, que es unidad en la diversidad, y no uniformidad latina impuesta a todos orgullosamente.

El Concilio va a poner a la Iglesia en estado de pobreza, de acogimiento, de receptividad frente a todos los valores auténticos de las demás Iglesias y de las demás culturas.

¡Una Iglesia en la que todo el mundo se encuentre a gusto!

* * *

Lo que Cristo echa en cara al dinero es que divide a los hombres. Un hombre apegado al dinero destroza la obra de Dios: la comunidad humana. Además, viola los dos grandes mandamientos de Dios: no reconoce a Dios como Padre ni al hombre como hermano.

¡Pobre rico! El rico está lejos de Dios, porque ha puesto su confianza en Mammón. Y está lejos de sus hermanos, porque los ignora, los explota, los rechaza, ya que quiere a su dinero más que a ellos.

La pobreza nos hace hermanos de los demás, el rico es un ser completamente solitario. Tiene que aislarse él mismo para poder defender sus riquezas.

Algunas veces se pregunta uno por qué, cuando se pide, dan más los pobres que los ricos. La respuesta es fácil: si el rico fuese generoso, no podría seguir siendo rico; un rico tiene que defenderse, tiene que mantener a

los pobres lejos de sus riquezas. Un rico no puede ver a los demás.

Acordaos de la parábola de Lázaro. ¿Qué es lo que reprochaba al rico epulón? (Lc 16, 19):

Los bienes del rico no habían sido adquiridos ilegítimamente, por lo menos no nos lo dice el Evangelio. Él no tiene la culpa de la pobreza de Lázaro. Ni se aprovechó de su miseria, explotándolo y utilizándolo para sus ganancias con un salario de hambre, con la excusa de que así «hacía una obra de caridad». Eso quizá lo hagan otras casas..., quizá algunas casas religiosas (!!!...), evitando quizá los seguros sociales (!!!...). Pero el rico epulón no hizo nada de eso. ¿Pues entonces, cuál fue su pecado? No se dio cuenta de Lázaro, no lo vio: eso es todo. Pues bien, ¡ya no lo podrá ver durante toda la eternidad! ¡Es terrible! La distancia que él puso entre el pobre y sus riquezas, será la distancia que habrá entre él y Dios, ya que el reino de Dios es para los pobres y aquel que rompe con los pobres, rompe con Dios. Es terrible. Es espantoso. Cree uno que es una cuestión para decidir entre los hombres, y resulta que se tiene que decidir con Dios. Es para ponerse a temblar. Él no había hecho nada positivamente malo, pero no vio a Lázaro y no lo verá ya jamás.

¿Y el buen samaritano? ¡El sacerdote! ¡La parábola más anticlerical del Evangelio! ¡Eso quizá os guste...! Pues bien, el sacerdote que pasó por allí, a la orilla del camino, ni había herido al pobre viajero, ni lo había echado a la cuneta, ni siquiera se había aprovechado de su quietud para echarle un buen sermón... Era una buena ocasión: un auditorio dócil... Hubiera podido decirle: «Amigo, ya sabía yo que te iba a pasar esto, ya hacía tiempo que no te veía nunca en la iglesia; Dios ha tenido que castigarte, para que no seas malo...» No, él no hizo nada

más que pasar de largo; no lo vio, o si lo vio, hizo como si no lo hubiese visto. Y fue condenado.

Lo contrario del samaritano: era un pobre, esto es, un individuo que se había despojado de todas sus «estructuras» religiosas (no era un judío) y nacionales (el viajero era su enemigo de raza); se había despojado además de su respeto humano y de sus estructuras económicas, ya que empeñó en él su capital. El verdadero pobre es el que se ha librado de todas las categorías y prejuicios para considerar que los demás son hermanos. Pues bien, él fue el que encontró a Dios, el que fue aprobado por Dios, el que amó a Dios.

* * *

Nos queda ya sólo el último punto: la pobreza en relación con los bienes poseídos.

De todo cuanto se ha dicho, habréis podido ver que la pobreza no consiste en un gesto, en una renuncia o en un sacrificio material.

Algunos creen que para adquirir la pobreza basta cambiar su «Seat 1400» por un «Seat 600», y que con esto tienen derecho a un carnet de pobreza y la facultad de poder juzgar desde lo alto de este pedestal a todos los que se pasean en coches confortables.

Pero una «pobreza adquirida» es un contrasentido. La pobreza es una de esas virtudes especiales, como la humildad: cuando uno cree que la tiene, deja de tenerla.

Tampoco se trata de que busquéis una pobreza tipo Edad Media: repartir vuestros bienes entre los pobres, descargar de golpe vuestra riqueza sobre la espalda de los demás. Me parece preferible que os preocupéis de hacer buen uso de ellas en vez de dejar esta preocupación a los otros.

Es verdad que una renuncia total impresiona. Y es verdad, por otra parte, que no sería más que una hipo-

cresía el afirmar: «Yo tengo ya alma de pobre, por tanto, puedo quedarme con todo lo que tengo.» Tirad de vez en cuando un billete de vuestra cartera para ver si, como dicen los médicos, «hay adherencias». ¡Y no olvidemos tampoco la otra hipocresía: «Yo soy pobre, que me mantengan los demás»!

Vuestro deber esencial es que inventéis una pobreza de nuestra época, el tipo de pobreza que le conviene: esto es indispensable en nuestra civilización técnica.

Un empleo juicioso de vuestros bienes es infinitamente más práctico que una renuncia total. ¡Serviros de vuestros bienes! Está ya muy lejos aquel tiempo en el que los viejos ricachones creían que no ganaban más que cuando podían poner algo a buen recaudo. Aquellas familias que solamente se ponían los trajes nuevos cuando ya estaban apolillados y dejaban los otros en el armario. Era un capital asegurado. Y sólo comían los frutos picados, pochos, porque los otros se quedaban en la despensa. Y ponían cojines en los asientos para que lucieran, pero sin atreverse nunca a sentarse en ellos. Estaban «capitalizados».

Hacer que vuestros bienes sirvan, ponerlos al servicio de los demás.

Esto no es fácil.

Mirad en las fábricas cómo las máquinas van deshumanizando al obrero. Pero quizá sea más difícil servirse bien de las otras «máquinas de diversión». Porque hay dos clases de máquinas, dos clases de civilización mecánica, la de la *producción mecánica* y la de la *diversión mecánica*: ambas son deshumanizantes, avasalladoras, esclavizantes.

Thibon decía que, entre todas las máquinas modernas, la que mejor ha asimilado el hombre moderno ha sido la motocicleta.

Ordinariamente la gente (no tanto la gente joven) usan razonablemente de su moto. Se sirven de ella para aligerar y facilitar su transporte. Pero también hay quienes se dedican a dar vueltas, a soltar el gas, a correr como fieras con su moto. De un medio de transporte han hecho una ocupación; no hacen más que perder tiempo y energías en aquello que estaba hecho para economizar tiempo y fatiga.

Otros hacen lo mismo con su automóvil. Ruedan por el placer de rodar. En sus desplazamientos pierden tres veces más de tiempo que antes. Están al servicio de su coche, como están al servicio de su televisor (quejándose siempre de que «es un tostón», pero esperando siempre a que venga algo interesante).

Vuestra misión es crear una civilización en la que se haga un uso equitativo de los bienes técnicos. A veces es más sencillo prescindir de ellos que usarlos rectamente. Pero esto es más importante.

¡Y vuestros hijos! Educar a vuestros hijos en el recto uso de estos bienes: una educación en la pobreza. No privarles de ellos. Sino enseñarles a desconfiar de ellos y a servirse rectamente de ellos.

* * *

No gastar inconsiderablemente. Ni tampoco economizar creyendo que practicáis con ello una virtud. Gastar útilmente. Antes de comprar una cosa, pensar si aprovechará a los demás, si los demás estarán con ella más contentos a vuestro lado. Eso es lo principal.

Otro consejo: no intentéis empobreceros. No os martiricéis arrancando de vosotros vuestros bienes. La pobreza raramente lleva al amor. Es el amor el que lleva siempre a la pobreza.

Desde hace unos años, tras varios siglos de mortificaciones insípidas, se habla de instaurar la cuaresma del reparto. ¿Creéis que dais gusto a Dios privándoos de una chuleta, si esto os permite hacer un buen ahorro... o compraros un buen trozo de merluza?

Si a Dios le agradase únicamente la privación, en vez de decirnos: «*Amaos los unos a los otros*», habría dicho: «Mortificaos los unos a los otros, haceos sufrir mutuamente» (aunque esto ya lo solemos hacer nosotros por nuestra cuenta).

Vuestra «mortificación» no le agrada a Dios más que cuando aprovecha a los demás. Además, de este modo, también os aprovechará a vosotros infinitamente más. De lo que tenemos necesidad no es de «mortificación», sino de «vivificación». Vivificad a los demás y a vosotros mismos con una verdadera caridad.

Lo que Dios os pide, es que os améis unos a otros, y no que os atormentéis en la soledad.

No andéis buscando la manera de despojaros a vosotros mismos ni el modo de atormentaros con mortificaciones gratuitas. Amad a los demás y ya veréis qué pronto alcanzaréis la pobreza.

Me acuerdo ahora de una historia. Dos católicos militantes de África habían tomado la costumbre de poner su auto y sus personas a disposición de la gente para llevarlos o traerlos de la estación. Poco después la gente se atrevió a telefonarles desde la estación, diciéndoles: «Venid en seguida a buscarnos.» Y si por ventura ellos alguna vez se excusaban: «Espere un poco, estamos ocupados y no podemos ir», recibían un chaparrón de injurias.

Ya lo sabéis: cuando se empieza, cuando se abren las puertas, pronto empieza uno a quedarse pobre, a quedarse sin un céntimo. La gente se las apaña estupidamente para cultivar nuestra pobreza.

Vuestras mortificaciones, vuestro empobrecimiento, vuestras cruces, no deben salir de vuestra despensa personal. Dejad que los demás las saquen. ¡La calidad será de toda garantía!

Vuestros hijos, por ejemplo, ¡qué buen instrumento de pobreza! No sólo porque hacen añicos vuestros mejores jarrones, sino porque os acosan, os preguntan, os ponen en compromiso, se ríen de vuestros prejuicios, atropellan vuestras costumbres, no se contentan con vuestros viejos hábitos religiosos y no soportan vuestro egoísmo.

Vuestros hijos... y todos aquellos de quienes nos ocupamos, a quienes amamos, a quienes ayudamos a crecer. Todos nos despojan, pero con tanta facilidad, con tanta facilidad y tanta gracia, que gracias a ellos empezamos a entrar en la bienaventuranza, empezamos a ser pobres dichosos.

El Padre mira con orgullo a su Hijo bienamado y dice: «*Miradle, escuchadle, en Él he puesto yo todo lo que tenía.*» Y precisamente por esto Dios tiene un Hijo perfecto, totalmente semejante al Padre, a la generosidad paterna.

¿Qué habéis dado vosotros? Vosotros seréis juzgados por vuestra irradiación espiritual, esto es, por las personas que hayáis creado, que hayáis alimentado, que hayáis ayudado a crecer... y a obrar como vosotros.

Cuando os presentéis en el cielo e intentéis presentar vuestros títulos y cualidades, os impondrán silencio: esa insistencia en hablar de vosotros mismos sería una mala señal.

Os dirán: «*Cállate. Ve a buscar a tu mujer, a tu marido (acordaos de la samaritana); ve a buscar a tus hijos, a tus padres, a tus vecinos, a tus amigos, y muéstranoslos. Déjales que hablen de ti. Deja que sean ellos los que*

hablen en tu lugar. Que se vea la vida que ellos viven por tu causa, el gozo de que ellos disfrutaran gracias a ti. Muéstranos en qué cosas y en quienes has puesto tú tus complacencias.»

Porque si desgraciadamente tú las has puesto en ti mismo, estás perdido, estás condenado, aunque te hayas empeñado en guardar tu alma bien limpia, bien pura, envuelta en celofán, bien escondida — como el talento del siervo desconfiado — a tres metros bajo tierra.

¿Os acordáis de aquel siervo?, ¿cómo se preocupó de conservar bien su talento, de protegerlo, que quiso demostrar a Dios su previsión, y que fue condenado? Se le dijo: «Vete a buscar a los otros, ¿dónde están los otros?, ¿qué has hecho de los demás?»

* * *

Yo no conozco más que una buena receta para la pobreza: nunca jamás podréis llegar a ser pobres vosotros solos, tenéis que uniros, tenéis que asociaros (¡una sociedad sin fines lucrativos!) para llegar a ser pobres. Tenéis que encontrar a otros para que repartiendo con ellos vuestras cosas por amor, os podáis dejar despojar por ellos.

¡Nunca podréis llegar a ser pobres vosotros solos!

Pero podréis encontrar a otros con los cuales podréis ser pobres dichosos. Otros que os revelarán una riqueza mucho mayor, una dicha cuya posesión vale infinitamente más.

Toda la pobreza está ahí: descubrir algo que os dispense de ser ricos.

Yo he visto cómo algunos obreros conquistaban un alma de pobre al hacerse militantes cristianos, responsables sindicales; cómo por este motivo renunciaban a todo aumento de salario, a todo ascenso. Algunos han renun-

ciado a horas extraordinarias para ocuparse de su hogar, de sus hijos, de su trabajo en la acción católica. Esos obreros estaban humanizados, maduros, libres, porque habían encontrado un valor infinitamente superior al de su jornal y su dinero.

También he visto, aunque no tantas veces, a ingenieros, comerciantes, médicos e industriales, cómo limitaban sus éxitos profesionales, cómo rehusaban clientes, cómo renunciaban a algunos negocios para ocuparse de su mujer y de sus hijos, para tener tiempo para orar, hacer alguna obra buena, visitar a los pobres.

Han necesitado una fuerza de carácter excepcional para no dejarse arrastrar por ese vértigo de actividad, por esa carrera desenfrenada hacia el trabajo, hacia el lucro, hacia el éxito, que enloquece a casi todos nuestros contemporáneos y en la que han encontrado una coartada perfecta para decir que no tienen tiempo de rezar, de educar a sus hijos, de ser hombres.

«¡Si yo no fuese tan perezoso, no trabajaría tanto!»

En la vida moderna, las mayores energías se necesitan para dejar de trabajar, para volver a ser humano, para pensar, para orar, para mirar a la naturaleza... o a la mujer, o a los hijos.

Antiguamente la ascética consistía en no dormir, no comer, disciplinarse, qué sé yo... Hoy la verdadera ascética consistiría en dormir lo suficiente, alimentarse con calma, limitar las actividades, vivir en equipo y buscar unas distracciones que sean menos agobiantes que el trabajo.

«Nadie puede servir a Dios y al dinero.»

Una de dos, o necesitaréis tenerlo todo, si queréis pasaros sin Dios, o tendréis que quedaros sin nada, si queréis tener a Dios.

Desgraciado el rico: nunca podrá conseguir lo suficiente para asegurar la independencia que exige.

Antiguamente, para definir la pobreza, se acudía a la distinción entre lo necesario y lo superfluo. Es inútil esta distinción, porque para aquel que no confía en Dios no hay nada superfluo. Nunca tendrá bastante para inmunizarse contra Dios, contra el azar, como él llama a la providencia; intentad quitarle la pieza más insignificante de la armadura con que ha querido defenderse y veréis cómo ruge de recelo y ansiedad.

Feliz el pobre, porque está dispensado de ser rico. Vive en comunidad de bienes con la providencia. Acepta esa especie de inseguridad necesaria, porque sabe que tiene un Padre en los cielos y unos hermanos en la tierra.

Feliz el pobre, porque es filial, libre, fraternal. El pobre ha entrado ya en el reino de los cielos. Ha comenzado a saborear una vida y una felicidad que continuará eternamente.

LA ENCARNACIÓN

Desearía que no os hubiera parecido demasiado idealista el concepto de pobreza que expuse anteriormente. Desde luego, es evidente que este concepto no se refiere en primer lugar a la pobreza material, sino que consiste en amar a los demás, en abrirse a ellos, en acogerles. Pero también es verdad que si este abrazo a los otros no os empobrece —empobrecimiento material—, es porque no ha sido demasiado caluroso. Es porque os habéis quedado a medio camino no sólo de la caridad, sino de la pobreza.

Mirad a Cristo, el pobre por excelencia, ¿hasta dónde le ha llevado su caridad?; al principio, a un pesebre; al final, a una cruz.

Entonces no es necesario que os preocupéis: si amáis a los demás, pronto seréis pobres. Cristo no buscó expresamente la pobreza, ni el sufrimiento, ni la cruz: lo que buscó fue amar a su Padre, amar a los hombres. La cruz le vino por añadidura.

Una palabra sobre esas almas que dicen: «¡Ah!, el amor pide semejanza. Ahora bien, si quiero asemejarme a Cristo, tengo que buscar el sufrimiento.»

Respondo: «Si tú buscas el sufrimiento, ya dejas de parecerle a Cristo; Él no fue nunca detrás del sufrimiento, Él no se interesó nunca por sí mismo, ni siquiera para buscar que lo atormentaran. Cristo lo que hizo fue interesarse por los demás, y ellos fueron los que le hicieron sufrir.»

Y éste es precisamente el sufrimiento sano, auténtico, en el que no hay mezcla alguna de orgullo ni de capricho. Es evidente, sin embargo, que si vosotros pretendéis amar a los demás, pero sin que esto os haga sufrir, ese amor sería falso. Yo espero, por ejemplo, que la Iglesia os haga sufrir mucho. La medida de vuestro amor por la Iglesia será la medida en que vosotros sufráis todo aquello que no está bien en ella. Precisamente porque queremos apasionadamente a la Iglesia, es por lo que deseamos con todas nuestras fuerzas una serie de reformas en ella. Amar a un ser es sufrir, es solidarizarse con él hasta el punto de aceptar sufrir por él. La experiencia de la paternidad me parece a mí que es esto precisamente.

«Mientras que uno es joven —decía san Juan—, va donde quiere, hace lo que quiere.» Se va uno de viaje. Se manda a los demás al cuerno... cuando se ponen demasiado pesados. Se es libre. Pero desde que uno se casa, desde que se convierte uno en padre o madre, no tiene más remedio que confesarse vulnerable en la parte más sensible de su ser. Ser responsable: eso es ser padre y madre, eso es estar casado. Desde entonces uno es solidario, acepta sufrir por los demás, por el marido, por la mujer, por los hijos, y eso para siempre. Uno acepta, por ejemplo, sufrir con un hijo antes que ignorar que sufre. De igual modo deberíamos sentirnos solidarios de la Iglesia, sufriendo intensamente por todas sus deficiencias, reconociendo que son también deficiencias nuestras. Me parece a mí que, con el Concilio, deberíamos esperar inmensas reformas y desear a la vez que se llevaran a cabo en medio de un estado de cosas, en medio de un clima de amor y de caridad de tal naturaleza que no se sintiese ofendido ninguno de nuestros hermanos apegados a las viejas formas, a los viejos ritos, al viejo latín... Será preciso amar de tal manera al Concilio, que nadie pueda sentirse herido, ni desanimado, ni entristecido: ¡hacerlo

con verdadera y mutua caridad! Si uno ama a la Iglesia, tiene que ser capaz de sufrir por ella.

* * *

El primer tema que teníamos que exponer, era el de la pobreza. Os decía que los ateos acusan hoy a la Iglesia con vehemencia, con una agresividad apasionada. A mi modo de ver (que quizá vosotros juzguéis demasiado ingenuo), esa gente demuestra con ello un intenso deseo del verdadero Dios, un intenso deseo de creer, pero sin que nadie les engañe, sin que nadie les dé gato por liebre, sin que nadie les imponga creencias y opiniones y maneras de actuar que no tiene derecho alguno a imponer. Y como esto ha sucedido con demasiada frecuencia, ellos han acabado por ser desconfiados y agresivos. Somos nosotros los que les hemos desanimado. Y sus necesidades nos revelan todo lo que hay de profundo, de verdadero, de auténtico en la Iglesia. Ellos nos echan en cara nuestra verdadera miseria. Son ellos los encargados de desperarnos.

Todo lo que dijimos anteriormente de la pobreza, fue para liberar a los cristianos de su suficiencia, de su orgullo de poseer la verdad, de su falta de autocrítica, para que alguna vez dejen de creer que siempre son ellos los que tienen la razón. ¡Ya lo habíamos dicho nosotros! ¡Ya lo habíamos previsto! ¡La Iglesia fue la primera en resolver la cuestión social!... ¡y la cuestión bíblica!... ¡y la cuestión científica!... Ya lo dijo santo Tomás... (a veces nuestros adversarios conocen mejor lo que dijo santo Tomás que sus mismos seguidores): «Nuestra religión es mejor que las demás, pero nosotros somos peores.»

Primera condición para que podamos aprender algo: que tengamos conciencia de nuestra pobreza delante de

Dios. No creamos que hemos metido a Dios en nuestro bolsillo. Dios es grande y nosotros somos pequeños. No queramos identificarnos con Dios, no queramos convertir a los demás para nosotros, sino para Dios, para nuestro Dios, que es el verdadero Dios.

«A mí me gustaría convertirme —decía uno —, pero sin tener que figurar en el fichero del cura.»

Si vosotros queréis invitar a los demás a reconocer su pobreza, empezad por reconocer la vuestra, y nadie conocerá la pobreza más que aquel que conozca bien a Dios. Nadie ha conocido de verdad a Dios sin conocerse a sí mismo como pobre y pecador. Eso es lo que distingue a un cristiano, a un apóstol. La única prueba de que habéis encontrado algo muy grande es que vosotros os habéis hecho muy pequeños.

* * *

La segunda cosa que los ateos detestan en la religión es su carácter idealista, intelectualista e individualista. Ellos quieren un Dios vivo, encarnado, realista. Nada de alimentarse de sueños, de leyendas, de mitos religiosos. Para el hombre moderno lo único sagrado que todavía existe es el mismo hombre. Y lo curioso es que ahí está precisamente lo esencial de la doctrina cristiana y que, mientras la mayor parte del mundo moderno creía que tenía que abandonar el cristianismo para salvaguardar la libertad humana, la dignidad del hombre, el poder creador del hombre, no se daban cuenta de que volvían sus espaldas a la realidad. Si se está por el hombre, se está contra Dios: es la tesis de todos los existencialistas y de todos los marxistas. Y si se está por Dios, se está contra el hombre. ¡Pero para nosotros, Dios se ha hecho hombre! ¿Qué es lo que habremos hecho nosotros, para que se halla llegado a tamaña confusión? Teníamos que pensarlo seriamente.

¿Cómo es posible que todos los que tienen fe en el hombre crean que su obligación es renunciar a la fe en Dios? Quizá la solución sea ésta: que los que tenían fe en Dios no la tenían en el mundo ni en el hombre. Tenían fe en un Dios que nos salvaría y dejaban tranquilamente que el mundo y los hombres se hundiesen en la condena eterna y en la catástrofe final, en la magnífica explosión atómica del fin del mundo. ¡Ellos lo pisotearían con sus pies y se escaparían a su cielo! ¡Ellos serían eternamente felices! ¡Sálvese quien pueda!... ¿Quién es el que está más equivocado? ¿Los ateos que aman al mundo de tal manera que no quieren dejarlo y que odian a Dios por haber condenado al mundo?, ¿o esos cristianos que dicen que aman a Dios y se desprecupan del mundo, sin darse cuenta de que su Dios amó al mundo hasta mandar a su único Hijo para salvarlo?

¡No se puede ser cristiano sin creer en la salvación del mundo! Amamos a un Dios que ama al mundo, que hizo todo lo posible por salvarlo y que cada mañana envía a su hijo —a vosotros, en quienes ha puesto todas sus complacencias—, para que salvéis al mundo. Esa debe ser vuestra oración de la mañana. «*Él ama de tal manera al mundo que envía a su hijo, a su hija, a salvar el mundo.*» Él no os ha metido en un convento, en un claustro; lo que él quiere es que vayáis al mundo: es vuestra vocación de misionero seglar. ¿Cómo es posible que nos desprecupemos del mundo, si amamos a Dios? ¿Cómo es posible que los hombres que aman al mundo, crean que tienen que odiar a Dios? ¿Qué es lo que hemos hecho para que se llegue a este estado de cosas? Tendremos que pensarlo seriamente. Es como si estuviéramos jugando al escondite: los modernos corren tras el hombre como si se tratase de un valor al que tienen que sacrificarse, y Dios corre tras él para salvarlo. Pero ellos dicen: «No necesitamos a Dios; Él nos impide amar al hombre y al mun-

do.» Y no obstante, la creencia fundamental del cristianismo es la fe en Dios hecho hombre, en Dios encarnado.

En la misa hay dos momentos en los que dobláis vuestras rodillas:

— primera vez: «Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria virgine, et homo factus est»;

— segunda vez: «Et Verbum caro factum est», en el último Evangelio.

Pero apenas acabada vuestra genuflexión... (daos cuenta de ello) devolvéis a Dios a su cielo. Lo volvéis a colocar en su dignidad. Bien lejos de vosotros. Allá arriba, en las nubes, entre las potestades celestiales, en medio de los coros de los ángeles.

Pero no es ésa la verdad. Se ha hecho hombre y se ha quedado aquí abajo. Se ha hecho hombre y se ha ligado a la humanidad.

Un sabio hindú decía que los cristianos no habían sabido comprender más que la mitad del cristianismo. Se habían dado cuenta de que Dios y Cristo eran la misma cosa. Pero no habían acabado de entender que Cristo y el hombre son la misma cosa. Que Cristo sigue siendo todavía hombre y que Él está en todo hombre. Que la encarnación de Cristo en una naturaleza humana particular no había hecho sino preceder y merecer su encarnación, su penetración por así decirlo, su solidarización con toda la humanidad. No existe un solo hombre que esté libre de la encarnación de Cristo, de la influencia de Cristo. «*Él ilumina a todo hombre que viene a este mundo.*» Dios vive en cada uno de los hombres, esperando que él se dé cuenta para comenzar a creer en él. Esa es vuestra fe cristiana. Dios vive en el hombre y vosotros lo buscáis en las nubes. Me acuerdo ahora de un texto de san Lucas: fue en una aparición a los discípulos, en Jerusalén: «Esta-

ban ellos (los de Emaús) contando lo que les había pasado, cuando Jesús se puso en persona en medio de ellos y les dijo: “La paz sea con vosotros.” Aterrados y llenos de pavor, ellos creían que se trataba de un espíritu, de un fantasma. Y Él les dijo: “¿Por qué teméis?, ¿a qué se deben esas dudas que atormentan vuestra alma? Ved mis manos y mis pies, soy yo, tocadme; un espíritu no tiene carne ni huesos, como los que veis vosotros en mí.” Y diciendo esto, les enseñó sus manos y sus pies. Y como ellos, en medio de su gozo, no se atreviesen todavía a creer y quedasen admirados, Él les dijo: “¿Tenéis por aquí algo que comer?” Ellos le presentaron un trozo de pescado asado y Él lo cogió y se lo comió ante sus ojos.»

Cristo resucitado se aparece a sus apóstoles. Ellos creen que se trata de un fantasma y se ponen a temblar. Cristo los tranquiliza, diciendo: «Miradme, yo soy un ser real, de carne y hueso. ¿No acabáis de convenceros? Pues bien, yo echaré un trago y tomaré el aperitivo con vosotros.»

Lo mismo pasa con los cristianos modernos. Se quedarían pasmados si viesen que Cristo es algo más que un espíritu. Para ellos Cristo no es más que un espíritu fantasmal, traslúcido, etéreo, enterrado (es lo mismo), incensado. Y cuando se les dice: «¡Cristo es tu vecino!, ¡tu vecino en carne y hueso!», ellos no saben decir sino esto: «¡Bah!, ¡qué tonterías! Yo soy hombre de impulsos religiosos, yo rezo, yo voy a la iglesia, yo tengo buenas relaciones con Dios, ¡no confundamos las cosas!, ¡a cada uno lo suyo!»

La verdadera religión es que Él tiene carne y hueso, que Él se ha encarnado. San Juan tiene otro pasaje similar, mejor dicho dos pasajes: el primero en su primera carta, 4, 2: «¿En qué conoceréis al Espíritu de Dios?», y en su segunda carta, v. 7: «He aquí en qué conoceréis al Espíritu de Dios — cómo podréis conocer ahora si tenéis verdadera fe —: *todo espíritu que con-*

fiese a Jesucristo encarnado es de Dios, y todo espíritu que no confiese a ese Jesús, no es de Dios.»

Y vosotros ¿creéis que Jesús se ha encarnado?, ¿está Él vivo, en medio de vosotros, en carne y hueso?, ¿o no es más que un espíritu, un fantasma? Estudiaremos este problema en dos conferencias.

Toda la novedad del cristianismo consiste en el mandamiento nuevo de Cristo. ¿Cuál es su mandamiento nuevo? Cuando algunas veces he hecho esta pregunta a determinadas personas, después de algunas pequeñas dudas, me han contestado: «Su mandamiento nuevo es: Amaos los unos a los otros, ama a tu prójimo como a ti mismo.» Y yo les respondía: «Eso está ya en el Antiguo Testamento; eso no tiene nada de nuevo.»

Los escribas y fariseos, al escuchar esta misma respuesta de labios de Cristo, le dijeron: «Has respondido bien. Tú conoces bien la Ley. Eso es lo que dice la Ley.»

Él insistía en mi pregunta: «¿Qué es lo que hay de nuevo en este mandamiento del amor fraterno?, ¿dónde está su novedad?» Tomemos a san Mateo, capítulo 23:

«Después de haber cerrado la boca a los saduceos, se juntaron los fariseos y uno de ellos, un jurista, un tipo competente, le preguntó con ánimos de echarle la zancadilla: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?” Y Jesús le dijo: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y toda tu alma y todo tu espíritu. Ese es el mayor mandamiento y el primero de todos. Pero hay otro mandamiento igual: Amarás al prójimo como a ti mismo”.»

¿Dónde está, pues, la novedad? En esa pequeña palabra: *igual*. El segundo mandamiento es ya tan principal como el primero, es igual. ¿Desde cuándo? Desde el momento en que Dios se hizo hombre en la encarnación. Los dos mandamientos ya no son dos, sino uno solo, el

mismo mandamiento. Dios está en el prójimo. Vuestra verdadera religión se medirá desde entonces no por el número de vuestras comuniones, ni por vuestras horas de adoración, ni por vuestras misas. Toda vuestra verdadera piedad quedará determinada por vuestra actitud ante vuestros prójimos.

En el último juicio no se os preguntará qué es lo que habéis hecho en relación con Dios; se os preguntará qué es lo que habéis hecho con vuestros vecinos. Leamos los textos del Evangelio:

Mateo, 7, 21: «No serán los que me dicen: ¡Señor, Señor!, los que han de entrar en el reino de los cielos, sino *los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos*. Muchos me dirán aquel día: “¡Señor!, ¿no es verdad que profetizamos — que echamos buenos sermones — en tu nombre, y que en tu nombre hemos echado a los demonios y realizado innumerables milagros?”; pero yo les diré: “No os conozco”.»

Y todavía más claro y más duro en Lucas 13, 26: «Cuando el dueño de la casa se levante a cerrar la puerta, vosotros os quedaréis fuera y empezareis a golpearla diciendo: “Señor, ¡ábreanos!”, y él os responderá: “No sé de dónde sois”. Entonces vosotros diréis: “*Nosotros hemos comido y bebido delante de ti — hemos comulgado muchas veces —, y tú enseñabas en nuestras calles — muchas veces hemos escuchado infinidad de sermones —*”. Pero Él dirá: “Os aseguro que no sé de dónde sois; alejaos de mí, malhechores”.»

Y en el juicio final, en san Mateo, cap. 25. Empieza precisamente como la religión idealista que estamos combatiendo. La religión idealista es la de las nostalgias de un Dios lejano, la de los vapores y volutas de incienso, la que se sitúa enteramente en el cielo, la que cree tener comunicación directa con Dios: «Yo soy un contemplativo!» Veamos en qué para esa religión (Mt 25, 31-37):

«Cuando el Hijo del hombre venga con toda su gloria acompañado de sus ángeles, se sentará en un trono glorioso. Todas las naciones se juntarán ante Él y Él separará a unos de los otros lo mismo que hace el pastor al separar las ovejas de los carneros, poniendo a las ovejas a su derecha y a los carneros a su izquierda: “Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que está preparado para vosotros desde la creación del mundo; *porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era extranjero y me acogisteis, desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, encarcelado y vinisteis a verme*”. Entonces los justos responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer y sediento y te dimos de beber?”...»

Escuchad a ese Rey majestuoso: «Tuve hambre, estaba desnudo, preso.» ¿No notáis qué brutal es la transición? Estábamos en plena religión celestial, entre ángeles y nubes y vapores y nos despertamos en medio de la tremenda realidad cotidiana y prosaica. Después de la religión «ideal», la religión encarnada, Dios nos ha hecho tocar tierra.

Y notadlo bien: la extrañeza es tanto de los buenos como de los malos. ¡Ninguno de ellos esperaba esa manera de juzgar! ¡No la habían previsto! Y todos preguntan: «¿Pero cuándo te vimos hambriento o sediento?» Esto significa — se trata de una profecía — que la enseñanza religiosa siempre se quedará sin entender del todo, ya que será menester esperar hasta el día del juicio para que tanto los buenos como los malos aprendan qué es la encarnación y se den cuenta de que el primer mandamiento era el segundo.

En un texto sumamente significativo, santa Teresa del Niño Jesús nos enseña cuál es la verdadera doctrina religiosa. Es en la *Historia de un alma*:

«Este año... Dios me ha concedido la gracia de comprender qué es la caridad; antes yo lo comprendía, es verdad, pero de manera imperfecta; no había profundizado todavía en aquellas palabras de Jesús: “El segundo mandamiento es semejante al primero; tú amarás al prójimo como a ti mismo.” Yo antes *me había dedicado sobre todo a amar a Dios*, y amándole a Él me di cuenta de que era menester que mi amor no se tradujese solamente en palabras, ya que no son los que dicen: “¡Señor, Señor!, los que entran en el reino de los cielos, sino aquellos que cumplen la voluntad de Dios.” Esta voluntad nos la ha dado a conocer Jesús muchas veces, casi en cada página de su Evangelio, pero fue en la última cena cuando el dulce Jesús quiso darnos su “mandamiento nuevo”. Y nos dijo con una inefable ternura: “Os doy un mandamiento nuevo, que os améis mutuamente...” Al meditar estas palabras divinas, me di cuenta de cuán imperfecto era mi amor a mis hermanas, de cómo yo no las amaba con el mismo amor que Jesús.» Y concluye más tarde la santa: «La caridad fraterna lo es todo en este mundo. Amamos a Jesús en la medida en que amamos a los demás.»

Pero, ¿sabéis qué año hizo santa Teresa este descubrimiento? ¡Fue el año de su muerte: el 1897!

¿No es verdad que sería necesario incluir en la enseñanza de la doctrina cristiana algunos párrafos más extensos sobre el «mandamiento nuevo» del Señor?

Es verdad que en la vida activa hay peligros. También los hay en la vida contemplativa. Una vida activa, tal como debe ser, debe conducirnos a la oración, hacernos sentir su necesidad y su provecho. Y una vida contemplativa, a su vez, debe abrirnos a los demás. Poco importa el punto de partida, es la meta lo que nos interesa alcanzar, tras una vida de docilidad a Dios: es menester que lleguemos «a donde no habíamos sospechado que íbamos a llegar».

Hay una raza de demonios que no puede echarse más que con la oración; nos lo dijo nuestro Señor. Pero hay otra raza de demonios que no puede expulsarse más que con la vida fraternal. Si no hacéis más que especializaros exclusivamente en una de estas dos vidas, ¡pudiera ser que os quedaseis con toda una raza de demonios!

El tiempo no me permite hablaros de otras muchas cosas. Hemos hablado de la oración y deberíamos hablar también de los sacramentos. Pero es menester comer para vivir y no vivir para comer. Por consiguiente, si os dije antes: «Vosotros no seréis juzgados por el núcleo de vuestras comuniones», es lo mismo que si os hubiera dicho: «No seréis juzgados por el número de vuestras comidas.» Os juzgarán por el provecho que os hayan hecho, por el trabajo que os hayan permitido realizar. Si no comulgáis, si no rezáis, no sabréis amar a los demás, ya que hemos dicho que se trataba de una virtud teologal que venía de Dios y que éramos tan pobres que necesitábamos esta ayuda de Dios. Pero vosotros no seréis juzgados por vuestros actos de piedad, sino por vuestros actos de caridad. El hombre, hablando con todo rigor, puede salvarse sin el culto; acordaos de Mateo 25; puede salvarse sin nombrar expresamente a aquel Dios que ha sabido respetar y venerar en su prójimo. Los posaderos de Belén, si hubieran sabido que eran María, José y el niño Jesús, el niño Dios, los que llamaban a su puerta, les habrían abierto sin duda alguna pero como creían que se trataba de unas pobres criaturas, se la cerraron. Lo malo fue que fueron juzgados como si hubiesen rechazado a Dios. A veces os pasa lo mismo a vosotros: creéis que tenéis que tratar con un hombre y resulta que tratáis con Dios. Eso es lo terrible de la encarnación. Si Dios se hubiese quedado en el cielo, podríamos habernos quedado tranquilos. Podríamos odiar a nuestro prójimo impunemente.

Pero Dios se ha encarnado y desde entonces nos toca estar en continua alerta. Él está continuamente ante nosotros.

San Agustín, que era un excelente predicador popular, decía: «Es curioso: cuando te piso el pie, es tu lengua la que grita; pero yo nada le he hecho a tu lengua, lo que he hecho ha sido darte un pisotón.»

Pues bien. El día del juicio final, la cabeza te reprochará lo que tú hayas hecho a los miembros. Y el cuerpo místico no creáis que es como una jirafa, con cabeza en el cielo y los pies en la tierra. Donde está la cabeza está también el cuerpo, y donde está el cuerpo, también está la cabeza. Cristo está con nosotros, aquí. ¿Dónde está Cristo?, ¿sobre alguna nube celestial? «*Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.*»

¡Cuántos cristianos han creído que la ascensión era una partida! ¡No se han dado cuenta que se trataba sólo de una desaparición! Y partida no es lo mismo que desaparición: la partida inaugura una ausencia, la desaparición inaugura una presencia oculta. ¡Son algo totalmente distinto! Él está con nosotros.

¿Habéis leído el relato de la ascensión en san Marcos? (16, 19 s.): «*El Señor Jesús, después de haberles hablado de este modo, fue levantado al cielo y está sentado a la diestra de Dios.*»

Diréis: «Ya está, se marchó, nos ha dejado solos. Estamos abandonados...»

«*Y los discípulos se marcharon y predicaron por todo el mundo...*» Eso es: fueron ellos los que armaron el jaleo.

Última frase del Evangelio de san Marcos: «*El Señor trabajaba con ellos y confirmaba sus palabras con los milagros que las acompañaban.*» Ya podemos estar tranquilos, ya podemos respirar, no nos ha dejado huérfanos.

¿Sabéis lo que significa «estar sentado a la diestra de Dios»? ¡No creáis que se trata de quedarse en un sillón!

Quiere decir que Cristo quedó investido de todo poder, de la facultad de poder estar presente a todos los que le aman. Se trata de una ascensión en el poder, en la presencia, no de una ascensión... de separación.

San Pablo dijo: «*Subió a los cielos para llenar todas las cosas con su presencia.*»

No se trata de un movimiento local, sino de una extensión de su poder. Él llega a cuanto ama. Y es desde entonces, cuando empezó a haber eucaristía y presencia de Cristo en cada uno de nuestros hermanos. La caridad fraterna es nueva por el hecho de que ha empezado a ser teologal. «*Tú ves a tu hermano*, dice un viejo ágrafon (esto es, una de las frases que no están en el Evangelio, que se han encontrado en un viejo papiro, pero que se cree fueron pronunciadas por Jesús); *tú ves a tu hermano: tú ves a Dios.*» El texto completo es el siguiente: «Levanta la piedra: yo estoy allí. Parte la madera: allí estoy también. Tú ves a tu hermano: tú ves a Dios.»

Y san Juan dice: «*El que presume de amar a Dios, a quien no ve...* (es fácil amar a un Dios que no se ve; se lo inventa uno, se lo imagina, se lo representa, termina por hacerse un Dios a su semejanza, a su gusto, y luego, cuando nos cansamos de Él, lo ponemos en el infinito, para llamarlo de nuevo, cuando sentimos su necesidad. ¡Y Dios lo permite, sin protestar!) *El que presume de amar a Dios, a quien no ve, y no ama a su hermano, a quien ve, es un mentiroso.*»

¿Por qué? Porque en el hermano está Dios. Y el hermano seguramente os dirá con toda exactitud cómo es vuestro amor a Dios en él; él no se callará, él protestará. Y si a veces se calla, demostrará con una actitud mucho más elocuente que las palabras, si es verdad que lo amáis o no.

El prójimo es Dios que se ha colocado ante vuestro amor para que podáis examinar si vuestro amor está hecho

solamente de nostalgias y suspiros o es de carne y hueso. Cuando Cristo vivía en carne y hueso, no era fácil amarlo. ¡Había monitones de objeciones contra él! «¿Por qué se mete a predicador?, ¿qué hace rodando por el mundo? Lo que tenía que hacer era preocuparse de su madre. ¡Y vaya compañía que se ha buscado!, ¡hubiera hecho mejor dejando a Pedro con su mujer y su suegra! ¡No hace más que protestar de todo, atacar a todo el mundo, criticar a todos! ¡Se pone a hablar contra los sumos sacerdotes y los juristas, sin haber estudiado las Escrituras!»

Tampoco es fácil amar a nuestros prójimos. Pero esa es la verdad de la encarnación, que no es fácil de amar. En la historia de la Iglesia todas las herejías dirigen sus golpes contra la encarnación, intentando librarse de esa cosa tan insoportable que es Dios hecho hombre. Si queréis experimentar vosotros mismos esa impresión de escándalo que en el mundo griego concretamente produjeron aquellas palabras: «*Verbum caro*», decid despacio: «El Verbo se ha hecho mujer»; ¿no sentís qué odioso (!!!...), qué escandaloso (!!!...) parece esto? ¡Que se haga hombre, pase; pero mujer... (!!!). Algo así sería la impresión que escandalizó a los griegos. ¿Cómo es posible que Él se haya humillado hasta tal punto?

Incluso hay en el cristianismo una prioridad del amor a los hombres sobre el amor a Dios:

«*Si vas a llevar tu ofrenda al altar, si vas a misa el domingo, y te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda, abandona el altar, salte de misa. Vete antes a reconciliarte con tu verdadero Dios y después podrás venir a significarle tu amor, porque ya lo habrás realizado.*»

El culto está en la categoría de los signos, pero el signo debe significar algo verdadero, y la realidad está ahí, en la vida. Es difícil admitirlo. Y me acuerdo ahora

de la regla de san Benito, de algo que a veces me ha hecho saltar: «*Que nada sea preferido al culto de Dios.*»

¡Eso no es cristiano! Y me acuerdo que le decía siempre a mi maestro de novicios: «Perdón, toda caridad es preferible al culto de Dios.» Él protestaba, pero en el fondo estaba conmigo y obraba en consecuencia (y mucho mejor de como yo suelo obrar): si había un enfermo en la enfermería, se quedaba con él durante el oficio divino.

Prácticamente, la gente suele tener sentido común. Lo extraño es el texto: «Que nada sea preferido al oficio divino.» Todo lo que pertenece al servicio del prójimo debe ser preferido al oficio. Cocinar, cuidar a un enfermo, ir a socorrer a un accidentado. ¿Es que el hombre va a pasar por delante de Dios? ¿Por qué esto? Porque el hombre es Dios. Si no, esto sería absurdo. Todo debería sacrificarse al culto.

Nos preguntábamos al principio cómo era posible que esos pobres ateos creyesen que tenían que odiar a Dios para amar a los hombres. La respuesta es bien sencilla: no han hecho más que fijarse en esa religión cerril de la mayoría de los cristianos.

Un escritor inteligente ha dicho: «No creáis que el Islam es una herejía muy original. Lo único que hizo Mahoma fue coger el nivel medio de la fe de los cristianos y canonizarlo.»

Lo que yo os digo es que para la mayoría de los cristianos, Dios no ha podido encarnarse. Dios no tiene carne; entonces Mahoma dijo: «Cristo no es Dios, no es más que un Profeta.»

La mayoría de los cristianos no han llegado a saber conciliar el poder creador del hombre con la omnipotencia de Dios. La mayoría de los cristianos no saben compaginar la idea del hombre verdaderamente creador con la idea de Dios omnisciente y todopoderoso. «¿Cómo es posible

que yo sea libre si Dios lo ha previsto todo?» ¿No lo habéis pensado alguna vez? Es por esto por lo que él enseñó la solución simplista del fatalismo: «Todo está escrito. Es la voluntad de Alá.»

Tercer punto: se dio cuenta que la mayoría de los cristianos no se contenta con una sola mujer. Así dio oficialidad a la poligamia...

Finalmente, para colmar todas las inquietudes y tener una conciencia tranquila, prescribió algunos ritos, algunos gestos, ciertas oraciones que nos hagan merecer el cielo si uno se acuerda de él en ciertos momentos, sin que cambie nada el ritmo de la existencia.

Tomó el nivel medio de la religión de los cristianos de su tiempo... ¡y quizá del nuestro!

Pues bien, los ateos para inventar esa monstruosidad de que es preciso renegar de Dios para amar a los hombres, no han hecho más que una cosa: tomar la religión cerril de la mayoría de los cristianos. Yo he intentado explicaros cuál es la verdadera religión de Cristo. Y para ello escogí algunos trozos del Evangelio.

En nuestra época se ha presentado un contraste sorprendente: la selección se convierte mientras que la masa apostata. Nunca se ha conocido un núcleo de personas tan fervientes, tan sinceras y tan activas como ahora. Y tampoco, según creo, se ha conocido jamás tanta indiferencia de la masa ante el cristianismo. La explicación de este movimiento contradictorio me parece a mí sencilla y terrible. Hoy es posible encontrar el verdadero rostro de la Iglesia por medio de investigaciones, de estudios, de lecturas profundas. Pero es imposible encontrarlo, mirando solamente la cara de los cristianos. Las personas inteligentes, curiosas, bien informadas, pueden convertirse porque van a calar en el interior, a descubrir de nuevo el cristianismo. Pero las masas que tienen que contentarse

con mirar superficialmente, con mirarnos y vernos a nosotros, no podrán nunca sentir la necesidad de convertirse.

Decía Gandhi: «El cristianismo es muy bueno, pero los cristianos son malos.» Él conocía el Nuevo Testamento: toda su doctrina de la no-violencia viene de ahí, a través de Tolstoi y algunos otros. Pero no se convirtió nunca, por culpa de los cristianos. Era imposible. Los cristianos se parecen a los demás: leen el periódico como los demás, tienen la misma moral que los demás, su vida familiar es como la de todos (procurar compaginar las ventajas de la vida de celibato con las del matrimonio), sus teorías políticas y económicas, su conducta, son como las de todo el mundo. ¿Valdrá entonces la pena llevar a cabo los enormes sacrificios que exige una conversión para no obtener por resultado más que esto? ¡Vaya resultado: parecerse a la mayoría de los cristianos!...

Me acuerdo de un sermón que tuve sobre la unión de las Iglesias. Los feligreses estaban allí, en la iglesia, como siempre, pasando las cuentas de su rosario. Los que llegaron primero se colocaron en los últimos bancos, luego fueron llegando otros y poniéndose más adelante, pero cuidando siempre de dejar a su alrededor unos cuantos sitios vacíos, una especie de «tierra de nadie», ¡una protección contra su individualidad!... «Que nadie me hable, que nadie me toque, que voy a comulgar»... ¿Cómo?, ¿que os vais a excomulgar?... «No, que voy a comulgar con Dios, pero no con mi hermano; ¡qué cosa más vulgar: tomar un bocado, beber un trago con mi vecino! No, ¡yo voy a comulgar con Dios!» Entonces les dije: «¿No os parece que resulta un tanto hipócrita rezar por la unión de las Iglesias? ¿Vale de verdad la pena que las otras Iglesias realicen tan enormes sacrificios como les exige su retorno para que, a fin de cuentas, estén

tan poco unidas como vosotros lo estáis? Vosotros no os habéis saludado al entrar y probablemente cuando salgáis, tampoco os diréis adiós. Ni siquiera habéis dedicado una sonrisa a los demás. Ni os habéis invitado nunca a comer. ¡No tenemos ni pizca de sentimientos de fraternidad! Habéis venido aquí para uniros con Dios. ¡Pero Dios tiene que estar asustado! Al veros, pensará que ha fracasado totalmente, ya que su deseo era uniros mutuamente. Su gran ilusión era: “Que ellos sean unos como nosotros; amaos los unos a los otros.” ¿Creéis que le gusta que venga hoy, domingo, a uniros individualmente con Él?»

Esa es una religión absurda: todos vienen a unirse con Dios, pero nadie viene a unirse con su vecino. Esa no es la religión del Evangelio.

Si lo fuera, los ateos tendrían razón: Dios no sirve para nada o no es más que un obstáculo al verdadero respeto de los valores humanos. Dios no es más que una coartada, un opio, una distracción, una evasión, un sueño. Es la religión de la mayoría de los cristianos la que se ve retratada en esas críticas. Cristo ha prometido la conversión del mundo, existe su promesa, su garantía con una condición bien precisa. ¡Y esta condición no es que amemos a Dios! Eso nadie lo puede comprobar. Cristo ha prometido la conversión del mundo a condición de que vosotros realicéis un milagro rarísimo y evidente: que os améis unos a otros. «*Para que el mundo crea que Tú me han enviado... que ellos sean unos, como nosotros somos uno*»... ¡Qué milagro tan maravilloso! En vez de estar siempre vueltos hacia el altar, en la iglesia, que os volvierais alguna vez hacia vuestro vecino: «¿Qué hay?, ¿cómo va tu familia?, ¿vienes a tomar una cerveza conmigo? — todos estamos hechos de carne y hueso —; ¿vienes a echar un trago?» Fueron esas las palabras de Jesús el día de su resurrección, ¿acaso estarían fuera de lugar en la iglesia?

¿Se os ha ocurrido alguna vez, al salir de una iglesia, en la que os habéis repartido el pan de Cristo, invitar a alguno para que comparta vuestro pan?, ¿no os ha enseñado el amor de Dios a amaros unos a otros? Si el amor a Dios no os ha enseñado nunca a amar al hombre, entonces tampoco amáis al hombre-Dios. Y entonces tampoco estáis en la religión de Cristo, sino en vuestra vieja religiosidad.

No hay religión sin milagro. Acordaos de los comienzos del Evangelio: Jesús se presentó con las manos llenas de milagros... Nosotros no podremos convertir a nadie sin milagros, lo que se necesita para que este milagro sea eficaz es que se acomode al interés de los consumidores. Como Cristo tenía que tratar con gentes sencillas, cuando tenían sed les cambiaba el agua en vino, y esto les llegaba al corazón; era un argumento irresistible. (Quizá también a algunos de nosotros les gustaría volver ¡a aquellos símbolos primitivos!) Y cuando trataba con pescadores, les daba una pesca milagrosa. Y cuando veía a las turbas hambrientas, multiplicaba los panes. Y cuando se encontraba con enfermos, los curaba. Todos estos milagros estaban completamente situados al nivel de sus intereses.

Yo creo que si alguno se pusiese hoy a multiplicar los panes, se levantaría la protesta de todos los panaderos y le acusarían de hacer bajar los precios agrícolas. El problema de nuestra época no es un problema de hambre, de multiplicación de panes. Es un problema distinto: el problema de la mala distribución. Hay superproducción y hay hambre. El milagro sería que estos dos males se curasen el uno con el otro.

Y si alguno se pusiese a calmar las tempestades, a cambiar el agua en vino, etc., yo creo que los rusos y los americanos se apresurarían a echarle mano y a encerrarle en un laboratorio para preparar una guerra futura. Me

parece a mí que esos milagros no convertirían a nadie. Algo asombroso, algo extraño, pero ni sombra de sentido religioso. Yo creo que el milagro que respondería a los intereses religiosos de nuestra época, el milagro que necesita nuestra generación, el milagro que le impresionaría, sería el milagro del amor y de la fraternidad de los cristianos. Lo que más necesita nuestra época es un principio unificador. Por encima de todas las diferencias raciales, de todos los nacionalismos exacerbados, de todos los egoísmos comerciales, de toda la hostilidad insensata entre dos bloques, se siente la necesidad de la unión. Nunca jamás se ha sentido tan trágicamente esta necesidad en el mundo, una necesidad que podríamos llamar de conciencia planetaria. Incluso las guerras se han hecho hoy mundiales. El mundo es ahora un solo cuerpo, pero un cuerpo habitado por millones de personas llenas de miedo, de inquietud, de sospecha, de egoísmo, que no saben calmar sus nervios, tratarse con confianza y amor.

Yo creo que si se viera a los cristianos realizar ese milagro (ya que sería un verdadero milagro amar a los demás, saltar por encima de las diferencias de clase, de condición, de dinero, de nacionalismo, para amarse por encima de todo lo que nos separa), si hicieran eso los cristianos, nuestra época no sería insensible a ese milagro.

El mundo se convirtió al principio, cuando se decía de los cristianos: «*Mira cómo se aman.*»

En otras ocasiones habéis dicho: será la resurrección de Cristo lo que convertirá al mundo. El objeto propio de la fe cristiana es la encarnación-resurrección. Para mí, son la misma cosa. Resurrección quiere decir que Cristo volvió a tomar la carne. Y no solamente una carne individual. Esto sería largo de explicar. ¿Habéis notado cómo, después de su resurrección, Jesús tomaba un aspecto cualquiera? Magdalena lo tomó por el jardinero. Los discíp-

pulos de Emaús recorrieron con él varios kilómetros sin reconocerlo, pues su aspecto era distinto. ¿Por qué esto? Para que aprendieran a conocer a Cristo en cualquier lugar y bajo cualquier apariencia. Los discípulos en la pesca milagrosa no se atrevieron a preguntarle quién era; no le reconocían: no solamente no se parecía a Dios, pero ni siquiera a aquel Jesús que habían conocido. Y Jesús no quiso dejarlos definitivamente más que cuando se dio cuenta de que ya estaban sobre aviso para verlo a Él en todos. Cuando supieron verlo bajo cualquier otro aspecto, entonces estaban ya maduros, y Él pudo marcharse. Esa fue la educación de los apóstoles: enseñarlos a encontrarlo en la carne, en cualquier carne. Ved a los discípulos de Emaús. Reconocieron a Cristo en la celebración de la Eucaristía y en su Palabra. Mientras les hablaba, les explicaba las Escrituras. Y luego, lo reconocieron en la fracción del pan. Id a la iglesia, id a rezar, id a asistir a una misa de verdad. Ellos lo reconocieron en la celebración de la Eucaristía, en las dos cosas en que también vosotros tenéis que reconocerle: en su palabra y en su pan, y en nada más. Vosotros sois los discípulos de Emaús y podéis reconocerle en su palabra — nadie podrá hablaros como Él habla — y en la fracción del pan.

Es verdad lo que se ha dicho. Resurrección, objeto de la fe cristiana. Pero, ¿cómo y por qué creéis en la resurrección de Cristo? Quizá, como sois unos intelectuales, queráis examinar las pruebas. Para un intelectual de tipo medio el efecto de esas pruebas suele ser que caen en la más profunda confusión. Leed a Guitton, etc., y os daréis cuenta de que se trata de un problema difícil. Probar históricamente la resurrección, me parece a mí que es posible. Pero complicado. Entonces, ¿cómo es que creéis en la resurrección de Cristo? ¿Y por qué la afirmáis? — «Es que se ha ido transmitiendo de un testi-

monio a otro» —. Sí, pero la fuerza de una cadena está en la fuerza del eslabón más débil. Vosotros no sabéis si allí en medio hubo un pobre imbécil... No hay más que una prueba de que Cristo ha resucitado, una, práctica para el pueblo: que Él está vivo. ¡Si Él está vivo, es porque ha resucitado!

Y no existe más que una prueba de que Cristo esté vivo: su amor está vivo en el mundo, Él hace cosas que ningún hombre podría hacer.

Si yo creo en la Iglesia y creo en Dios, es porque he visto su amor vivo en el mundo, en cierto número de seres con los que me he encontrado y en los que yo sé que está Dios. Yo he encontrado a la Iglesia. Es raro encontrar a la verdadera Iglesia. Muchos de mis antiguos alumnos han perdido la fe: no supieron encontrar a la Iglesia. No la habían encontrado nunca, no habían tenido jamás un motivo de fe proporcionado a sus necesidades. ¿Qué es la Iglesia? Sí, desde luego, ellos habían estado en la iglesia, incluso habían hecho la promesa de «permanecer en ella durante toda la vida». Pero, ¿qué es lo que habían visto en aquellas iglesias? Una serie de personas totalmente indiferentes entre sí, que pretendían arreglar sus asuntos con Dios, hacer las paces con Él. Pero a la verdadera Iglesia no la conocieron jamás. Esa Iglesia que se compone de un grupo de adultos que se aman, un grupo de adultos tan distintos de los demás que su mutua inteligencia, su confianza, su amor recíproco constituyen un verdadero milagro. ¿Habéis encontrado vosotros alguna vez a uno que amaba de un modo humanamente inexplicable? Entonces, si así es, podréis estar ciertos de que Cristo vive en el mundo, ya que su amor permanece entre nosotros. Y me parece a mí que no existe ninguna otra prueba de la resurrección de Cristo para la mayor parte de los cristianos.

Podéis realizar estudios y exegesis, seguramente llegaréis a conclusiones sanas ya que para vosotros significa mucho que exista un hecho objetivo, histórico, que corresponda a vuestras impresiones.

Pero existe también una prueba inmediata de que Cristo ha resucitado: Él está vivo y, si vosotros estáis aquí, es porque de alguna manera lo habéis sabido encontrar. Si alguno de vosotros desea ser apóstol, es porque de alguna manera cree que ha escuchado su voz.

Pero me diréis: «Nosotros no acabamos de escucharlo, ¡hay tantas influencias, tantos intermediarios!...» También en tiempos de Jesús había intermediarios: «Es el hijo de un carpintero. Sus hermanos y hermanas están entre nosotros. También conocimos a su padre José.» Incluso había quien decía: «Es un bebedor de vino y le gusta comer bien.» ¿Os acordáis de aquella parábola? :

«¿Qué diré de esta generación? Son una gente insoportable. Son como niños que se enfadan en la plaza y gritan a sus compañeros: ¡Hemos tocado la flauta y no habéis bailado! ¡Hemos puesto cara triste y no habéis llorado! Sois una gente insoportable. No sabe uno qué hacer con vosotros.

»Mirad: vino Juan, que no comía ni bebía, y se dijo de él que estaba poseso del demonio. Vino el Hijo del hombre, comiendo y bebiendo, y se dice de él que es un borrachín y un tragón.»

La impresión que Jesús dejaba entonces no era tampoco absorbente. El hombre siempre ha sido libre de abrirse a Dios. Pero de hecho, si vosotros estáis aquí, es porque os habéis abierto a Él. Y si los apóstoles estaban allí, es porque supieron pasar por encima de aquellas objeciones y habían prestado oídos a cierta impresión de Dios en sus corazones.

El mundo no tendrá fe si nosotros no le damos esa cierta impresión de Dios, si no le enseñamos a Cristo

viviendo en la caridad de sus miembros. Os dije el primer día que una de las palabras más importantes del retiro era la palabra de vuestra fraternidad. «*Cuando están dos o tres reunidos en mi nombre yo estoy en medio de ellos.*»

Hay también otra presencia del santísimo distinta de la que se tiene aquí en la capilla. ¿Sabéis cuándo? Cuando los miembros de Cristo están juntos, Cristo está allí. Él tiene de nuevo un cuerpo. Pero, ¡ajo!, muchas veces esos miembros de Cristo no están más que yuxtapuestos, no unidos. Están uno al lado del otro, pero sin ningún vínculo orgánico. Como en una iglesia, yuxtapuestos, el cuerpo de Cristo en piezas separadas. Como un motor, como un reloj, con cada pieza por su sitio; así no pueden funcionar. ¡Tampoco puede funcionar el cuerpo de Cristo en piezas separadas, como se ve muchas veces en las iglesias!

Pero si las piezas se juntasen, si Cristo empezase a revivir por la reunión de sus miembros, si se le viese vivo, este espectáculo convertiría al mundo. El único rostro que Cristo puede mostrar a nuestros contemporáneos para convertirlos es el de nuestras comunidades hermanadas: «*Ved cómo se aman.*»

El mundo moderno no se convertirá nunca a Dios, si no se convierte a una verdadera Iglesia. Nuestro mundo tiene por lo menos esa ventaja: es realista, no cree en los argumentos ni en los raciocinios. No se fía, no cree en ideas: ¡ya le han engañado muchas veces!, ¡ya está dicho todo y todo está probado y desmentido! Es como santo Tomás: quiere ver y tocar carne y hueso. Necesita una verdadera Iglesia y entonces creará en Dios. No creará en Dios antes de creer en una verdadera Iglesia. Precisamente por eso el mundo es tan tremendamente ateo: es la medida de su hambre, la medida de su apetito, su malicia,

su dureza, su antiteísmo (ya que hoy suele haber más antiteísmo que ateísmo). El mundo quiere ver y tocar lo divino. Quiere una prueba de que Dios vive en el mundo. Y esta prueba no puede ser más que una: su amor viviendo en el mundo. Si vosotros hacéis cosas que sobrepasan a vuestras fuerzas, es que su amor vive en vosotros, es que sois pobres y por eso Él se complace en hacer maravillas.

Pues bien, lo más difícil de realizar es amarnos unos a otros. Ante esto el mundo no tiene más remedio que rendirse. Eso es lo que el mundo no puede hacer: es el milagro al nivel de los intereses contemporáneos. Incluso vosotros no tendréis una fe verdadera, y podría ser que la perderais, si no encontráis gente que se ame de este modo. Vuestra fe fluctúa exactamente al compás de estas reuniones, en las que palpáis ese amor. Por eso es tan importante vuestra predicación: si os amáis mutuamente, demostráis que existe Dios.

Nuestra época se ha dado cuenta tan perfectamente de esto que ha decidido abrir un Concilio. En la Iglesia desde ahora comenzaremos a amarnos más de cerca. Empezarán a sentirse más hermanados los obispos, dejarán de ser piezas sueltas del cuerpo de Cristo. Y todo esto se hará en medio de una tal atmósfera de amor, que gracias a esa corriente de caridad extraordinaria, las reformas necesarias se llevarán a cabo sin desgarros ni decepciones crueles, sin divisiones ni rencores en el seno de la Iglesia.

Lo esencial será un Espíritu de amor. Pero esto será un milagro, un Pentecostés tan espléndido como el primero. Que seres de todas las razas, de todos los continentes, de todos los colores, se reúnan para asumir juntamente la responsabilidad común de la Iglesia y se amen hasta llegar a entenderse.

San Juan, que escribió un Evangelio tan sacramental, es el único que no nos ha narrado la institución de la Eucaristía. ¿Y sabéis con qué la ha remplazado? Con el lavatorio de los pies. Habrá quizá exegetas que os digan: «Como los demás ya la habían relatado, él no ha querido repetirlo.» Pero san Juan calculó tremendamente su Evangelio y midió bien sus palabras. Si leéis el Evangelio del lavatorio de los pies, veréis que comienza con una misa, con una especie de prefacio:

«Antes de la fiesta de Pascua, Jesús, que sabía que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el fin. Durante la cena, después de que el diablo había puesto ya en el corazón de Judas el designio de entregarlo, Jesús, que sabía que su Padre había puesto todas las cosas en sus manos y que Él había venido de Dios y que marchaba hacia Dios, tomó una toalla y se ciñó.»

Y ahora pasamos de la religión celestial a la religión encarnada: «Tomó una toalla y se ciñó...» Y pasa lo mismo que en la misa: «*Haced esto en memoria mía... Yo os he dado el ejemplo, para que lo que yo he hecho con vosotros lo hagáis también vosotros unos con otros.*»

¿Qué es lo que esto significa? De todos los demás sacramentos se os puede dispensar. Podéis sustituir el bautismo de agua por el bautismo de sangre o de deseo. Podéis sustituir la comunión real con la comunión espiritual, la confesión por un acto de perfecta contrición. Pero hay un sacramento, esto es, una presencia sensible de Cristo, que no se puede remplazar; un sacramento que no admite sustitución alguna: el amor al prójimo. Seguramente no podréis comulgar todos los días. Tampoco podréis ir a confesaros todas las semanas, siempre que queráis. Pero hay un sacramento, una presencia de Cristo

con la que todos los días podéis comulgar: el servicio humilde hecho a vuestros vecinos. Siempre estarán los pies de vuestro vecino. Siempre habrá para las mujeres y también — ¿por qué no? — para los hombres, unos zapatos que limpiar. Ante vosotros, a vuestro alcance, hay un sacramento, una presencia de Dios que siempre podréis venerar.

Siempre que me arrodillo ante el santísimo Sacramento, me digo que está bien el respeto que tenemos para con el Cuerpo que es nuestro alimento. Está bien. Pero, ¿qué respeto tenemos hacia aquel otro Cuerpo que formamos entre todos? ¿Cuál es más importante? ¿Para qué ha sido hecha la hostia? ¡Para ser comida! ¡Es el medio! ¡Pero lo más importante es el término: el individuo que debe alimentarse! Cuando terminemos esta charla, quedaos arrodillados delante del sagrario y haceos esta pregunta: ¿quiénes van a comer esta hostia? Entonces suponed que la hostia va a dividirse en muchos fragmentos, ya que Cristo quiso ser un pan dividido para unir en un solo cuerpo a los hijos de Dios que se alimentan de Él. E intentad proseguir vuestra adoración en cada una de las personas que comulgan. Es difícil: a la hostia todos están dispuestos a recibirla, pero tragar a un hermano... se necesita mucho estómago para eso. Sería una terrible indigestión: a ése yo no lo trago. Pero entonces tampoco puedes recibir a Cristo, ya que cuando Cristo viene a ti, viene con todo su cuerpo, con todos aquellos que Él ama, viene con toda la humanidad que le es solidaria. No hay más remedio: o tragas a todos tus hermanos o rehúas a Cristo. Eso es lo que nos quiso decir san Juan en su narración del lavatorio: que hay un sacramento indispensable y que seremos juzgados por él, no por nuestras comuniones ni nuestras confesiones ni nuestro bautismo..., sino por nuestro lavatorio de pies.

COMUNIDAD

Hablábamos ayer del problema de la pobreza. Decíamos que la verdadera religión es la religión del pobre y que el verdadero apóstol es el pobre. Nosotros, los cristianos, no somos mejores que los demás; es nuestra religión la que es superior a las demás. Nuestro Dios es mejor que los demás dioses.

El argumento apologetico frente a las otras religiones sería el siguiente: hacéis bien en ser religiosos, tenéis razón al adorar a Dios, al amarlo, al querer acercaros a Él, y tenéis más razón de la que vosotros mismos sospecháis, ya que Dios es mucho mejor de lo que vosotros os imagináis. Es Él quien da hacia vosotros todos esos pasos que vosotros creéis que dais hacia Él. ¡Es Él el que os busca! Es Él el que os ama aunque vosotros no le améis. Es Él el que os llama. El hambre que de Dios tienen los hombres nada es en comparación con el hambre que Dios tiene de nosotros. El hombre puede existir sin Dios, puede intentar pasar su vida sin Dios, pero Dios no puede pasarse sin el hombre desde el momento en que Él empezó a ser Hombre-Dios. Un hijo puede renegar de su padre, un padre no puede renegar de su hijo. «*Y aunque una madre se olvidara de su hijo, yo no os olvidaré*», dijo el Señor. Habrá que corregir por tanto a Pascal: «Tú no me buscarías, si no me hubieses encontrado ya.»

Es verdad. Pero no acaba de ser toda la verdad. Habrá que decir: «Tú no me buscarías, si Yo no te hubiese encontrado ya.»

Si vosotros buscáis, es porque Él os ha encontrado, porque Él ha comenzado. Si alguna vez vais por casualidad a rezar a la capilla, deberíais estallar de gozo al decir: «Dios está hasta tal punto vivo en mí, que ha sido Él el que me ha traído hasta aquí.» Y Dios sabe qué graves obstáculos habéis tenido que superar. Y si yo entonces me siento y me quedo allí un buen rato, llegaría por fin a saber qué es lo que Él me quiere decir, qué es lo que ya hacía mucho tiempo que me quería dar. Rezar es ponerse a disposición de Dios para que Él pueda finalmente deciros lo que siempre quiso decir, pero que no le disteis nunca tiempo ni ocasión para manifestároslo. Dios necesita tiempo, mucho tiempo, porque tiene muchas cosas que decírnos, muchas cosas que hacer en nosotros.

Nuestro Dios es mejor que los demás: es el Hombre-Dios. Es un Dios que ama a los hombres. Es un Dios que es mucho más humano que cualquiera de nosotros, mucho menos intelectualista: se ha encarnado, y mucho menos individualista: es Trinidad.

De este modo, nuestra religión de pobreza es también la única religión realista. Nosotros contamos con el pecado, nosotros somos los únicos que contamos con nuestro pecado, con nuestra miseria total. Y a pesar de ello no desfallecemos. Tenemos la suficiente confianza en Dios para permitirnos tener un mínimo de confianza en nosotros mismos. Él es capaz de hacer cosas maravillosas con la pobreza de su esclavo. Nosotros somos lo suficientemente fuertes para soportar nuestra debilidad. Y esto es colosal.

Durante muchos años el ideal del adolescente es poseer una armadura, blindarse, circular invulnerable por medio de los demás (esto es: evitar ser seducido, pero conservando la capacidad de seducir) con una espada y

una coraza; y el joven mantiene este ideal hasta que se encuentra con alguien, con un hombre, un hombre de verdad, un adulto que circula vulnerable, desarmado, desnudo, atento, tendiendo su mano amiga hacia todos aquellos que tiemblan de miedo bajo su armadura. Y entonces, por primera vez, ve a un hombre y comprende que no hay mayor fuerza que la de atreverse a ser débil como él: un pobre; que no hay mayor fuerza que la de osar ser pobre, que no hay mayor fuerza que la de saber llevar su miseria, su oscuridad, su pequeñez, su debilidad, y la de confiar en Dios lo suficiente para ser equilibrado, feliz, sereno, alegre, libre de sí mismo. Nada de sucumbir a las propias miserias. El cristiano no es uno que cree en el pecado, sino uno que cree en el perdón de los pecados, que es algo diferente. El cristiano cree que hay una fuerza de salvación en el mundo, una fuerza que perdona el pecado del mundo. El cristiano se siente perdonado, lavado, purificado de todo el mal que ha hecho. ¿No habéis experimentado esto vosotros? ¿Os habéis confesado...? ¿Qué esperáis?

La confesión es algo mucho más profundo de lo que se piensa, es realizar la experiencia de que existe una fuerza de resurrección en el mundo. No hacemos otra cosa más que insistir en ello: el cristianismo, fe en la resurrección, anuncio de la resurrección. ¿Queréis resucitar también vosotros? Acercaros a un confesonario...: podréis cometer un verdadero suicidio, podréis libraros de vosotros mismos, de vuestra odiosa personalidad, de vuestra manera de ser incómoda, desabrada, insoportable a vosotros mismos y a los demás. ¡Acercaros a un confesonario! Podréis morir a vuestros caprichos, a esos pecados vuestros, a vuestra pobre, mezquina y débil voluntad, para resucitar a la voluntad de Dios, que es amor, paciencia, confianza, ternura, abertura, indulgencia, alegría. Una verdadera confesión (es cosa rara) os dará la

experiencia de que existe un perdón de los pecados, de que es verdad que el hombre puede ser purificado, que puede ser perdonado... Y esto ¡da tanto gozo!: ¡el perdón de los pecados!, tanto gozo, que en el Evangelio terminaba siempre con un banquete. Nosotros no hacemos más que arrodillarnos ante una rejilla y marcharnos luego lo más discretamente posible. Pero aquella gente del Evangelio encontraba esto tan maravilloso que salían del brazo del confesor diciendo: «Estoy lleno de gozo, vamos a beber un vaso»... No es que quiera hacer propaganda: ¡bonita juerga nos pasaríamos los confesores!, pero lo dice el Evangelio: cuando esa gente se daba cuenta de que les habían perdonado los pecados, se ponían a beber y a comer de alegría. Para el hijo pródigo hubo un festín. Mateo convocó a todos los publicanos para beber y comer y hacerlos partícipes de su alegría. Zaqueo ofreció un banquete. Seguramente vosotros no habréis visto nunca a vuestro padre o a vuestro hermano volver a casa con el cura para ofrecerle un banquete, diciendo: «Es estupendo, estoy muy contento, me han hecho un gran beneficio, soy feliz.» En el Evangelio ellos se quedaron toda la vida con su confesor y nunca se les ocurrió pasar de largo a su lado, como si no lo hubiesen conocido nunca. Ellos se quedaron toda su vida en el confesonario. María Magdalena toda su vida, había sido tan estupendo aquel perdón, llena de alegría, no hacía más que reírse, llorar de gozo, en aquel confesonario...

En el cristianismo hay un perdón de los pecados, una experiencia de que Dios es demasiado bueno, no solamente para perdonar los pecados — esto sería demasiado poco — sino para hacer que todas vuestras faltas se conviertan en benditas faltas. Y no podréis entrar en el cielo si no conseguís que vuestras faltas se hayan convertido en benditas faltas: faltas que os recuerden únicamente el

gozo del perdón que habéis recibido, la bondad que Dios manifestó en aquella ocasión. Dios lo puede todo, incluso hacer que vosotros os perdonéis el haber pecado.

¿Acaso guardáis rencor contra vosotros o contra Dios por haber pecado? El pobre está libre no sólo de su pecado, sino también de su despecho, de su odio y de su rencor por haber pecado. En el cielo no hay más que pecadores, perdonados. En el cielo fracasan los justos. Son los pobres los que encuentran las puertas abiertas.

¿Cuándo podremos celebrar todos juntos el gran banquete?

* * *

Lo que ordinariamente falta en nuestra Iglesia no son ni escuelas modelo, ni hospitales puestos a la última, sino iglesias donde se rece, donde se aprenda a rezar y donde los sacramentos se celebren con todo el fervor de una comunidad viviente. Yo conozco sacerdotes de todas las categorías, sacerdotes sabios, sacerdotes economistas, sacerdotes profesores, sacerdotes apostólicos, sacerdotes apasionados por las cuestiones sociales, sacerdotes técnicos en organización, sacerdotes especializados para países subdesarrollados o para atender a la delincuencia infantil. Pero conozco muy pocos sacerdotes que tengan fe en la celebración de los sacramentos como medio principal de instrucción, de formación y de santificación de sus fieles.

El siglo XIX cometió el grave error de aconsejar la oración a gentes que tenían necesidad de pan: «¡Yo rezaré por vosotros!»

En el siglo XX es preciso que no nos hagamos culpables de otro grave error: ofrecer pan a quienes nos piden oración. Eclesiásticos y seglares se afanan en ser los primeros o los únicos en dar pan a la gente que tiene sobre todo necesidad de Evangelio y de oración.

Si celebrásemos bien los sacramentos, si nos dejásemos invadir por la grandeza de lo que realizamos al celebrar la misa o al administrar un bautismo, no necesitaríamos tanta apologética, tantos cursillos de perseverancia ni tantas clases de religión. Habría una epifanía de Dios en nuestras iglesias que convencería a los cristianos y convertiría al mundo.

* * *

Pero entremos en materia. Vamos a hablar del tercer reproche que los ateos hacen a los cristianos: nuestro individualismo.

¿Dónde y cuándo habéis adquirido conciencia de nuestra vergonzosa penuria de fraternidad?

Yo la experimenté por primera vez al final de la primera guerra mundial. En 1918, en Bruselas, vi las calles, los cafés, los tranvías invadidos por hombres de uniforme, de todos los ejércitos, de todas las lenguas, de todos los países. Se saludaban llenos de alegría, preguntaban unos por otros, se sonreían, repartían cigarrillos, trataban amistad, iban juntos a echar un trago. Y yo, pequeño burgués de ocho años, paralizado ya por la timidez y las convenciones sociales, descubría con admiración, con miedo y con envidia, lo que era un mundo fraternal.

Pues bien. Pasaron tan sólo unas semanas. Todo se había acabado. Todo volvió a estar «en orden», cada uno había ocupado su puesto de notario, de obrero, de ingeniero, de comerciante, de empleado. Cada uno estaba de nuevo aislado de los demás, encerrado en sus categorías, lleno de prejuicios, de arrogancia y superioridad, o de resentimiento por su inferioridad.

Lo mismo sucedió en 1940. Las explosiones, las bombas del 10 de mayo, tuvieron como primera consecuencia

hacer saltar las barreras de los corazones. Cada compatriota era como un herido al que hubiéramos querido curar. Jamás habíamos tenido durante la paz tanta ternura, unos para con otros. Se descubrían nuevos tesoros de genosidad, de simpatía, de fraternidad para con el desgraciado.

Da miedo decirlo. Pero la guerra, para mí, era el tiempo en que se amaba.

¿Quién podrá darnos a conocer una paz en la que no tengamos nostalgia de la guerra?

Incluso nuestra religión ha sido contaminada por ese individualismo (y sigue siendo su refugio cuando todo el mundo lo acorrala). Una religión de amor, de solidaridad, de comunión, se ha convertido en una religión privada: bautismo privado, comunión privada, misas privadas. Nuestras asambleas dominicales convertidas en cámaras aislantes, nuestras comuniones en ex-comuniones, nuestros confesonarios en mazmorras. ¡Cada uno para sí y Dios para todos!

Le preguntaban una vez a un árabe qué es lo que le parecía la misa de los cristianos, a la que había asistido por casualidad: «Tu misa no me gusta: bebías tú sólo y nos dabas la espalda.»

No tenemos más remedio que confesar que como manifestación de fraternidad...

Quizá sea ésa la explicación de que en nuestras iglesias no haya más que mujeres: están acostumbradas a ver a sus maridos beber solos. Ellas lo encuentran natural, no les parece mal. Pero para un hombre de verdad, ver estas cosas, asistir a esto y no brindar él también con el cura, ¡eso no puede ser!

Evidentemente para nuestros intelectuales distinguidos sería algo demasiado vulgar beber en la iglesia. Todo lo más que hacen es consentir en tomar un bocado, con

tal que se parezca lo menos posible a un trozo de pan. Les gustaría poner a régimen a Cristo resucitado: ¡un redondel de papel comestible!

Todos nuestros sacramentos están reducidos a un uso estrictamente privado.

El bautismo, que es la aceptación que hace la comunidad eclesial de un niño para encargarse de él, no se celebra más que en familia. El niño queda incorporado... ¡a la soledad!

La confesión es el acto de reintegrarse a la Iglesia. El perdón de nuestros hermanos es la señal sensible del perdón de Dios. El sacerdote es el testigo de la comunidad: acoge y perdona en su nombre, en nombre del cuerpo de Cristo. Pero cuando yo confieso, me tengo que preguntar con frecuencia a qué comunidad reincorporo a esos pobres hombres. ¿Quién se alegra de su retorno? ¿Quién se encarga de ellos, quién se acerca a ayudarlos, quién va a darles la enhorabuena, quién va a transformar el sacramento en señal *sensible*, en realidad humana? Nuestra religión se ha encogido tremendamente, se ha idealizado, se ha congelado.

En el fondo, los marxistas se han dado cuenta de este carácter falso de nuestra religión corriente. Cuando leemos o escuchamos sus críticas, nos damos en seguida cuenta de su incomprensión total de la verdadera religión. Luego, reflexionando más despacio, no tenemos más remedio que confesar que su concepción es exactamente la misma que la que practican, a pesar de la Iglesia y de los reproches de sus curas, un gran número de cristianos medios.

* * *

¿Por qué nuestra religión es anti-individualista?, ¿por qué es esencialmente comunitaria?

¡Porque Dios es comunitario! Y nosotros tenemos que ser como Él, «*perfectos como el Padre es perfecto*».

Dios tiene que ser varios para ser Dios. Si Dios fuese solitario, dejaría de ser Dios. Dios es Dios solamente porque es Padre (¡y no es Padre si es Él solo!) Dios es Dios porque es Hijo (¡y no es Hijo si es Él solo!) Dios es Dios porque es amor mutuo, porque es Espíritu Santo.

¿Sabéis lo que significa tener necesidad de otros para ser uno mismo? ¿Eres tú más tú en la soledad? ¿Prefieres gustar a solas «los sombríos deleites de un corazón melancólico» o expansionarte más bien en una colaboración abierta y fraternal?

Mientras erais niños os parecíais a Dios en esto: teníais necesidad de vuestros padres para ser vosotros mismos. «*El hijo no puede hacer nada por sí mismo*.» Un niño que ha perdido a sus padres puede decirse que se ha perdido también él. No se encontrará a sí mismo, no será apacible, feliz, tierno, bueno y generoso más que en brazos de su madre. Tiene necesidad de otros para ser él mismo.

El que ama entra en una especie de experiencia de Dios. Ha encontrado un ser con el que se atreve a mostrarse humilde, tierno, bueno, desarmado, vulnerable, como nunca jamás lo había sido para con ningún otro.

Una verdadera mujer necesita de su marido para ser ella misma. Sin él, está perdida, camina a ciegas, no siente gusto por nada, no sabe qué es lo que quiere..., y suele ser algo diferente de lo que a su marido le gusta. ¡Pero él tiene que estar allí para que ella lo sepa! Y un marido sin su mujer, está desamparado, aminorado: vuelve a la mediocridad, a la negligencia del soltero.

¿Tenéis amigos de verdad? ¿Habéis tenido la dicha de trabajar en un equipo de verdad? Un equipo es eso: un medio en el que uno es tal gracias a los demás, en el que la confianza de los otros, la amistad de los otros, el ejemplo y la generosidad de los otros, os permiten gastar y emplear vuestra vida de un modo como nunca jamás creísteis posible.

Comprendéis ahora el prefacio de la Santísima Trinidad que cantamos todos los domingos, que hemos cantado esta mañana? ¿De qué cosa hemos felicitado a Dios esta mañana? ¿Por qué cosa le hemos dado gracias? ¿De qué nos hemos alegrado? «Es verdaderamente digno y justo, es nuestro deber y nuestro gozo, darte gracias en todo tiempo y en todo lugar, porque Tú existes *non in unius singularitate personae, sed in unius Trinitate substantiae*; no en la soledad ni el egoísmo, en el encogimiento de una sola persona, sino en la participación de una misma sustancia.»

Decís a Dios: «¡Qué suerte que Tú seas varios! ¡Qué suerte que Tú no seas un solitario (¡como un jabalí!), ¡qué suerte que Tú no seas un individualista! ¡Qué suerte que Tú seas Padre! ¡Qué suerte que Tú seas la imagen más bella y más alentadora de lo que yo tengo que ser!»

Porque todos estamos llamados a ser padre y madre, esto es, a suscitar a nuestro alrededor la vida, el crecimiento y el gozo. Engendrar con la vida del cuerpo es poco. ¡Cuántos niños nacen huérfanos! Se les da una vida física, pero ¡se les niegan tantas otras cosas! Todos los hombres son huérfanos que buscan a alguien que les despierte a la verdadera vida, a la fe, a la amistad, a la confianza, a la esperanza, a la alegría.

Todos somos padres y madres. ¿Qué suscitáis vosotros en vuestro caminar por la vida? ¿Qué despertáis a vuestro alrededor? ¿Un poco de afecto?, ¿un poco

de fe?, ¿un poco de alegría? ¿O solamente envidias, resentimientos, celos?

Nuestro único destino es convertirnos en padres y madres. Aunque entréis en un convento, os dirán: «Madre.» Y cuando alguno ha tenido confianza en mí, me ha dicho: «Bendígame, padre, porque he pecado.»

Si salís a misionar y la gente empieza a tener confianza en vosotros, ya veréis cómo vienen a vosotros como a un padre o a una madre.

¿Queréis ser como Dios? Haceros padres y madres. No tenéis otra carrera, otra religión más que ésta.

¿Cómo es posible que muchos crean que se acercan a Dios, que «entran en religión», convirtiéndose en tristes solitarios, retirados en sus devociones, confinados en su piedad, *solus cum solo Deo*, siendo así que Dios nunca está solo y que su deseo es enviarnos a los demás?

Cuando Dios quiso hacer al hombre a su imagen y semejanza, ¿qué hizo? ¿Lo creó intelectual, espíritu puro, sabio e inmortal? Nada de eso. ¡Eso es precisamente Lucifer, el más brillante, el más inteligente de los seres creados! ¿Habéis leído el Génesis? Él lo ha creado — os lo digo sin tapujos para daros una sacudida capaz de desidealizaros y desintelectualizaros por completo —, Él lo ha creado... ¡macho y hembra! Sí, en la Biblia, por dos veces, se nos dice: «Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; lo creo hombre y mujer.»

¿Qué quiere decir esto?

Que cuando Dios quiso crear al hombre semejante a Él, creó a varios, a un hombre que tenía necesidad de otro para ser él mismo. Lo creó capaz de amar e incapaz de bastarse a sí mismo, de satisfacerse consigo mismo, de replegarse orgullosamente sobre sí mismo. Hecho para darse, para encontrar en otro su complemento, para poner

en otros sus complacencias. Hecho para apreciarse en otro más que en sí mismo, para conocerse mejor en la imagen que le revela, en su propia naturaleza, otro ser que le libera de sí mismo, de su egoísmo y de su soledad.

Dios es así. El Padre no se conoce bien en sí mismo, no se ama a sí mismo. No se conoce más que en su Hijo, ni ama más que a su Hijo en el que tiene puestas todas sus complacencias.

Y por eso nos ha hecho como Él, capaces de hacer por los otros mucho más que lo que haríamos por nosotros mismos. Si no se tratase más que de nosotros, pronto nos resignaríamos con nuestra mediocridad. Pero ¿cómo íbamos a soportar transmitírsela a los otros? Vuestra fe se despierta cuando se la daís a los demás.

Vosotros queréis tener la fe para los demás, para vuestros hijos, para vuestros vecinos. Por los demás, os daís cuenta de que no podéis seguir siendo tan inconsistentes y tan débiles. Estáis hechos a imagen de Dios: tenéis necesidad de los demás para ser vosotros mismos. Podéis hacer por otros lo que no podríais hacer por vosotros. Y si llegáis hasta el fondo más íntimo de vuestro ser, os encontraréis mejor en algún otro, a quien le hayáis dado todo lo vuestro. Lo que habéis guardado para vosotros mismos, os sobra. Todo lo que uno no ha transmitido a sus hijos, todo lo que uno no ha distribuido a su alrededor, todo lo que a uno le quedaba al final de la vida — es terrible —, se ha perdido. En eso estáis hechos a semejanza de Dios: en vuestra capacidad de amar.

Fuera de la Iglesia no hay salvación. Para mí esto significa: fuera de una Iglesia, fuera de una comunión, fuera de una comunidad, no hay salvación. Fuera de la caridad, no hay salvación. Por eso el Señor nos dio un sacramento que no se puede suplir: lavar los pies de vuestro vecino, limpiar sus zapatos. Es imposible que nos veamos

privados de este sacramento. Dios no podía dejaros sin sacramento, sin presencia auténtica de lo sagrado. Y por eso os ha dado el lavatorio de los pies, que está por encima de todos los sacramentos, porque los otros sacramentos admiten algún sustitutivo, pero no vuestro hermano: éste estará siempre a vuestra puerta.

Pero diréis: ¿Y los ermitaños? ¡Los ermitaños!... Yo no conozco a nadie que sea más visitado que los ermitaños; si es un verdadero ermitaño, empieza pronto a tener una clientela fantástica que aumenta cada día. Los estilistas, aquellos monjes que vivían encima de una columna, se creían obligados a señalar horas, a limitar sus horas de audiencia, ¡tal era la turba que los buscaba!

En el cristianismo no ha habido nunca santidad más que por los demás. ¿Que es necesario cierto tiempo para ir a rezar a un rincón solitario de la capilla? ¡De acuerdo! ¡Que Dios se encarna un poco en vosotros antes de que vayáis a llevarlo a los demás! ¡Era que vosotros encontrabais unas fuentes más profundas de comunión con los demás que no ese barullo superficial que armábamos cuando no teníamos nada que hacer! Al comenzar estas reuniones, teníamos ganas de amarnos, de fraternizar, pero no llegábamos a conseguirlo del todo. Las palabras más que ayudar a comunicarnos, lo que hacían era cortarnos, atajar nuestras ganas de abrazar a los demás. Las fuentes de nuestra comunión tenían que ser más profundas. Era menester recogerse para amar de verdad.

Después de un buen retiro, ya veréis cómo notáis que os amáis un poco más por el simple hecho de haber guardado silencio todos juntos, por haberos arrodillado ante el sagrario todos juntos.

Dios no es una idea que tengamos que contemplar en la soledad.

San Juan dice dos veces, una en su Evangelio y otra en sus epístolas, que «a Dios nunca lo ha visto nadie, nunca lo ha contemplado nadie.»

«Pero Cristo, que está en el seno del Padre, es el que nos lo dará a reconocer.» La única verdadera imagen que tenemos de Dios es el Dios encarnado. El único conocimiento que tenemos de Dios es la Iglesia. La única comunicación que tenemos con Dios es siempre a través de un sacramento, de una palabra, de un prójimo, o sea, a través de tres medios sensibles.

Y aquel que quisiera alcanzar a Dios por encima de sus hermanos, por encima de la Iglesia, solamente por sus medios contemplativos e intelectuales, estaría «fuera de la Iglesia». «Fuera de la Iglesia no hay salvación.» Nuestra Iglesia se ha encarnado hasta el punto de que ella misma afirma de sí que fuera de ella no hay salvación.

Somos realistas en la Iglesia. Seguid un poco la religión a través de toda su revelación.

Ante todo, convendría que os dieseis cuenta de que es terrible eso de la religión. El padre Frisque lo señalaba al decir con una frase que para muchos resultaba misteriosa: «El cristianismo no es una religión.» Voy a intentar explicaros qué es lo que quería decir con estas palabras. Nada hay más peligroso que el sentimiento religioso. Es una pasión devoradora y terrible que hace brotar los fanatismos, las guerras santas, los sacrificios humanos, el exterminio de mujeres y de niños. En el nombre de Dios se han cometido las mayores atrocidades. En el nombre de Dios los hombres se convertían en los seres más duros, más impíos, más inhumanos. También en nuestra Iglesia ha sucedido esto, como en las otras.

En el nombre de un Dios que se había hecho hombre, se han atrevido algunos a ser inhumanos. Nada hay tan

amargo como el celo de algunos apóstoles. «Saulo, soñando en amenazas y muertes, se marchó a encadenar...» Sentimiento de pujanza, de conquista, de colonialismo espiritual..., todos lo hemos tenido. San Pablo decía a los corintios: «Si vais a misa, no es para haceros mejores, sino peores.»

Si el fariseo no fuese cristiano, sería el tipo ideal. ¿Por qué? Porque los ritos le dejan tranquilo. Si no fuese cristiano, diría: «Aunque sea un perfecto bribón, no me importa, tengo el cielo asegurado; voy a misa los domingos, cumplo con pascua, tengo el pasaporte en regla, mis tres averías, los nueve primeros viernes..., incluso con un poquillo de suerte tendré hasta la extremaunción...» Y se echa a dormir tranquilo, con absoluta tranquilidad. Lo malo es que en vez de tomar el rito como educación, como medio, como ejemplo eficaz, para ir a lo que es esencial en el cristianismo, esto es, al amor de los hombres, sus hermanos, se para en esos ritos sin dar un solo paso hacia adelante.

Toda la acción de los profetas en Israel consistió en intentar vincular el sentimiento religioso, con todo su salvajismo, su fanatismo y absolutismo, con la moral social y la justicia. Acordaos de aquello: «*El ayuno que yo quiero no consiste en ritos externos, en cubrirse de ceniza, en vestirse de saco... Vete a dar pan al que no tiene, a cubrir al que está desnudo y no golpees a tu hermano el día que quieras dar gusto a Dios.*»

¡Vincular lo más estrechamente posible la caridad fraterna con ese terrible sentimiento de lo sagrado! Toda la obra de los profetas y de Cristo consistió en darnos un curso de desacralización. Cristo no hizo más que desacralizar, en el buen sentido de la palabra, ese sentimiento de lo sagrado que había sido algo salvaje, loco, empedernido, una mezcla de miedo y de crueldad.

Jesús unió de una manera indisoluble el amor a Dios con el amor a los hombres: era la misma línea de los profetas. Justicia social, amor a los demás, y nada de cultos idolátricos. He aquí algunos textos que nos echan en cara eso mismo que yo respondía esta mañana: los ritos, esos ritos sin sentido de fraternidad.

«Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos; el ayuno que yo os pido es: soltad a los inocentes, aligerad las cargas, libertad a los oprimidos. Reparte tu pan con el que tiene hambre» (Joel e Isaías).

Jeremías: *«No os fiéis de esos hipócritas que dicen: “Somos nosotros los que tenemos el templo de Dios”; de nada sirve tener el templo de Dios.»*

Isaías: *«¿Qué me importan vuestros innumerables sacrificios? Me dan náuseas vuestros holocaustos, la sangre de vuestros toros y vuestros machos cabríos me repugna, no soporto vuestras festividades.»*

«Odio con toda mi alma vuestras peregrinaciones, dice el Señor. Aleja de mí el ruido de tus cánticos, que no oiga ya más el sonido de tus arpas; pero haz que el derecho corra como el agua y la justicia como un torrente.»

Es como si os dijese en la Iglesia: «Vuestras misas me mueven a vómito, vuestras comuniones no hacen más que excomulgaros más lejos de mí, vuestras asambleas son como cámaras aislantes. Vuestros sacramentos no son más que magia y superstición. Eso me disgusta: dice el Señor.» Era lo mismo que decían los profetas.

Y Jesús, por su encarnación y por su mandamiento nuevo ha unido indivisiblemente el amor al prójimo con el amor a Dios. Jesús ha desacralizado todo, excepto al hombre. Es tremendamente violento el Evangelio. En su tiempo armó una verdadera revolución. Nosotros lo hemos recubierto con una capa dorada de sagrado, para

que no haga mucho ruido, bien tapado. Pero Cristo fue un auténtico revolucionario contra todo lo sagrado. Desacralizó el sábado, ¡el gran sábado!, ¡el domingo! ¿Se puede trabajar una hora, hora y media, dos horas? ¿Y qué clase de trabajo? ¿Servil? ¿Intelectual? Cristo dijo: *«El sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado.»* Palabras tremendas. Desacralizó el templo, ¡lo que era el templo para los judíos! *«Destruídlo y yo os edificaré otro mucho mejor en tres días»*: una blasfemia para los judíos. ¡El ayuno!; le preguntaban por qué no ayunaban sus discípulos y dijo: *«Mientras el esposo está en casa, no hay por qué ayunar; no echéis mi vino nuevo en vuestros odres viejos.»* Era la manera de designar las prácticas religiosas: odres viejos. Desacralizó incluso — algunos sonríen con malicia — ¡hasta los curas!; el sacerdote, el levita: Él dijo que un cura, un levita, un sacerdote sin caridad valen mucho menos que un hereje caritativo. Eso es lo que era un samaritano: un hereje y un extranjero. Pero aquel hereje caritativo valía mucho más que el cura más canonista y ortodoxo del mundo. Y fue por todo esto por lo que Cristo hizo ruido en su tiempo y revolucionó a sus contemporáneos. Ahora le hemos puesto por encima una capa, una mitra, un paño de hombros, qué sé yo, ¡y tiene que quedarse tranquilo allá arriba!... Y para postre, le ponemos una ración de incienso: ¡lo hemos vuelto a sacralizar!, ¡y al hombre lo hemos vuelto a encerrar en el sepulcro!

Los primeros cristianos escandalizaban a los paganos porque no tenían sacerdotes: todos ellos eran sacerdotes. Ni tenían tampoco lugares sagrados, ni templos, decían la misa en cualquier sitio... Habían desacralizado la religión.

Cristo había desacralizado incluso el culto:

«Vete antes a reconciliarte con tu hermano, deja el altar, deja la misa, deja a Dios, y vete a reconciliarte con

tu hermano.» Y aquellas célebres palabras: «*Lo que quiero es misericordia y no sacrificios.*»

La misericordia, o sea, la compasión, el perdón, la piedad. El amor a los demás por encima del sacrificio, del culto. Desde entonces sólo hay una cosa profana: la negativa a amar. Y una sola cosa sagrada: el hombre...

Lo mejor que hay en el mundo de hoy es precisamente el culto a esa dignidad del hombre, el respeto al hombre: el hombre es sagrado. Eso es lo que nosotros le hemos enseñado al hombre. Y somos nosotros los únicos que podemos justificar plenamente ese respeto.

Se puede colaborar con cualquiera, con tal que respete esos valores. Y en esto está el punto central de las discusiones sobre la eutanasia, que tanto ruido están haciendo ahora. ¿Guardáis vosotros plenamente respeto al hombre, o no hacéis más que utilizarlo, tratarlo, triturarlo a vuestro capricho?

¿Es que queréis convertirlos en jueces (y verdugos) de la vida de los hombres?

Lo que nos distingue de los demás es que, para nosotros, un inocente no puede morir por el pueblo, a no ser voluntariamente, como lo hizo Cristo.

Caifás profetizando dijo: «Vale más que muera un inocente que no que perezca todo el pueblo.»

Pues bien: todos los que son de nuestra religión, inconsciente o conscientemente dicen: «¡No! ¡No podemos admitir eso! ¡No podemos admitir que se haga morir a un inocente, ni siquiera para salvar a todo un pueblo!» Es nuestra única respuesta válida al marxismo. El marxismo es un idealismo sucio: somos nosotros los que estamos encarnados de verdad y no ellos.

Para un marxista, un inocente puede morir por el pueblo. Para un marxista es lícita la mentira, el empleo

de cualquier medio. El hombre no es más que un trozo de carbón que hay que echar en la locomotora de la historia. El marxista no respeta al hombre. Ha hecho de él una idea (por eso se llama *idealismo*) de la humanidad. Ha idealizado al hombre en humanidad, y en nombre de ese falso ídolo, que no existe, ha obligado al hombre a pasar por todo: lo ha maltratado, lo ha desfigurado, lo ha desacralizado. El marxista cree en la humanidad en marcha hacia su destino y espera vagamente poder sobrevivir a esa destrucción colectiva. Es la gran herejía de nuestra época.

La salvación final de la humanidad se va labrando a costa de millares de catástrofes individuales, que son la única realidad. La humanidad no existe, ¡pero el individuo... sí!

Pues bien. El marxista llevará a cabo millones de catástrofes individuales en función de una idea: la humanidad futura. Una realización terrenal futura es una ilusión, ya que yo no soy miembro de esa humanidad futura y cuando ella exista yo no existiré ya. El peor opio que se me puede dar es ilusionarme con esa especie de reviviscencia colectiva que yo haya de disfrutar en esa humanidad futura, de la que yo formaré nunca parte. Lo que distingue al hombre, lo que le especifica entre todos los animales y vegetales, es la conciencia de sí mismo. Si yo no voy a tener conciencia de mí mismo en esa humanidad futura, para mí no hay humanidad futura.

Por otro lado, esa humanidad futura tendrá que desaparecer también algún día. La humanidad no tiene más promesas de eternidad que el propio individuo. La humanidad no tiene reservas infinitas. No existe una inmortalidad colectiva, distinta de la inmortalidad individual. Resulta tan inútil querer prolongar la vida de la humanidad como la del hombre. Esa gran supervivencia colectiva no es más que una larga agonía colectiva.

Por consiguiente, la humanidad no vale más que el individuo. Está situada en el mismo punto de la escala de valores: es perecedera. Si el hombre no tiene más valor que una mosca, dos millones de moscas tienen el mismo valor que una sola. Y yo puedo, con toda tranquilidad, asfixiar esas moscas, atomizarlas o, mejor aún, mantenerlas en una continua amenaza de asfixia o de atomización y utilizarlas a mi capricho: el valor del conjunto será igual al valor de los individuos que lo componen. Puedo mentirles todo cuanto quiera, puedo llenarles la cabeza de la propaganda que yo quiera. Puedo intoxicarlos. Puedo hacerlos desaparecer y echarlos, como el carbón, en la locomotora de la historia.

Lo que tiene que acabarse algún día, puede también acabarse en seguida. Nada haría cambiar el aspecto de las galaxias el hecho de que la humanidad viva o no viva, el que viva más o menos tiempo, el que viva feliz o desgraciada. Si no existe la eternidad, todo esto no será más que un pequeño incidente de la evolución.

Todavía tenemos otro argumento más fuerte, que empleábamos durante la guerra en las discusiones con nuestros camaradas maquis ateos: «Por piedad para con nuestros hijos, deberíamos ahorrarles la carga de nuestros sacrificios, ya que el pensamiento más terrible de los últimos hombres, testigos de la muerte del planeta, será precisamente el de toda esa pobre gente que se ha sacrificado, que ha perdido sus esposas, sus hijos, su vida, todos esos sacrificios inútiles con los que sus predecesores han estropeado sus vidas y desperdiciado sus energías con el propósito inútil de prolongar y mejorar las de sus sucesores. Esos pobres hombres del fin de la humanidad se vuelven hacia vosotros para suplicaros: “No os sacrificuéis más, por favor, no nos impongáis el peso de vuestro sacrificio, arreglad vuestra vida lo

mejor posible, sed lo más felices que podáis. Nosotros no valemos más que vosotros, no queráis echar sobre nuestras espaldas el peso de todos los sacrificios de la humanidad que ha vivido hasta este momento, que va a ser el último de nuestra vida. Dadnos al menos el consuelo de pensar que todos los que han vivido antes de nosotros han sido un poco más felices.”» Vosotros queréis sacrificaros por ellos, pero ellos os ruegan que no lo hagáis: ¡el mayor servicio que podréis hacerles será descargarlos de la responsabilidad de vuestra desdicha!

¿Qué pensarán esos hombres, depositarios de todos los sacrificios de la humanidad y que están a punto de perecer sin remedio? ¿Meditadlo un poco!

¿De qué serviría un progreso del que solamente iban a poder beneficiarse aquellos que se sacrificasen por él? ¿No será un verdadero opio del pueblo la contemplación de ese paraíso terrenal que sus creyentes no llegarán a conocer jamás? ¿No es terrible esa promesa de un paraíso que no ha de verse nunca, que quizá algún día llegue, pero que de todos modos habrá de desaparecer totalmente?

Para un cristiano, la salvación es verdaderamente colectiva. Nosotros somos el único colectivismo, el único realismo y la única encarnación. Nosotros respetamos al hombre. Para nosotros el hombre es eterno, y cada uno de nosotros recapitula a todos los obreros en la etapa final de la redención. Mi salvación no interesa solamente a los beneficiarios problemáticos de las generaciones venideras, atañe, ya desde ahora, al hombre que tengo delante de mí. El marxismo, al colocar exclusivamente la salvación en el fin de la historia, es el idealismo más extravagante que existe, ya que sacrifica a todos en provecho de unos cuantos únicamente; más aún, sacrifica a los mejores ya que sacrifica a los altruistas que trabajan

por la salvación de los demás. Los otros no serán más que unos seres aprovechados, productores-consumidores, en los que se habrá apagado por completo el espíritu del progreso, ya que habrán alcanzado la satisfacción integral de todas sus necesidades.

Nosotros, por el contrario, necesitamos a todo el mundo para ser felices. Ningún hombre, nada de cuanto sea humano, se verá excluido de la salvación. Nosotros no abandonamos a ninguno de cuantos han hecho el camino a nuestro lado. El hombre no salvará a su cuerpo sin su alma, pero tampoco salvará a su alma sin su cuerpo. El hombre desarrollará su interioridad, pero también su sociabilidad. Incluso la naturaleza, el mundo físico estará asociado a nuestra transformación «*para gozar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios*».

Hojead las páginas de Jean Barois (Roger Martin de Gard): es uno de los libros más ateos, más «anticlericales», que hay. Y a pesar de ello, nos encontramos allí a Lucio, el jefe y la conciencia de esos militantes ateos, cuyo ideal era consagrarse a la promoción de la sociedad francesa, que al conocer la injusticia de la condenación de Dreyfus, se decide a defenderlo. ¡Él no puede soportar que un inocente muera por el pueblo! En el fondo, Lucio es un cristiano: ante una injusticia, ante una mentira, ante una desacralización del hombre piensa que es mejor que una sociedad perezca, antes de que sea condenado un inocente.

Lo terrible es que en la época de Dreyfus, como en tantas otras ocasiones, los católicos estaban en su mayoría en la acera de enfrente. Los que respetaban al hombre, los que vivían el Evangelio — «*un inocente no tiene por qué morir por todo el pueblo*» —, los que creían en la divinización del hombre, eran en su mayoría ateos. Pero inconscientemente profesaban la verdadera religión, que

enseña que lo sagrado está en el hombre desde que Dios se hizo hombre.

Yo creo que podríamos decir a muchos marxistas de nuestro tiempo: «No se trata de una sociedad futura lo que según vosotros es el objeto de vuestra entrega (inútil), se trata de los valores de generosidad, de verdad, de justicia y de fraternidad que vosotros afirmáis al sacrificaros. La verdad es que si esta sociedad dejase de respetar esos valores y de vivir conforme a ellos, dejaría de interesaros: defenderíais contra ella al individuo que ella no hace sino maltratar, explotar y preferiríais que esa sociedad pereciese antes de que triunfase injustamente.»

El respeto que nosotros tenemos al hombre, nuestra necesidad de recuperar a todos los hombres en la bienaventuranza final, la certeza que tenemos de que si se ama o si se salva solamente un hombre (o si se le pierde), esto tiene consecuencias eternas, todo ello está basado no en conjeturas lejanas e imposibles de verificar, sino en un hecho histórico y demostrable: la resurrección de Cristo.

Jesús es el hombre en el que la historia ha alcanzado ya su término y que nos brinda la posibilidad de asociarnos a la glorificación de su humanidad.

Este hecho histórico tiene para nosotros unas consecuencias, una prolongación visible: la santidad. Los santos nos muestran un ejemplo de cómo un hombre participa ya de la resurrección de Cristo.

Más sencillo todavía. Todos los que hemos vivido un poco de la fe, hemos conocido ya una muerte y una resurrección. Si habéis hecho una verdadera confesión, si habéis celebrado una verdadera misa, si habéis rezado alguna vez despacio y sinceramente, si habéis vivido en un ambiente verdaderamente cristiano, en medio de un

grupo de adultos que rezaban y trabajaban unidos, habéis hecho ya esta experiencia. Uno entonces se encuentra renovado, rehecho, lavado y regenerado; uno llega entonces a conocer algo tan bueno, tan verdadero, tan grande, y que sabe que va a durar para siempre... Uno no piensa entonces en el porvenir, en la vida futura... Saborea un bien de tal categoría, que con gusto sacrifica por él su vida, dándose cuenta de que de esta manera se incorpora, desapareciendo su propia miseria, a la verdad, a la densidad, a la eternidad de aquel valor que afirma con su propia muerte...

Nosotros creemos que la verdad es Alguien, que el amor es Alguien y que todos los que creen en Él y le aman, participan de su Vida y de su eternidad.

RESPUESTAS

Después de las últimas charlas me habéis formulado un montón de preguntas. Voy a intentar dedicar esta conferencia a responder algunas de ellas.

Ante todo, una palabra sobre los célibes que no acaban de entender el elogio que hice de la paternidad y que no acaban de digerir la traducción un poco libre que hice del prefacio de la Santísima Trinidad: «¡Qué suerte que Dios no sea un terrible celibatario!» *«In unius singularitate personae!»*

El celibato y la virginidad son ante todo y sobre todo una pobreza: la pobreza de aquel o de aquella que no tiene ni siquiera un marido, una esposa, un hijo para sí.

Con esta pobreza, aceptada y reconocida como Dios manda, puede hacer el Señor grandes cosas. Los verdaderos nacimientos son los de los hijos de Dios, la verdadera fecundidad es la espiritual. En el Antiguo Testamento, cuando tenía que nacer un niño importante, nacía casi siempre de una mujer estéril. Y en el Nuevo Testamento, nació de una virgen. Una paternidad puramente física es lo más triste y criminal que hay en el mundo. Y desgraciadamente hay muchos huérfanos, sobre todo espirituales, en el mundo; niños — ¡y hombres! — que han nacido a la vida del cuerpo, pero a quienes nadie ha dado la luz de la confianza, del afecto, del gozo, de la fe; ¡ahí tienen nuestros célibes la posibilidad de ejercer su capacidad paternal o maternal!

El verdadero problema de los celibatarios me parece que es el siguiente: ¿en qué condiciones un célibe puede llegar a ser adulto?, ¿qué es lo que tendrá que hacer para no «quedarse» convertido para siempre en un viejo «mozo» o en una vieja «señorita»?

El verdadero peligro del celibato no es la frustración sexual (hay muchas personas felices y equilibradas entre los célibes); tampoco lo es el vacío afectivo. (Recuerdo que una soltera descontenta me dijo en cierta ocasión: «¡Ah! ¡Tener alguien con quien hablar y conversar!» «Pues ésa es precisamente — le contesté — la queja de todas las mujeres casadas; al día siguiente de su boda se sienten viudas; su marido, después de haber hecho un gran esfuerzo por conquistarlas, siente necesidad de descansar luego para toda su vida.») El verdadero peligro del celibato es el de que una persona siga siendo infantil, caprichosa, egoísta, descontenta: Un mozo o una moza vieja es ante todo un niño viejo; no han acabado de madurar, porque nunca han sabido comprometerse en la vida.

¿Qué es un adulto?

Más que una definición, os voy a proponer un test: ¿Qué es lo que preferís: Amar a alguien que no os ame o ser amado de alguien a quien vosotros no amáis?

Cuando se empiezan a oler las cosas, la gente se pone de mal humor y protesta: «Ese tipo es un fresco. Yo quiero amar a uno que me ame.»

Eso sería demasiado bonito. Pero nunca se consigue. Ni siquiera en el matrimonio más unido que os podáis imaginar, están siempre las cosas en la misma tesitura. Siempre hay uno, por lo menos en determinados momentos, que tiene la impresión de amar más que el otro, o incluso de ser el único que ama. A veces son los dos, cada uno por su lado, los que así piensan. Dicen además que el mayor sacrificio de una mujer es llegar a aceptar

que su marido le ame de manera diferente a como ella lo ama.

La verdadera elección es la que yo os propongo. ¿Cuándo vais a ser más felices: cuando seáis amados, acariciados, mimados o cuando seáis capaces de amar y de sacrificaros por otro?

Duhamel, en un de sus «Pasquier», describe a una familia reunida en torno a Cecilia, la artista, la inspirada, tocando el piano. Apenas comienza ella a tocar, cada uno vuelve automáticamente a sus sueños favoritos, se aísla en sus pensamientos y se inmerge en sus problemas personales. El padre piensa en las mujeres, la madre en sus hijos y en sus preocupaciones domésticas, la otra en el bebé que está esperando... Pero Justino piensa en Cecilia, en su amor por ella, tan doloroso, tan desesperado. Cree que ella no lo ama, que no lo amará nunca a él, un judío oscuro, feo, extranjero, y el pobre Justino sufre y se atormenta.

Pero Cecilia es una gran artista. Y poco a poco, al compás de su música, los sueños empiezan a evolucionar, a elevarse, a dejar esta tierra; hay algo luminoso e inspirado que los transforma, y Justino piensa: ¡Qué gozo y qué suerte la mía al poder conocer y amar a Cecilia! ¡Yo soy el que tengo más suerte y ella la que sale peor parada: ella no ama, no conoce esta dicha! ¡Yo la amo! ¡Yo tengo algo que darle: mi ternura, mi felicidad, mi cariño! ¡Yo puedo enseñarle a ser tan feliz como yo!

En un instante, bajo la influencia del arte, ha pasado de la infancia a la madurez.

Porque la infancia es el período egoísta y caprichoso por excelencia. El niño se cree el centro del universo. Exige, chupa, traga, rechaza lo que no le gusta y estalla de rabia cuando le niegan alguna cosa. Todo el mundo a su servicio. No sabe más que recibir, exigir, ser amado, tomar.

El adulto es aquel que sabe amar, que sabe entregarse, dedicarse a los demás y ser lo bastante feliz para no reclamar nada en cambio.

La psicología moderna, de la que tan mal se ha hablado, tiene sin embargo una visión profundamente cristiana cuando afirma que toda la evolución del hombre consiste en pasar del egoísmo infantil a la generosidad adulta, de la necesidad de ser amado a la capacidad de amar.

¿Cuál es vuestra respuesta a mi test? ¿Y cuál es, sobre todo, vuestra actitud vital?

Adulto es aquel que tiene la iniciativa en el amor, que no espera ser amado para empezar a amar, que ama a un ser que no le ama, y que hace todo esto con tanta paciencia y fidelidad que termina despertando en el otro la necesidad de corresponder a su amor.

Eso es ser padre y madre: despertar y engendrar en los seres el amor.

«Si amáis a los que os aman y saludáis a los que os saludan, obráis como los publicanos y los paganos. Vosotros tenéis que ser como el Padre...»

Y esto es lo que puede faltar a un célibe: un compromiso tan absorbente, una dedicación tan total que no tenga más remedio que dejar por completo sus caprichos, renunciar a su visión miope de la vida que solamente le permite ver sus problemas y su mala suerte, abandonar su situación de «amateur» en el deporte de su existencia. Un célibe debe encontrar un trabajo humano, una ocupación que llene su espíritu y su corazón, algo que yo me atrevería a decir que fuese tan absorbente como una mujer y unos hijos, que robusteciese su carácter, que le hiciese sufrir, en una palabra, que le obligase a poner todo el amor y el entusiasmo de que es capaz su corazón.

Y entonces llegará a ser una mujer o un hombre de verdad.

El matrimonio madura a las personas porque es un compromiso incondicional, irreversible, indisoluble. Hay que dedicarse por completo a mantener ese compromiso.

Y ese es el único seguro de madurez y de felicidad.

La única garantía con que Dios quiso asegurar nuestro amor al crearnos fue una especie de matrimonio (la nueva y eterna Alianza): Yo los amaré hasta tal punto y sufriré por ellos con tanta paciencia y les perdonaré tantas veces que no tendrán más remedio que comprender que Yo les amo.

Pues bien. Cuando os caséis, es inútil que vayáis a las ventanillas de seguros para que os garanticen que vuestra mujer será siempre tierna, paciente, amorosa, o vuestro marido afable, cariñoso o comprensivo; no: no habrá más que una garantía de felicidad y ésta, afortunadamente, está en vuestras manos: «Yo la querré tanto, trabajaré por ella, por él, con tanto tesón, sufriré con tanta paciencia y le perdonaré tantas veces, que estoy seguro de que en ella, o en él, revivirá algún día todo el amor con que he rodeado su existencia.»

Y para los hijos, lo mismo.

Ese es el peligro de un célibe: que al no comprometerse ni por el matrimonio ni por los votos religiosos, corre el peligro de no llegar a conocerse.

¡Pero cuántos célibes hay también entre la gente casada!

* * *

Algunos hubieran querido que me hubiese extendido algo más al hablar del marxismo. Después de mis charlas alguien os hablará sobre este tema más despacio y con mayor competencia.

Ahora no haré más que recordaros aquella frase de Camus: «El porvenir es la única trascendencia para los hombres que no creen en Dios.» Ese es el punto crucial: ¿será la humanidad el medio de que dispongan los hombres mortales para trascender sobre sí mismos?, ¿pero es que la humanidad tiene un porvenir?, ¿es que no es también ella misma mortal como cada uno de sus individuos?, ¿y qué significa para mí un «porvenir» en el que no estaré jamás presente?

El porvenir, la «vida futura» es una mentira. Durante mucho tiempo se le acusó al cristianismo de ser el opio del pueblo por intentar calmar las penas de hoy con los consuelos del mañana. Pero el marxismo no ha hecho más que tropezar en esta misma ilusión; no solamente intenta convencer a millones de contemporáneos nuestros para que acepten una existencia espantosa a fin de preparar un mañana mejor, sino que además ese mañana mejor no será para ellos, sino para otras personas.

El marxista nos habla como aquellos que nos decían antes de comenzar el combate: «Morir sobre los campos de batalla, los trigales serán luego más hermosos.» «Sacrificaos por las generaciones futuras, sed el estiércol de esa hipotética cosecha.»

Daos cuenta de que nosotros, los cristianos, no creemos en una vida futura. Creemos en una vida eterna, que es algo diferente. Porque si es eterna, es que ha comenzado ya. Felices los pobres, desde ahora y para siempre: porque están ya ahora libres y son filiales y fraternales; son ellos los que tienen el sentido de la vida, el sentido de la historia, han comenzado ya a ser bienaventurados.

Decía Saint-Exupéry: «Todos nosotros obramos como si hubiera algo que valiese más que la vida humana; pero, ¿qué es eso?» Todos sienten la necesidad de sacri-

ficarse por algo más grande. Pero, ¿quién sabe justificar esa necesidad de sacrificio?

También Camus, en *La peste*, afirmaba: «Es absurdo renunciar a la propia felicidad (quedarse entre los apesadados, pudiendo marchar a abrazar a la mujer que lo está esperando lejos) y sentirse al mismo tiempo incapaz de ser feliz uno solo.»

La nobleza de Camus está precisamente en esa necesidad de solidaridad, de fraternidad, que le impulsa a sacrificar por los otros su dicha individual. Pero, ¿por qué?

Si la vida humana se acaba con la muerte, será entonces la vida el valor supremo del hombre, ya que todos los demás valores desaparecen con ella. El único medio de cultivar los demás valores será conservar la vida. Y, a pesar de ello, el hombre no es hombre más que cuando ha encontrado algo por lo que valga la pena sacrificar su vida.

Jean Rostand escribe: «Átomo ridículo perdido en el cosmos inerte e infinito, el hombre sabe que su febril actividad no es más que un pequeño fenómeno local, sin significado ni finalidad alguna. Sabe que sus valores no sirven más que para él y que, bajo el punto de vista sideral, la caída de un imperio o la ruina de un ideal no son otra cosa sino el hundimiento de un hormiguero bajo el pie de un caminante distraído. No obstante, el hombre, replegado cruelmente sobre sí mismo, se consagrará mezquinamente, egoístamente, a la realización de sus ridículos proyectos, o fingirá que les concede la misma seriedad que si se tratase de un destino eterno.»

Y ese «fingir que les concede la misma seriedad» es todo lo que Rostand puede proponer como ideal de vida y expresión lógica para justificar esa necesidad de consagrarse a algo superior a sí mismo que anima la vida de

cada uno de los hombres, que es lo único que la hace posible, pero que somos nosotros, los cristianos, los únicos en justificar.

* * *

«Usted predica contra el individualismo — me objetan algunos —, pero el peligro del mundo de hoy ¿no es más bien la colectivización?»

Sí. Pero estos dos peligros son simultáneos: se ayudan y refuerzan mutuamente. El Estado opresivo y omnipotente está compuesto de individuos aislados. Con personas unidas y responsables es posible crear una sociedad abierta.

Yo distingo tres estadios de vida social. Antes, el individuo estaba encuadrado, metido dentro de una vida social activa: vivía en una aldea o en ciudades pequeñas. Todos se conocían y frecuentemente se ayudaban entre sí. Existían entre ellos auténticas relaciones humanas.

Hoy el individuo queda anulado e ignorado dentro de la masa. Nunca es tan grande la soledad como en medio de la multitud. El hombre está situado en medio de unas estructuras tan vastas y poderosas, tan completamente anónimas, que no puede menos de sentirse impotente y asustado.

La reacción habitual, característica de nuestra época, es ésta: desinteresarse de la colectividad, refugiarse cada uno en su habitación o en su piso, replegarse sobre la propia familia, donde uno puede sentirse alguien, donde puede contar para algo y ocuparse en su pequeño bienestar familiar. En los medios populares, actualmente, se vive más la vida familiar: se ocupan más de los hijos, se construyen su propia casa, hacen horas extraordinarias para adquirir la televisión, la máquina de lavar, pero no se participa en la vida sindical.

Nosotros tenemos que crear una nueva civilización personal: restablecer, volver a crear relaciones personales entre los hombres; no dejarnos guiar ciegamente ni dejarnos aplastar por estructuras anónimas, administrativas. Reaccionar, asociarnos para protestar, controlar y humanizar su funcionamiento. No contentarnos con dejar hacer, sino unirnos para asumir la responsabilidad de todo lo que los demás sufren. Juzgar, informarnos, reflexionar, formar cuadros, asociaciones, ligas, reaccionar contra ese sentido de impotencia que paraliza a nuestros contemporáneos y demostrar en todas partes que unos cuantos hombres y mujeres decididos pueden intimidar y transformar a veces esas maquinarias sociales que parecían inexorables y todopoderosas.

Eso es lo que vosotros tendréis que hacer cada uno desde vuestro puesto: restaurar una sociedad humana partiendo de esa masa de individuos irresponsables e impotentes.

La verdadera ascética de hoy, digámoslo de pasada, no es ni el ayuno ni la abstinencia (hoy más bien, lo que se necesita es dormir bastante, alimentarse con calma, gozar de distracciones que no resulten más fatigosas que el trabajo mismo); la verdadera ascética de hoy consiste en tomar parte en los innumerables comités (con tal que sean activos) y asistir a cuatro o cinco reuniones distintas por semana. Porque la necesidad de información, de reflexión y de acción social que padece nuestra época es tan grande que es imposible saciarla sin una colaboración, sin una ayuda mutua, activa y constante. Será entonces cuando el individuo llegará a ser social, y la sociedad, humana.

Algunos insisten: ¡hasta en liturgia estamos ya socializados de sobra! Nuestras iglesias son el último refugio

de la soledad y del silencio; pero vosotros queréis transformarlas en mitines comunitarios.

Les contestaré: Una verdadera liturgia comunitaria educa y provoca la oración personal. Yo tengo necesidad de los demás para ser yo mismo. Y esto ocurre en todos los terrenos: un artista, un filósofo, un escritor, un santo, son los que nos introducen dentro de nosotros mismos y nos obligan a encontrarnos.

La lectura, por ejemplo: los mejores momentos del libro son aquellos en que paro de leer para poder seguir mis propias ideas, o aquellos otros en los que, mientras leo, voy tejiendo mis propias ideas bajo el impulso que me ha dado el genio del escritor.

Evidentemente, si leo el libro de un tirón, pasando aprisa las hojas para conocer el final, como en una novela policíaca, no podré encontrarme a mí mismo: la lectura me ha absorbido sacándome de mí mismo, distrayéndome. Pero si no tomáis nunca un libro entre las manos, tampoco podréis nunca veros libres de la ciénaga de vuestro ensimismamiento solitario.

Lo mismo pasa en la liturgia: si un comentador imbécil no hace más que charlar desde el principio hasta el fin de la misa, los oyentes tendrán más ganas de respirar que de orar. Pero si asistís a una misa bien celebrada, en la que el comentador ha sabido restituir la verdad a cada gesto, a cada palabra, podréis elevaros a un nivel de oración que probablemente os hubiera sido difícil alcanzar solos.

* * *

«¿Cómo es que ha asegurado usted que Dios es pobre?»

¿Qué es un pobre? El que reparte, el que acoge, el que se solidariza con los demás. ¿Y no es eso lo que

Dios ha hecho? ¿No se ha solidarizado con nosotros? ¿No nos ha acogido en la intimidad de su Trinidad? El Padre es aquel que lo da todo, hasta el punto de no encontrar su complacencia más que en otro. Cuando se manifiesta, en las Teofanías del Nuevo Testamento, es para hablar de otro, para orientarnos hacia otro, no hacia Él mismo: «Ése es mi Hijo muy amado, escuchadle.»

El Hijo es aquel que lo ha recibido todo, que no tiene nada suyo, que no sabe hacer nada por sí mismo, sino lo que ha visto hacer al Padre. Quién lo ve a Él, ve al Padre. La pobreza de Cristo en la cueva de Belén o en la cruz del Calvario es una revelación, una expresión de la realidad profunda y eterna de un ser: su única riqueza es el amor del Padre. ¡También Él, como nosotros pobres, vive de la caridad!

El Espíritu Santo no habla nunca por sí mismo: recibe todo de Cristo y nos lo anuncia. Él da testimonio de otro.

También la humildad es una virtud teologal. Dios es humilde, y no solamente en el sentido vulgar y lógico de que la humildad es la verdad y de que Dios se conoce tal como es.

En su sentido más profundo, la humildad es una consecuencia del amor: no darse importancia a sí mismo; hasta tal punto se ama y se admira a otro. No complacerse en sí mismo, no preocuparse de su gloria.

La humildad no consiste en tener ante los ojos un balance, por muy exacto que sea, de los propios defectos y buenas cualidades. Consiste en poner en otro todas las complacencias, hasta el punto de no pensar ya en sí mismo.

Nunca me canso de decir que la primera desilusión de un enamorado es la de darse cuenta de que la per-

sona amada se interesaba también por él, había podido enamorarse de una persona como él.

La humildad es necesaria, no solamente para darnos a conocer al hombre, sino incluso para darnos a conocer a Dios. La humildad y la pobreza saben a Dios, tienen el gusto de Dios, porque no son sino un nombre más del amor.

* * *

«Usted dice que Dios es pobre. Y sin embargo en la misa decimos que creemos en Dios Padre omnipotente.»

Cada uno se manifiesta a sí mismo en su manera de comprender esta omnipotencia de Dios. Algunos se imaginan a Dios como un domador, que se acerca sonriendo a nosotros para domesticarnos, y en el caso de que sus sonrisas no le resulten, echa mano de un látigo que tiene escondido a su espalda: el látigo de su omnipotencia en reserva.

No, la omnipotencia de Dios es una omnipotencia de Padre, una omnipotencia paternal.

¡Cuánta gente hay que adora a un ídolo! Proyectan sus deseos sobre Dios y exclaman: «¡Ah, si yo fuera omnipotente!» Pues bien, ¿qué harías tú si fueras omnipotente?, ¿te atreverás a decirlo? ¿Y es eso lo que tú te imaginas de Dios?

Dios todopoderoso ha puesto toda su felicidad en el amor, todo su poder en amar a otros seres y darles vida. Dios tiene un poder creador de tal categoría y un amor tan grande que nos hace nacer y resucitar continuamente. Por muy viejos y duros que seamos, es capaz de hacer de nosotros un niño. Esa fue la primera afirmación que Cristo hizo ante el viejo y prudente Nicodemo.

El ateo de verdad no es aquel que dice que Dios no existe. En ese caso podríamos preguntarnos si hay verdaderamente ateos y cuál podría ser el contenido mental y la importancia lógica de tal afirmación. Pero el ateo que de verdad existe — incluso aquí podríamos encontrar algunos ejemplares — es aquel que dice que Dios no le podrá hacer cambiar, que ya es tarde, que ya ha intentado hacerlo otras veces, que ya es demasiado viejo (y se dice esto desde los 15 años a los 60). Ese es el que niega al Padre omnipotente la omnipotencia paternal de Dios.

Cuando llamamos Padre a Dios, no es a título honorífico; es el reconocimiento de una función, de un poder: Él puede engendrar hijos e hijas; Él nos ama de manera que puede resucitar en nosotros un hijo suyo.

Una manera sutil de negarlo sería el pensar: «existen los otros»; Dios es Padre porque tiene otros hijos distintos de mí, otros hijos buenos, sensatos, fieles. Pero esto supondría que Dios, para tener hijos, tendría que buscar en la gente buenas disposiciones, buenos elementos, buena materia prima. ¡Y entonces dejaríamos de creer en su omnipotencia paternal! ¡La reduciríamos a su posibilidad de conocer valores adquiridos, de transformar algo ya preexistente!

Pero no es así. Es con la nada (esa es vuestra señal característica y vuestro sello: no sois nada), es con esa nada vuestra con lo que Dios quiere mostrarse Padre. Ser Padre es sacar de la nada, ser el primero en amar, amar antes de que uno sea digno de ser amado.

Si Dios es de verdad una omnipotencia paternal, es porque necesita serlo para manifestarse como Dios y como Padre. ¡Nada de hijos prefabricados y más o menos bien conservados! ¡No haría entonces más que adoptarlos cuando ya eran adultos! ¡Sería una pena!

No. Él los quiere pequeños, miserables. Los quiere tontos, endebles, medio muertos. Los quiere como vosotros. ¡Y será entonces cuando podrá demostrar que es omnipotente!

* * *

Insisten algunos: *«¿Dónde queda la trascendencia de Dios? Usted no habla más que de su inmanencia.»*

Para mí, la trascendencia de Dios es lo mismo que su inmanencia. Sólo Dios puede amarnos y entregarse a nosotros de la manera como lo hace.

Sólo Dios es comunicable. Un ser finito no puede entregarse del todo a otro sin perderse o perder al otro. Sólo Dios no forma serie con nosotros: Él está más dentro de nosotros que nosotros mismos: Él es infinitamente «Persona», mientras que nosotros, aunque seamos personas indefinidamente, no podemos ser infinitamente comunicables.

Dios hubiera podido manifestarse como trascendente por su poder, sus truenos, sus relámpagos, o por su inteligencia o por su independencia. Pero ha preferido hacerlo por aquello que lo constituye íntimamente: su Amor, su manera de amar, esto es, su encarnación, su inmanencia.

Él es Dios, Él es Amor, porque nos lo ofrece todo, porque reparte con nosotros todo lo que es, porque nos invita a ser Dios, a amar como Él, a ser perfectos como Él.

Os ha chocado esta condescendencia de Dios, ¿creéis que no es posible tomar esta proposición literalmente?, ¿que Dios no ha podido olvidar hasta ese extremo su categoría?

Pero pensad un poco: aquello en lo que Dios nos aventaja no puede ser más que aquello que constituye íntimamente su esencia: su amor.

¿Creéis que vuestro deber es apartaros con cuidado de Dios para que pueda Él conservar su espléndido aislamiento?

¡Pero si es entonces cuando perdéis precisamente la ocasión de experimentar cómo Él es trascendente a vosotros! ¡Intentad amar como Él! ¡Dejaros llevar por su inmanencia lo más lejos posible! Y será entonces cuando mejor podréis conocer su trascendencia.

¿Quién será capaz de amar como Él?

Él, sin duda, os comunicará su amor, pero entonces os daréis cuenta de que es Él el que ama en vosotros, de que es Él el que realiza cosas maravillosas con la pobreza de sus siervos.

Dios es Dios porque es amor. Nunca es más Dios que cuando nos ama y se entrega a nosotros. No conocemos a Dios más que por medio de Jesucristo. No podemos comprender la trascendencia más que a través de la encarnación.

Leed el Evangelio: ¡el trascendente es uno que nos lava los pies! Y si esto os escandaliza y buscáis otra cosa, temed la amenaza con que conminó a san Pedro cuando se rebeló, como vosotros, y le aconsejó que se cuidara un poco más de su rango y dignidad.

Dios clavó todo su poder en la cruz, para que no veamos en Él más que amor. Cuando se os dice que Dios os ama, parece como si se os repitiera una cosa archisabida que nada os dice. Traducidlo esto de una manera viva: Dios os ha dado poder sobre Él. Eso es precisamente amar a uno: darle poder sobre vosotros. Cuando alguien os ama, vosotros tenéis poder sobre él, poder para alegrarlo y hacerlo feliz, pero también poder para hacerle sufrir. ¡Y nos gusta usar frecuentemente de este poder!

El Evangelio, la Pasión, ha sido la revelación del poder que Dios nos había dado sobre Él. Hemos podido hacer con Él todo lo que hemos querido, todo lo que se puede hacer con un ser que se ha puesto en nuestras manos.

Dios es débil ante nosotros. Cuando Jacob terminó de luchar con el ángel, Dios le impuso un nuevo nombre profético: «Israel», que quiere decir: «Fuerte contra Dios.» Nosotros somos el verdadero Israel. Nosotros somos fuertes contra Dios.

En uno de esos platos de cerámica de Normandía, leí una vez una leyenda cínica y cruel: «El más fuerte es siempre el que ama menos.» En una familia hay siempre uno que ama menos que el otro: ¡es el más fuerte, conserva sus nervios, controla la situación, manda!, ¡ése es el más fuerte! Dios, ante nosotros, será siempre el más débil: ¡porque nos ama!, ¡porque ha anulado su poder!

Decía Tyrrel: «El hombre que se vuelve contra Dios es como el pájaro que, en medio de la tempestad, se lanza contra el acantilado. Pero Dios, en su compasión, se ha hecho carne para que no fuésemos nosotros, sino Él, el que soportase la violencia del choque.»

Pero todo ese poder que ordinariamente utilizamos para reducirlo al silencio, para escarnecerlo y ultrajarlo, podemos utilizarlo también para honrarlo y alegrarlo. «Yo honro a mi Padre — decía Jesús —, pero vosotros me deshonráis a mí.»

El único motivo eficaz para ir a rezar a la capilla, la única razón verdadera para acercarnos al confesionario, no es la de que esto os guste (¡pocas veces íbamos entonces!), sino la de que le gusta a Él, la de que así vosotros estáis seguros de agradecerle y mover su corazón.

¡Esa es la manera como Dios nos ama y hasta donde nos invita a alcanzarle! ¡Intentadlo! ¡Y ved si acaso de este modo Él ha dejado de ser trascendente!

* * *

También me han preguntado: *¿cómo es posible amar a los «intragables»?*

¿Sabéis qué era el docetismo? Una herejía muy extendida — y no solamente en los comienzos de la Iglesia — que afirmaba que el Verbo no hizo más que tomar las apariencias de hombre, sin encarnarse de verdad.

Me parece a mí que esta herejía todavía subsiste. Hay cristianos que creen que Cristo ha tomado un cuerpo humano, pero no un alma humana. Pero también hay otros — incluso teólogos y exegetas — que creen que Cristo es Dios de tal manera que no puede ser verdadero hombre.

Para ellos, como decía con gracia un amigo mío, Cristo es uno que simula correr en bicicleta para animar a los ciclistas, pero que corre con ciclomotor; por eso, finge que le da a los pedales, resuella de vez en cuando para que lo crean cansado, se seca el sudor... para que los demás respiren..., pero va cómodamente aprovechándose del motor. ¡Pone cara de hombre, pero por dentro es nada menos que Dios omnipotente!

Bossuet escribía: «Jesús crecía en edad, en sabiduría y en gracia. O sea, Jesús poseía todas las perfecciones desde el principio, pero las dejaba aparecer poco a poco, para seguir pareciendo niño.»

¡Y en cuántos autores se puede leer que Jesús oraba, no porque tuviese necesidad de ello, sino «para darnos buen ejemplo»!

Pues bien. También hay un docetismo del amor al prójimo: «Amad al prójimo como si fuera Dios.» Y también Dios tendrá sus cuentas ficticias: os premiará como si hubiese sido Él el socorrido. Puesto que Dios ha fingido encarnarse en Jesucristo, podrá también fingir que ha sido Él a quien hemos ayudado en cada uno de nuestros hermanos.

Pero Cristo no ha dicho: «Lo que hagáis por el más pequeño de los míos es como si me lo hicierais a mí.» Lo que Él dijo, fue: «*Me lo hacéis a mí.*» Lo mismo que cuando dijo «*Esto es mi Cuerpo*»; y no: «Haced como si fuese mi cuerpo.»

Dios se ha encarnado ¡con toda lealtad!

Pero, ¿cómo puedo yo amar a un hombre igual que a Dios? Por la misma razón por la que tú hubieras amado al hombre-Dios: ¡creyendo en Él! Para amar a alguien con un amor teologal, es preciso creer en él, creer en una presencia de Dios en cada hombre. Sin fe, la caridad duda y se echa para atrás.

Amar a un ser es creer, es esperar en él para siempre. Dejaréis de amar a un ser desde el momento en que queráis conocerlo. Si una mujer cree conocer a su marido, y sobre todo si un marido cree conocer a su mujer, entonces, a partir del momento en que no esperan nada uno de otro, ni creen que podrá surgir nada nuevo entre ellos, nada mejor, imprevisible, un ser espiritual que necesitará toda una eternidad para que le podamos mostrar todo lo que llevamos en el corazón, desde ese mismo momento ellos han dejado de amarse.

A los 16 ó 17 años los padres dejan de amar a sus hijos: creen que los conocen ya.

«Ahora ya te conozco, ya sé lo que tú vales, no olvidaré ya nunca lo que tú me has dicho.» Y desde

aquel momento han dejado de amarlos, porque ya no les dan crédito.

Desde el momento en que los padres empiezan a juzgar a sus hijos, éstos se ven obligados a volverse hacia algún otro: hacia un amigo, un maestro, una muchacha, cualquiera que crea en ellos y que les permita crecer. Cuando pretendéis conocer a un ser, lo asesináis. Acordaos de cómo la familia le ahoga a uno cuando, después de haberse mostrado fuera de casa generoso, alegre y entusiasta, vuelve a ella con ganas de amar a los suyos un poco más que antes; todos los demás, hermanos, hermanas, parientes, no hacen más que murmurar: «Ya veréis como esto no dura muchos días; ahora claro, ¡como acaba de venir de ejercicios...!» Es que os conocen, y al conoceros os matan, no confían en vosotros. Y vosotros no sabéis crecer más que cuando alguien confía en vuestras fuerzas. Porque uno no sonríe más que cuando se siente amado. Una mujer no deja de ser joven mientras que su marido la ama. Acordaos de la epístola a los Efesios: «*Cristo ha amado tanto a su Iglesia, que la ha querido sin arruga, ni mancha, sino pura e inmaculada en su presencia*»: Él la ama de modo que la rejuvenece sin cesar. Y el Concilio, por eso mismo, ¡no es más que una operación de cirugía estética! ¿Se trata de rejuvenecer el rostro de la Iglesia! Sin arruga ni mancha: ¡habrá que trabajar bastante para conseguirlo! ¡Vamos a ver si los obispos aman tanto a la Iglesia que logran rejuvenecerla!

Juzgar a un ser es matarlo. Por eso dice el Evangelio: «*No juzguéis.*» Esto es, no identificuéis a nadie con lo que vosotros sabéis de él. Creed en él. Es verdad que es necesario juzgar, conocer a la gente, tener los ojos abiertos: no creáis que para amar a uno, es necesario dejar de ver sus defectos; si así fuera, vosotros no

amaráis a los hombres, sino que amaráis vuestra propia caridad, amaráis vuestro amor. Hay que ver los defectos: la caridad no es una ceguera, sino una iluminación superior. Hay que verlos claramente: tal como son, pero también tal como yo los creo, tal como sé que son por mi fe; esto es, respetar en cada uno a ese Dios que está presente y que está esperando que nos demos cuenta de su presencia, para crecer en nosotros. Para amar a una persona, tengo que creer en ella, tengo que creer que es capaz de cambiar.

¿Creéis en Dios omnipotente, en un amor del que vosotros participáis y que es capaz de despertar al prójimo, de hacerle cambiar, de despertarle a la verdadera vida? ¿Creéis en ese amor? Entonces esa es la señal de que tenéis fe, esa fe que nos enseña que Dios se comunica a cada ser.

Y de este modo, quedan muy lejos aquellos argumentos habituales: «Dios nos manda amar a los demás, se trata de una orden que tengo que cumplir.» ¡Algo extrínseco, algo arbitrario! O aquel otro razonamiento matemático: «Los amigos de mis amigos son mis amigos, Dios es mi amigo y ama a los demás, los demás son amigos de mi amigo...»

Todas esas razones son dolorosamente extrínsecas. Si yo amo a los demás porque me lo mandan, ¿dónde está mi amor?

Recuerdo haber visto un cartel en una iglesia de Bélgica: «Id a misa los domingos por deber, y los viernes por amor.» A los demás yo los amo porque me lo mandan, a Dios por amor. Si los amo por amor a Dios, ¿les amo de verdad a ellos? Si los amo por virtud, ¿es que amo a mi virtud o es que los amo a ellos? ¡Cuidado con hacer de los demás la ocasión o el trampolín de vuestros méritos!

Cuando yo digo que Dios ama a los otros, quiero decir que se comunica a ellos. Eso es lo que significa la encarnación, la redención, la resurrección.

Durwell, el teólogo del cuerpo místico, afirma: «Cristo ha resucitado en su cuerpo místico.» Ha tomado carne en cada uno de nosotros. Sigue siendo un individuo, una persona. Pero es una persona extensiva a todas las demás. La omnipotencia de su amor es tan grande que lo ha podido extender a todos cuantos Él ama. Él vive en cada ser. Él ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Muchos cristianos quedan hipnotizados ante las tentaciones del diablo. Todas las noches, los frailes cantan en el coro: «*Sobrii estote et vigilate, quia adversarius vester diabolus, sicut leo rugiens, circuit quaerens quem devoret.*»

Pero Dios tienta mucho más que el demonio, tanto más cuanto que Dios es más bueno que malo el demonio. Creemos en la actividad del diablo en los justos... Se dice que los santos se ven continuamente asechados por el demonio. Pero decidme: ¿es que solamente los malos se ven tentados por Dios? ¿No lo sentís también vosotros?...

Muchos se resisten a creer en la presencia del Señor en el pecador, pero la verdad es que allí, en el pecador, es donde está Dios sobre todo. Desde la creación del mundo, Dios no trabaja más que allí, dentro de su alma. Dios se agarra al pecador con todas sus fuerzas. Me acuerdo ahora de una buena monjita: era en la cárcel; ella se encargaba de anunciar la visita del capellán y de tomar nota de cuantos querían verlo. Uno de mis amigos incrédulos repuso con calma: «Yo no quiero tratos con el capellán.» «Sí, ¿eh? —contestó la monja—; tenga

usted cuidado, que la gracia pasa y ya no vuelve a pasar.» No es verdad, la gracia vuelve a pasar...

Díos no se desanima nunca; un padre, una madre, no se desaniman jamás. Desde la encarnación, Cristo se ha solidarizado con todos los hombres. Los Padres griegos consideran que «por la encarnación de Cristo, algo ha cambiado en la naturaleza humana». En cada hombre hay una influencia real de Cristo, una llamada que cambia su destino, aunque él la rechace, un rincón de su ser en el que la redención es virtual, desde donde el amor de Dios le urge con ganas de invadirlo por completo.

Nadie puede presumir de haber prestado a Dios un asentimiento total. Pero mucho menos de haberle opuesto una negativa total. ¡Nadie se le puede escapar a Dios por completo! Nadie hay tan listo, tan avisado, tan malvado que, reconociéndole, sea capaz de rehusar su presencia oculta en los diversos aspectos que toma para presentarse a nosotros. Podréis decirle que no, bajo el aspecto de un cura; decirle que no, bajo el aspecto de la Iglesia, bajo el aspecto de la moral, de la política cristiana; es posible que no os guste Dios bajo ninguno de esos aspectos. Pero quizá amáis a los pobres, quizá os rebeláis contra la injusticia, quizá vuestra alma es sensible a la sonrisa de un niño, a la inocencia, a la pureza, quizá os extasiáis ante la naturaleza, quizá aprobáis la ternura, la piedad, la valentía. Pues entonces no tenéis más remedio que confesar que bajo todos esos aspectos habéis dicho que sí a Dios. Quizá no lo hayáis reconocido, pero no importa: ¡eran realidades de Dios!

Muchas veces decimos que estamos abiertos a Dios, pero sin embargo, lo resistimos con frecuencia. Nunca le decimos un *¡sí!* total, ni un *¡no!* total. Puede ser que algunas personas no estén en estado de gracia, pero, no obstante, todas están rodeadas de gracias, amenazadas de gracias, invadidas de gracias, empapadas de gracias, em-

papadas por ese paciente, humilde y maravilloso amor de Dios.

«*He aquí que yo estoy a la puerta y llamo* — nos dice el Apocalipsis —. *Si alguno me abre, yo entraré en él y cenaré a su lado.*» Yo le amaré tanto, sufriré por él con tanta paciencia, le perdonaré tantas veces, que acabará dándose cuenta de que le amo.

Claudel dice bellamente: «Ningún hermano nuestro podrá hacernos daño, si nosotros no queremos; dentro del avaro más egoísta, en el interior de la peor prostituta y del más indecente borrachín hay un alma inmortal santamente ocupada en respirar y que, ya que no puede de día, por lo menos de noche practica su adoración nocturna.»

En cada ser hay una zona, un jardín de inocencia y de integridad en el que Dios habla y donde uno no tiene más remedio que responder.

Newman, después de haber asistido a la agonía de algunos de sus amigos no creyentes, interpretaba su agonía diciendo que ellos se daban cuenta de que iban a perder, por primera vez y para siempre, una gracia de presencia, de ternura y de amor que era la que había dado a sus vidas toda su fecundidad, todo su calor interior, pero que ellos no habían querido nunca recibir. Durante toda su vida, ellos se habían visto empapados de esta presencia, de esta ternura discreta, de esta humilde urgencia, de la que ellos se habían aprovechado, sin querer jamás abrirse a ella.

El único medio de amar a los seres es amarles desde esta hondura. Dios vive y existe en cada ser. Está esperando que adivinen su presencia, para empezar a crecer. Pero esta profundidad no hace eco más que a la llamada de nuestra propia conciencia. Esta presencia de Dios en

los demás no se revela más que por medio de la fe viva con que nosotros lo llamamos.

Conrad, el célebre explorador de los mares del Sur, había conocido aventureros de toda calaña y resumía su experiencia diciendo: «En cada uno de ellos había una zona de inocencia, de frescura intacta, con la cual no era posible discutir a base de argumentos, ni comerciar por medio de monedas; sólo se podía ponerse en contacto con ella por medio de la propia inocencia y de la propia lealtad. Una vez realizado este contacto, sobraban los pactos, los testigos, las garantías. Podía uno estar seguro: contábamos con su amistad.»

Esa presencia de Dios en vosotros tiene que ser tan transparente que no podáis menos de daros cuenta de que Él vive en vosotros y los demás tendrán que veros desnudos, vulnerables, desarmados, para que puedan contemplar esa presencia que hace eco a la que ellos mismos encierran en sus almas. Eso es lo que hacen los santos en el mundo. Por donde ellos van, el mundo se siente amenazado. La cercanía de un santo es peligrosa. Las barreras de lujuria y de odio tras las que se han fortificado los pecadores caen y se deshacen ante cualquiera que los ame y que no les tenga miedo.

Decía Rilke: «Hay mucha más verdad de la que creemos en esas viejas leyendas de princesas transformadas en horribles dragones que necesitan a un caballero sin miedo y sin tacha que se les acerque sonriente, tranquilo, sereno, con ánimo para devolverles su verdadera forma de radiantes princesas.»

¡Cuántas cosas que nos parecen espantosas, horribles, insoportables y atroces no son en realidad más que pobres seres que nos piden les echemos una mano! Personas que se vuelven malas, agresivas, violentas, que os rechazan,

pero que en definitiva tienen miedo y no hacen más que desear verse libres de su manera de ser. Leed la vida de san Vicente de Paúl. Leed la vida de los santos. ¡Cuánto miedo les tenían y cómo, a pesar de ello, todos se sentían renovados con su presencia! El santo renueva en nosotros eso que llevamos dentro. Nos da confianza en nosotros mismos. Nos da a conocer hasta qué punto llega nuestra pobreza y, a la vez, cómo somos mejores de lo que creemos. Si amáis a los demás, despertaréis en ellos el amor. Pero es menester creer en ellos, no hay caridad sin fe. Esta fe no es necesario que sea explícita, basta con respetar ese algo sagrado que existe en todos los hombres: una presencia de Dios que responde siempre que le hablamos, siempre que sabemos respetarla.

El mundo lo salvan aquellos que lo miran con fe. La caridad no es una piadosa ceguera, sino una pasión y una lucidez superior. Ver al prójimo tal como es, es verlo con todos sus defectos, pero habitado por Dios. Tentado como vosotros, tentado por Dios. Dios morando en él con estrecheces, intentando abrirse camino hacia la vida.

La aventura cristiana consiste en ese deseo de dar a luz a Dios en el mundo. ¿Habéis acaso alumbrado vosotros a vuestro marido, a vuestra esposa, a vuestros hijos? ¡Cuántas veces os tocará todavía darles a luz, amarlos hasta conseguir que vuelvan a nacer! Tendréis que comenzar por creer en ellos, aunque muchas veces os parezcan malos: no serán más que pequeños monstruos desvalidos que, en medio de su aparente ferocidad, estarán deseando que los libertéis, suplicando que los consoléis por haber sido tan malos. Con vuestros hijos esto os parecerá fácil, ¿por qué no intentáis hacer lo mismo con los demás...? Los adultos son como niños: tienen necesidad de ser amados para empezar a ser buenos.

LA IGLESIA

Hemos centrado la religión en el Dios-hombre y hemos insistido continuamente en el carácter sagrado del hombre.

La naturaleza ha perdido su carácter sagrado: en contraste con las religiones paganas que divinizaban a la naturaleza, imponiendo a los hombres la obligación de respetarla y de someterse a ella, el cristianismo enseña que es el hombre el que tiene que dominar a la naturaleza. Para nosotros la ciencia y la técnica tienen un valor religioso, ya que no hacen más que cumplir el primer mandamiento de Dios. Dios es creador, Dios es un trabajador («*Mi Padre trabaja sin cesar y yo también trabajo*»), el hombre, hecho a semejanza de Dios, tiene que acabar de perfeccionar el mundo. ¡Si Dios pudo descansar el séptimo día, después de haber creado al hombre, fue porque ya había encontrado finalmente a alguien que se pudiese ocupar del resto!

Las prácticas religiosas — decíamos — han quedado desacralizadas. Nuestra religión es una religión de espíritu y de verdad. El sábado está hecho para el hombre, los sacramentos son para el hombre y no el hombre para los sacramentos. El pecado es la falta de amor.

Únicamente el hombre es algo irremplazable e inviolablemente sagrado. Nuestro respeto y nuestro amor a Dios serán juzgados por nuestro respeto y amor al hombre.

Lo hemos dicho por activa y por pasiva. Y me gustaría que no hubiese caído en saco roto.

Me acuerdo de aquel pasaje del Evangelio cuando le dijeron a nuestro Señor: *«Tu madre y tus hermanos están ahí fuera buscándote.»*

En vez de levantarse, Cristo miró a sus oyentes y les dijo: *«¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? En verdad os digo que cualquiera que cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre.»*

Me imagino que entonces todos los asistentes se esponjarían de gozo y se felicitarían diciendo: «¡Yo, hermano, hermana y madre del Mesías!»

Y María, despreciada al parecer, recogió estas palabras y las meditó en su corazón.

Y en el Calvario, sólo ella, la única que habría podido sentirse herida por estas palabras, la única en la que esta frase de Jesús había penetrado como una espada, sólo ella estaba allí.

¡Todos los demás, aquellos que se habían creído ensalzados, habían desaparecido!

Pues bien: cuando os digo que el hombre es la mejor residencia de Dios, la más bella manifestación de la gloria de Dios, me refiero al hombre que vive la vida divina. Y mi intención es que estas palabras os hieran, que os hagan volver un poco sobre vuestra propia vida para reprocharos a vosotros mismos esa falta de vitalidad con que disfrutáis de esa vida.

Si Dios quiere encarnarse en vosotros, ¿qué tiempo, qué lugar, qué atención le habéis prestado hasta ahora?

El gran medio por el cual se comunica Dios al hombre es la oración. El tiempo que dedicáis a rezar es el tiempo de la encarnación de Dios en vosotros.

No me gusta la palabra «contemplación». El cristianismo no es contemplación, es algo infinitamente superior: es participación. Dios no es el objeto de vuestros miradas o de vuestras investigaciones, es su causa, su motor. Más que un ser amado, Dios es un ser amante. Si rezáis es porque Dios os llama, porque su gracia trabaja en vosotros y ha conseguido ya en vuestras almas esa primera y sorprendente victoria: ¡os ha hecho rezar!

En la oración no somos sino partícipes: Dios nos ha asociado al culto que Él se da, a ese murmullo de amor, de confianza, de gozo, de gratitud, que sube del corazón del Hijo hacia el Padre.

Y en la acción, Dios nos asocia al amor con que ama al mundo y a los hombres.

Si rezamos sin hacer nada, es porque no hemos rezado al verdadero Dios «que obra sin cesar», «que ama a todos», «que envía a su Hijo al mundo».

Pero si nos ponemos a hacer cosas sin rezar, si somos nosotros mismos los que nos enviamos a misionar, entonces nuestro único mensaje posible será un mensaje bien triste: ¡nosotros mismos! No somos nosotros los que hemos de ir a los demás, sino Dios el que tiene que hacerse tan vivo en nosotros que sea su amor, y no el nuestro, el que nosotros testificamos a los demás. ¡Es sobre todo en la acción donde es menester... ser contemplativo!

Solamente Dios es comunicable, vosotros nada podéis dar de vosotros mismos. Lo que podéis hacer es permitir que los demás encuentren a Dios. Sólo Dios puede dar y sólo a Dios podéis dar. El hombre es sagrado, pero es preciso que se empape de lo sagrado. Dejaos empapar de Dios y callad vosotros un poco. Morid un poco. Rezad. Quedaos quietos ante Dios. Intentadlo. Dejad que os haga Dios un poco sagrados. Si es verdad que lo único

sagrado es el hombre, también es cierto que el hombre se empeña en serlo lo menos posible. ¿Habéis permitido que Dios se infiltre en vosotros? ¿Ven los demás a Dios en vosotros? «*Quien me ve, ve al Padre.*» ¿Estáis muertos y resucitados?

La prueba de la resurrección de Cristo, la única prueba que admiten nuestros contemporáneos es que vosotros viváis un poco de Dios, es que vosotros surjáis un poco más vivos de vuestras confesiones, de vuestra capilla, de vuestro bautismo, de vuestra oración. Cuando Cristo regresaba a sus discípulos después de haber estado toda la noche rezando, los apóstoles decían: «¿Qué es lo que tiene?, ¿qué le ha pasado?, ¿dónde ha estado?...» Había estado orando. ¡Si nosotros pudiéramos y supiéramos orar así...! Señor, ¿por qué no nos enseñas a orar?...

Fijaos bien: Cristo no les hizo orar nunca a sus apóstoles hasta que ellos no se lo pidieron. No habían tenido nunca ni una paraliturgia, ni una procesión. Nada. Pero Él oraba durante noches enteras y finalmente ellos le dijeron: «Quisiéramos ser como Tú». «Quisiéramos orar como Tú lo haces». ¡Qué buen método de educación para los padres de familia! Jesús no forzó nunca a los suyos, decían: «¿Qué ha pasado? No parece el mismo.» Es que no era el mismo. Vivía de otra forma: irradiaba.

¿Y vosotros?, ¿estaría bien que los demás fuesen como vosotros?, ¿quiere alguien parecerse a vosotros? ¡Haced desaparecer esa vuestra triste figura! ¡Id a buscar otro rostro!

Otra palabra más sobre la pobreza y la ascética. No existe una receta para la pobreza. Siempre seréis pobres. Pero nunca os encontraréis bastante pobres. Continuamente tendréis que replantearos el problema para seguir empobreciéndoos hasta el fin de vuestra vida.

Nunca puede uno llegar a ser pobre de verdad hasta que no lo ha notado.

Tened mucho cuidado con esa peligrosa enfermedad espiritual que podríamos llamar «perfectitis»: la preocupación excesiva por alcanzar la perfección. Es la historia del individuo que desea absolutamente subir al tren de la perfección y que, al ver que se pone en marcha y toma velocidad mientras que él se encuentra todavía en el andén, embarazado con su equipaje, toma la decisión heroica de dejar sus maletas y saltar al tren.

Pero a medida que el tren avanza, va disminuyendo su alegría por haber podido coger el tren y empieza a preocuparle el pensamiento de sus maletas, su recuerdo va siendo cada vez más obsesivo y termina por bajarse del tren para ir a buscar de nuevo su equipaje.

No conviene dejar de repente las maletas: es mejor que se os vayan haciendo inútiles poco a poco. Dios hará que os desprendáis de ellas de una manera dulce, afectuosa, paciente. «*Otro te tomará en la mano y te llevará adonde tú no quieras ir.*» Será quizá una manecita de niño, otras muchas manos que se extenderán hasta vosotros, que tomarán vuestras manos, y vosotros los amaréis tanto y encontraréis a vuestro alrededor gente tan buena, que no podréis menos de repartir con ellos todo lo vuestro. No comencéis por ser pobres. Empezad por amar. Empezad por ser felices amando. Tened un prudente confort y unas distracciones razonables pero tened sobre todo amigos, cuyo valor es muy superior al de todo confort y bienestar.

Es preciso tener mucho sentido común para hacer el bien.

Lo peor es que cuando la gente se hace buena, muchas veces se hace automáticamente tonta. Se diría que el

esfuerzo que realizan para practicar la virtud, les fatiga y les dispensa de usar su inteligencia. Desde que se creen inspirados por el Espíritu Santo, les gusta ahorrar el poco magín que tenían antes.

El mismo Jesús se quejaba de ello: «*Los hijos de este mundo tienen mucha más picardía que los hijos de la luz.*» Y quería que para hacer el bien fuésemos «*prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas*». ¡Muchos cristianos y cristianas parecen haberlo entendido de otro modo y se empeñan en ser feos (o feas) como dragones y tontos como borregos!

Hay cuatro dones del Espíritu Santo que se refieren a la inteligencia: ¡cuatro entre siete! Inteligencia, sabiduría, consejo y ciencia. ¿No os indica esto que para servir y entregarnos a los demás, es menester prudencia, sagacidad, experiencia, sentido común, saber humano y cristiano?

Me acuerdo de un predicador que nos hablaba un día en clase de la vocación sacerdotal y para hacernos estimar su grandeza, nos proponía este argumento: «El sacerdote tiene que estudiar muchos años. Para muy pocas profesiones liberales se exigen seis años de formación intelectual: el abogado no tiene más que cuatro, el ingeniero cinco...» «Padre — dijo un gracioso —, a lo mejor es porque los curas son más duros de cabeza.»

Si el Espíritu Santo ha destinado cuatro de sus dones para el sentido común de los cristianos... ¡quizá sea porque nosotros tenemos la cabeza más dura!

* * *

Todos nosotros somos sujetos de encarnación. Pero ahora os voy a hablar de aquello en lo cual Dios se ha encarnado especialmente: en la Iglesia. Dios está encarnado en todo hombre, pero de una manera periférica,

ya que muchos hombres lo rechazan y luchan contra Él. Pero donde está especialmente encarnado, lo que especialmente ha querido sacrificar, consagrar, sacralizar (es la misma cosa) ha sido la Iglesia. Él le ha prometido su presencia perpetua indefectible. Si hemos hablado de la encarnación ha sido sólo por la Iglesia. La Iglesia es el centro mismo de la encarnación. Si nosotros somos hombres de Iglesia es porque queremos una religión de encarnación.

Si yo abandonase la Iglesia, rompería con Cristo y me convertiría al propio tiempo en un idealista. Tendría proyectos formidables, ideas magníficas, pero no haría más que rozar la realidad. Como el hombre que quisiera convertir a todo el mundo, pero que dejase de lado a su mujer. Como la mujer que quisiera convertir a todo el mundo, pero dejase de lado a su marido. Como el individuo que llegase a una parroquia y quisiese transformarla, pero no fuese capaz de soportar a su párroco. ¡Unos idealistas!

El peso que sobre mí carga la Iglesia es exactamente el peso de la realidad de la encarnación: mi Dios no es un Dios que yo haya inventado.

Una discusión con los protestantes a propósito de la confesión nos aclarará estas ideas. Dicen los protestantes: «Yo me confieso con Dios directamente. No tengo necesidad de unos hombres, de esos curas, de esos intermediarios, de esas cortinas entre Dios y mi alma. Yo hablo directamente con Dios.» Entonces los católicos les dicen — y se trata de una mala respuesta —: «¡Sí! Pero nosotros tenemos una garantía de que hemos sido perdonados, una absolución expresa; vosotros no tenéis más que el sentimiento, la impresión de haber sido perdonados. Nosotros estamos seguros: nos acercamos al con-

fesonario y salimos absueltos.» Responde el protestante: «No es así. Dios es mucho mejor que los hombres. Si yo me arrepiento, mi confianza en el perdón de Dios es mucho mayor que la vuestra en el perdón de vuestra Iglesia.» Y tiene razón.

La verdadera respuesta a los protestantes es ésta: «Tú eres un idealista. ¿Quieres pedirle perdón a ese Dios que está en el cielo? A ese Dios tú no le has hecho nada. Es al Dios encarnado, al Dios que está en la tierra a quien tú has pisoteado, a quien has herido, humillado, ultrajado, a quien has maltratado en tu mujer, en tus amigos, en tus vecinos. Entonces, sé sincero y vete a pedirle perdón allí en donde tú le has ofendido: en sus miembros.»

Esa es la religión encarnada. En su cielo, si está allí, Dios es inaccesible; pero si tú crees que se ha encarnado, vete a pedirle perdón en su cuerpo. El sacerdote no es más que el testigo, el «responsable» de la comunidad; él la representa, y perdona y acoge en su nombre.

El que se separa de la Iglesia corre el peligro de ser un idealista, de inventar un Dios a su imagen, de inventar una Iglesia a su conveniencia. Y, en definitiva, no encontrará más que lo que él mismo busca: a sí mismo.

Si la Iglesia estuviese hecha a mi gusto, no podría ser la verdadera Iglesia. La habría inventado yo. Si fuese satisfactoria, sería sólo una obra humana. Tiene que haber en ella un elemento que me rebase. ¿No os habéis dado cuenta en vuestra vida de que Dios no quiere nunca lo que vosotros queréis? Él es siempre distinto de como a nosotros nos gustaría. Si habéis sido fieles a vuestra vocación, a vuestro plan de vida, ha sido en contra de vuestros gustos e inclinaciones. Porque Dios es exigente. La Iglesia es también exigente y hace sufrir. Si no amáis más que a los que son perfectos, no amaréis a nadie.

Si no obedecéis más que a los que tienen razón, no obedeceréis nunca. Si no creéis más que en lo que es evidente, no creeréis jamás. La Iglesia es la fuente de toda mi vida religiosa: todo lo he recibido de ella. Todo lo he aprendido de ella. Poco a poco. Y lo que me da tanta confianza en ella es que tras haber empleado muchas horas en intentar comprender muchas cosas, siempre he experimentado que, gracias a la Iglesia, alcanzaba una mayor profundidad humana y religiosa de las mismas. Todo lo que he podido comprender ha sido por ella, en ella, acercándome a ella, usando de mi fe; en ella lo he encontrado todo, de ella lo he recibido todo. En sus sacramentos, en sus palabras, en su ambiente, en Aquel que, a pesar de todo, está representado por ella.

He hablado muchas veces mal de los curas y, sin embargo, los cristianos tienen que amarlos infinitamente. Dios está en todos y cada uno de los hombres, tenemos que adivinarlo en ellos para que podamos amarlo. Pues bien: también Dios está en los curas...

Hay que saber sufrir por la Iglesia, como se sufre por aquellos a quienes se ama, como sucede en el matrimonio. Para quien ama, mil objeciones no llegan a formar una duda; para el que no ama, mil pruebas no llegan a constituir una certeza.

El Cantar de los Cantares dice: «*El Esposo conoce a la esposa por un solo cabello de su cuello.*» Es que él la ama. Pero el que no ama... ¡se atreve a pedirle su tarjeta de identidad!

La fidelidad siempre hace sufrir. ¿Habéis notado cómo Cristo en el Evangelio siente continuamente la nostalgia de los paganos? Él estaba ligado a su comunidad de Israel, no podía salir de ella, pero sentía nostalgia de

los gentiles y decía: «*Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida!* — eran aldeas judías —, *si los milagros realizados en vosotras, lo hubiesen sido en Tiro y en Sidón* — como si dijese en Madagascar o Conchinchina —, *hace tiempo que se hubieran convertido.*» Y cuando se encontraba una persona de bien entre los paganos, decía: «*No he encontrado semejante en Israel. No he visto esto nunca en esta comunidad. No he visto esto nunca entre católicos.*»

Y, a pesar de ellos, Cristo se quedó en medio de su comunidad. Le fue fiel hasta la cruz, hasta la muerte, y salvó a la que era su Iglesia. Pero sentía nostalgias. Se daba cuenta de que era dura su Iglesia, que eran duros sus correligionarios. Pero los amó y los salvó. Si se hubiese marchado no los habría amado. Si vosotros quisieseis amar a vuestro gusto, no amaríais.

Crear en la Iglesia es creer que Dios vive en ella y obra especialmente en ella. Creer es a la vez haber sufrido por ella y seguir amándola. En la mentalidad de algunos católicos, en el Concilio de Trento, dejamos a los protestantes que se marchasen con el Espíritu Santo, mientras que nosotros nos quedábamos con la jerarquía... ¡Pero sin la inspiración del Espíritu Santo no hay religión! ¿Cómo es posible que queráis dar un contenido vivo, experimental, existencial a los actos de fe, de esperanza y de caridad, recitando simplemente la definición que la Iglesia nos da de esas virtudes? Es menester experimentar de algún modo esa manera de amar... y es el Espíritu Santo el que nos hace amar así.

Lo mismo pasa con la oración o con la confesión: si no habéis experimentado qué es una resurrección, no haréis más que hablar en el aire. Lo que necesitáis ante todo es resucitar de verdad, quedar limpios y renovados de verdad.

Pues bien. Es sobre todo en la Iglesia donde las energías vitalizantes de Cristo brotan en vuestro beneficio y en provecho de ella misma. Yo creo que la Iglesia tiene que morir y resucitar en cada momento, cada siglo. Tiene que abandonar sus formas viejas, sus compromisos, sus pecados. Hundirse en un río purificador para resucitar pura, nueva, sin mancha ni arrugas, santa e inmaculada delante de Dios. Estamos asistiendo a una resurrección: el Concilio. La Iglesia es la resurrección de Cristo. Él muere en ella y resucita en ella. Y en la Iglesia de hoy vemos promesas magníficas de resurrección. Hoy la Iglesia se derrumba, germina y florece por doquier. ¡Cuántas coincidencias y concordancias providenciales! En todas partes y en las diversas Iglesias se elevan los mismos lamentos, las mismas propuestas, anhelos y deseos. Es la obra del mismo Espíritu.

Hace poco leí el resumen de una sesión catequética celebrada entre africanos y asiáticos. La catequesis que ellos pedían era exactamente la misma que nosotros queremos y que nosotros necesitamos en Europa, como medio para enseñar la religión. Concordancias sorprendentes. Ellos pedían métodos activos, una religión viva, nada de memorizar párrafos, celebraciones participadas.

Durante siglos enteros el pueblo cristiano aprendió su religión viviéndola en la liturgia. Los ritos eran transparentes: todos comprendían lo que hacían. No había clases de instrucción religiosa, o, si había, se trataba de un comentario de los ritos; nosotros, sin embargo, nos servimos de la misa para hacer escandalosamente de ella un teatro de elocuencia, para hablar de cualquier otra cosa. Se habla de todo menos de la misa, del rito, y se desea que el rito sea lo más breve posible para que se pueda hablar más tiempo. Lo importante es mi sermón y la misa no es más que el marco de mi sermón. Y es

precisamente el rito lo que debería hablar, con un pequeño comentario para hacerle hablar.

Cuando vemos en todas partes que se sienten los mismos anhelos y que se ensayan los mismos métodos, nos damos cuenta de que es el Espíritu Santo el que los inspira.

Renacimiento bíblico, litúrgico, teológico, renovación conyugal, renovación comunitaria, espiritualidad seglar, espiritualidad de las realidades terrenas: ¡es el Espíritu Santo que brota, que se manifiesta esplendoroso! ¿Tenéis fe en la Iglesia? ¿Creéis que es capaz de rejuvenecer? ¿Tenéis fe en vuestra mujer, en vuestros hijos, en vuestros vecinos, en vuestro equipo, en todos aquellos que están confiados a vuestra tutela? Será esa fe en la Iglesia, esa fe en todos cuantos están a vuestro lado, vuestros hijos, vuestros parientes, vuestros vecinos, vuestra parroquia, lo que les hará resucitar de entre los muertos, lo que hará de todos ellos una verdadera Iglesia. Tenemos fe en un Dios que es capaz de resucitar a los muertos, que nos hace pasar por su misterio de muerte y de resurrección. No es de extrañar que la Iglesia pase de vez en cuando por un período de eclipse. Pero ella tiene en sí misma la fuerza de la resurrección de Cristo y acaba siempre resucitando.

* * *

¿Habéis notado en la Biblia cómo Dios se ha encarnado siempre? (Hasta ahora habíamos visto a la encarnación ampliamente difundida por toda la humanidad, ahora la precisaremos y la concentraremos en la Iglesia, vamos a estudiar la encarnación en su realización suprema, que es la Iglesia.)

La característica de la religión cristiana es que Dios se revela a los hombres, se coloca a un nivel humano, a la

altura del hombre. Lo esencial del cristianismo es que Dios ha querido que lo conozcamos bajo una forma sensible. Esto a primera vista nos debería chocar, ya que se dice de Dios que es oscuridad, tinieblas, misterio, y que Dios exige fe y obediencia. Y a pesar de ello, también es verdad que Dios es luz, revelación, manifestación, epifanía... La religión cristiana se distingue de todas las demás, en que es una religión de encarnación, una religión sacramental. La Iglesia no es ni materialista ni idealista, es sacramentalista. O sea: nos enseña que Dios se acerca a nosotros por unos medios *sensibles*. La creación del hombre a imagen y semejanza de Dios iba preparando de antemano esta comunicación.

Los Santos Padres decían: «Cuando Dios formó el cuerpo de Adán, estaba ya en su mente la idea de Cristo que se haría hombre algún día.» Él hizo al hombre permeable a Dios.

Ya en el paraíso, Dios quiso manifestarse de una manera sensible: hablaba familiarmente con Adán, al caer de la tarde, se confiaba a Adán, Adán entraba en el seno de la confianza de Dios. Dios se entregaba ya al hombre en el paraíso, se entregó y fue traicionado. La Pasión, esto es, la revelación del amor audaz y vulnerable de Dios, comenzó ya en el paraíso.

Adán rechazó la revelación, cortó sus comunicaciones con Dios, se convirtió en tinieblas. El pecado es la situación en la que Dios no es conocido, no es sensible: ¡vosotros conocéis bien esa situación!... Es una situación anormal. ¡Normalmente, Dios es sensible a los sentidos y al corazón! ¡Son las tinieblas las que no pueden agarrar a Dios, las que no quieren agarrarlo! Pero «*¡bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!*» Ellos son los que se encuentran bien a su lado. Hoy todavía «*sus ovejas oyen su voz y le siguen*».

Pero Dios no se desanimó. Adán intentó refugiarse tras su cortina de hojas de parra. Dios fue a buscarlo: «¿Qué es lo que has hecho? Vuelve a mí, no te quedes ahí. Me encuentro tan triste cuando me dejas... Vuelve, tú sabes que yo no me enfadaré por ello. Quiero que sigas a mi lado. No dejaré de llamarte hasta que me escuches y vuelvas a mí. ¡Ven en seguida!» Dios es así.

Y Adán fue en seguida al encuentro de Dios. La redención es inmediata. Es tan «original» como el pecado. Fue Dios el que confesó a Adán. Y no se contentó solamente con perdonarle. Con él, como con nosotros, hizo algo más: ¡Él dio incluso el deseo y la audacia de pedir perdón!

Dios continuó confiándose a los hombres, hablando por sus profetas. Moisés hablaba con Dios cara a cara, lo mismo que hace un hombre con su amigo. Los israelitas no hubieran podido atravesar el desierto si Dios no hubiese estado a su lado. También entonces había «sacramentos»: un arca en ía que Él estaba, una columna de fuego que los precedía durante la noche y otra de nubes durante el día: era Dios el que los conducía. Ellos no hubieran sido capaces de sortear tantos obstáculos, durante cuarenta años de prueba, si no hubiesen tenido con ellos a Dios en el tabernáculo, en el maná: su presencia real. Tampoco nosotros seremos capaces de atravesar el desierto de nuestra vida sin una presencia sensible de Dios entre nosotros.

El telón que el hombre había bajado, Dios empezó a levantarlo poco a poco, hasta que llegó el momento de la encarnación. Esa fue la «revelación», el desaparecer de todos los velos: Dios se ha hecho plenamente sensible. Y la encarnación es perpetua: «*Yo estoy con vosotros todos los días.*» Dice muy bien Guardini: «Epifanía, encarnación, sacramentos, son exigencias constantes

de la vida cristiana.» Dios ha decidido abrazarnos tal como verdaderamente somos, unos hombres: y por eso fundó la Iglesia. San Juan ante ello abría los ojos de admiración: «*Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos estrujado entre nuestras propias manos, del Verbo de vida.*» Eso es precisamente lo que Él nos anuncia. Esa es la verdadera religión. Algo que se come, que se bebe, que se toca. ¡Un Dios junto al que nos podemos acurrucar!

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. El estado normal, la condición humana natural, es ver a Dios, percibirle en lo sensible, en lo habitual, en lo familiar. Dios está siempre con nosotros. La liturgia es una epifanía de Dios para cuantos asistimos a ella con el corazón abierto, «*el Verbo habita entre nosotros y hemos visto su gloria.*»

En una verdadera misa se ve su gloria. Lo decimos después del evangelio: «*Gloria tibi, Domine.*» Sed sinceros: ¿habéis visto vosotros su gloria?, ¿os ha dicho algo el Evangelio de esta mañana?

Hay también una señal sobrenatural, absolutamente cierta, de la existencia del diablo, hay un hecho que el mismo Cristo nos ha dado como prueba de la acción del demonio. Es la rapidez con la que, si acaso alguna vez la hemos oído, olvidamos la palabra de Dios. Me gusta hacer la experiencia después de cada sermón, de cada retiro, de cada plática; al terminar la misa les pregunto: «¿Cuál era el evangelio de este domingo?»... ¡Muchos se han olvidado ya! ¡Apenas salir de la iglesia, ya no se acuerdan! ¡Quizá es que ni siquiera lo han escuchado!

Dios ha hablado y nadie lo ha escuchado, nadie lo ha oído. En la parábola de la semilla, Jesús decía: «Veo a Satanás acechando como un pájaro de mal agüero, como

un cuervo al acecho de que caiga en tierra la semilla para echarse encima y llevársela antes de que pueda germinar.»

Dios os habla y os quedáis totalmente impasibles. La iglesia es el lugar en donde se proclama la palabra de Dios y se la escucha, en donde su palabra se hace viva, en donde se ve su gloria. *«Nadie jamás ha hablado como este hombre.»* En el Evangelio nos sigue hablando el mismo Cristo. Y es terrible tener que reconocer que la palabra de Dios no nos dice nada. La palabra de Dios ya no nos habla.

¡Aprender a escuchar la palabra de Dios! ¿Cuánto tiempo, cuántos ensayos habéis dedicado a ello?, ¿qué habéis sacrificado vosotros por escuchar la palabra de Dios, por ver su gloria? Oírla como una palabra sagrada, que tiene algo que decirnos, que nos toca de cerca, que está dirigida a nosotros. Una palabra viva, *«porque la palabra de Dios es viva y operante»*. Creemos en ella. Pero ¿actúa ella sobre nosotros?, ¿nos revela algo? La palabra de Dios no es una historia antigua. No nos interesa ya una cosa que sucedió hace 2.000 años. Si creéis que la fe en el Evangelio consiste en creer que lo que contiene es verdad, entonces lo tratáis como si fuera un libro de historia. Cuando yo leo un libro de historia que está bien documentado, yo creo también que lo que me cuenta es verdad. Pero el Evangelio es una profecía: el Evangelio no me dice lo que pasó entonces, sino que me revela lo que pasa ahora, lo que pasará cada día.

¿Qué es, pues, el Evangelio? Dios que viene a vivir entre los hombres. Él vive siempre entre los hombres. Él es siempre el mismo. Los hombres son siempre los mismos. El Evangelio me revela cómo me habla Dios, cómo me trata Dios, cómo vive Dios a mi lado y cómo yo lo ignoro y lo maltrato. El Evangelio os estará cerrado, os será totalmente inútil hasta que no os reconozcáis a

vosotros mismos en él, hasta que no os haya quitado vuestra careta, hasta que no os deis cuenta de que se dirigen a vosotros sus palabras: «Tú eres ese hombre, tú eres el que haces eso, el que resistes, el que abandonas, el que traicionas...» Somos nosotros los habitantes de Belén que no hemos querido dejar un sitio para que nazca. Y si he sido yo el que hizo aquello, comprendo perfectamente todo lo que ha pasado. Tampoco hoy hay sitio para Él en mi casa, en mi jornada tan ajetreada no encuentro ni siquiera unos minutos para rezar, no hay sitio, no tengo tiempo. Y entonces me doy cuenta de por qué Él es tan pobre, en su cueva, es que yo no le he dado nada, he guardado mi traje nuevo para mí. Y entonces comprendo por qué está sobre las pajas, por qué está clavado en la cruz... Que lo quitan, que se lo llevan, nosotros hacemos como si nos diéramos cuenta. No tenemos nada que ver con Él, no hace más que estorbarnos y hacernos perder nuestro tiempo ¡tan precioso!

¡Cuánto tiempo para estudiar, para ser doctor, químico, farmacéutico!... ¡Qué poco tiempo para vivir vuestra religión, para que se haga viva en vosotros, para escuchar la palabra de Dios, para que ella os revele a vosotros mismos, para oírle hablar!

«Nosotros ya no creemos por lo que tú nos has dicho, sino por lo que hemos oído y porque sabemos que Él es el Salvador del mundo.»

Cuando yo era joven, me decía: hace 2.000 años que salvó al mundo y que se aplican sus méritos. Pero ahora sé que existe hoy también en el mundo una fuerza de salvación, que hoy también Él salva al mundo, que circula por el mundo un vigor salvífico que opera más en los demás que en mí mismo, pero que yo he podido ver también en mí y he podido apreciar que también los demás se daban cuenta de ello.

Esta palabra me ha hablado algunas veces en mi vida y nunca la olvidaré: es una palabra viva. Si vosotros no la habéis oído nunca, es inútil que digáis en la misa: «*Gloria tibi, Domine.*» «*El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y nosotros vimos su gloria.*»

¿Habéis visto su gloria esta mañana? Cristo estaba allí y hablaba a todos por igual. Unos asistían con su corazón cerrado, de meros espectadores, quizá en plan de crítica, siguiendo una especie de controversia mental con el orador, intentando descubrir su punto flaco, buscando una objeción, desmoronando sus ideas, y al acabar éste, no se habían quedado con nada, a no ser quizá con sus propias miras egoístas.

Pero otros asistían con el corazón abierto, dejaban entrar en él sus palabras y éstas les hacían daño. Nunca quizá se habían sentido tan heridos y al propio tiempo tan felices, y les hubiese gustado quedarse allí largo rato saboreando sus ideas. Y cuando el predicador terminó, se les podría preguntar: «¿Qué ha dicho?, ¿cómo es que estáis tan conmovidos, tan cambiados?» «No sé, es que nunca jamás ha hablado nadie como este hombre.» Ellos habían visto su gloria, pero para esto es preciso tener un corazón limpio.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.»

* * *

¿Qué otra cosa nos da la Iglesia para que podamos ver a Dios más de cerca? Los sacramentos.

«Desde que el Señor no está visible entre nosotros —dice san León—, todo lo que de Él podemos ver pasa en los sacramentos.»

¿Qué es lo que hace Cristo en sus sacramentos? Consagrar a los hombres, llenarlos de su vida, de su presencia, de su acción.

Los hombres que no rezan, que no se acercan a los sacramentos, que no leen la palabra de Dios... se ven también invadidos por el Espíritu Santo, pero si queréis estar totalmente consagrados, si deseáis un complemento de consagración, escuchad su palabra, dejaos penetrar por su palabra, comulgad con su palabra. Una palabra que es operante.

¿Creéis acaso que el verdadero evangelio de la misa es el que se lee en la misa de los catecúmenos? Ese no hace más que preparar el otro Evangelio, el verdadero, la consagración.

La consagración es un pasaje del evangelio leído, proclamado, escuchado con tanta fe que realiza lo que significa. La palabra que se ha hecho eficaz, que obra, que realiza una transustanciación.

¿Escucháis vosotros esa palabra de Dios? ¿La dejáis que sea eficaz? Los sacramentos no son más que palabras de Dios que se han hecho eficaces.

Antes de la comunión decís (aunque no lo creáis): «*Di una sola palabra y mi alma quedará sana.*»

¿Habéis experimentado alguna vez esta afirmación? Si no es así, marchaos con vuestra mentira a cuestras, pero no os acerquéis con ella a comulgar.

Queréis ir a proponer vuestra fe a otras gentes, pero ¿de dónde procede y de dónde nace vuestra fe? ¿Le habéis oído hablar vosotros? ¿Creéis en Dios o creéis más bien en aquellos que os han hablado de Dios? ¿Cómo sabéis vosotros que Él es el Salvador del mundo? ¿Es que os ha salvado Él? ¿Sois acaso testigos de la resurrección? ¡Abajo la religión que no tiene más que testigos que ya pasaron! ¡Queremos testigos actuales! ¡Gentes que digan: Cristo ha resucitado, Cristo me ha resucitado! ¡Él es el Salvador del mundo porque me ha salvado a mí! ¡Yo he visto que salvaba a la gente!

No nos convencen las personas que nos dicen: «Él salvó a los hombres hace 2.000 años. Voy a probártelo: ven conmigo a la biblioteca nacional.»

Cristo salva en los sacramentos. En ellos vuelve a vivir. En ellos vuelve a obrar. ¡En la confesión! ¿Cómo se manifiesta Dios en la confesión? ¿Cómo puede volver a vivir en ella? No os gusta confesaros, a nadie le gusta acercarse al confesonario. ¿Por qué?

Es que hay dos religiones: una pagana y otra cristiana.

La primera es la pagana: es falsa (os lo digo, por si acaso no lo sabíais). Es la religión de lo que se hace por Dios: esfuerzos, sacrificios, mortificaciones, todo lo que el hombre hace por Dios. Y las cosas llegan hasta tal punto que los hombres acaban teniendo una mentalidad de bienhechores rencorosos de la divinidad... Ya hemos hecho bastante por Dios..., sin preguntarse nunca qué es lo que Dios ha hecho por ellos. Es la religión de muchos cristianos: toda su religión se encierra en esas cosas raquíticas, pequeñas, miserables que de vez en cuando hacen por Dios. Se trata de una religión descorazonadora: no quieren saber nada más, no quieren dar nada más.

La otra religión es la de las grandes cosas que Dios ha hecho por nosotros, la de las maravillas que Dios ha hecho con nosotros, con la pobreza de sus siervos y esclavos. Las maravillas de Dios, los sacramentos, los milagros. En los sacramentos se renuevan continuamente los milagros: por ellos resucitamos. Los muertos resucitan todos los días. En cualquier confesonario se realizan muchos más milagros que en las piscinas de Lourdes. Bien está que vayáis a Lourdes, pero ¿por qué no vais a confesaros?

La verdadera religión consiste en las cosas grandes y maravillosas que Dios hace por nosotros. Son cosas que nunca llegaremos a conocer por completo.

Entonces, ¿por qué os cuesta tanto confesaros? ¿Porque la confesión queréis hacerla vosotros! ¡Sois vosotros los que hacéis, los que pensáis: voy a curar mi conciencia!, ¡y esto no os gusta! ¡A nadie le gusta ir a la farmacia! Y luego, ¡eso de tener que contarle yo a alguien, que a lo mejor me conoce, todas mis miserias!, ¡y tener que cumplir la penitencia!... Pues bien, todo eso es igual a cero: también Judas se confesó de esa manera: «He pecado, he derramado sangre inocente»; ¡y se fue a ahorcar!

¿Qué es por tanto, la confesión? Es Dios que va a decirnos cuánto os ama. Es Dios que quiere que volváis a ser hijos suyos. Es Dios que se alegra de volver a veros, aunque a vosotros no os agrade volverle a ver. Es Dios que se complace en poder resucitar a su hijo, recogerle en sus brazos, devolverle la vida. ¡Es Dios que os espera, que os ama! ¡Dios que os arrastra hacia el confesonario... porque está deseoso de perdonaros! ¡A Dios le gusta la confesión! Confesarse es asistir a esa *manifestación del amor de Dios que es capaz de resucitar al nuestro.*

Acordaos del hijo pródigo. Cuando resolvió volver a su casa, no lo hizo por amor a su padre: «*Allí tendré por lo menos un trozo de pan para comer*», y a su padre le dijo: «*Trátame como a uno de tus criados.*» Pero el padre lo acogió entre sus brazos y organizó una fiesta tan grande, con el anillo, el becerro bien cebado, los zapatos, los vestidos..., que al verse amado por su padre y tratado como hijo, sintió que renacía también en él el amor de un hijo para con su padre. Y resucitó al amor. Estaba muerto, muerto de verdad. No amaba. Creía que no era posible amar después de lo que había pasado. Y su padre lo resucitó, le demostró un amor tan grande que lo transformó por completo.

Me decían una vez mis alumnos: «Padre, la confesión o no sirve para nada y entonces no hay por qué confesarse o bien sirve para algo... y en este caso, no tendríamos que confesarnos siempre de los mismos pecados.»

Yo les contestaba: «Lo que pasa es que tú quieres confesarte para no tener que confesarte más. Quieres aprovecharte de Dios para poder pasar la vida sin Dios. Servirte de Dios para no pecar. Para edificar tu propia estatua moral y despedir luego a Dios... diciéndole: "Gracias, Dios mío, me has hecho un buen servicio; ahora te puedes marchar..." Pero Dios no se presta a esa comedia, a ese tejemaneje. Dios en el sacramento de la penitencia quiere revelarse a ti; el fondo del corazón de Dios se revela en el perdón, porque el perdón es el don supremo, la perfección del don. Si no fuésemos pecadores y nouviésemos más necesidad de perdón que de pan, no conoceríamos el fondo del corazón de Dios, lo mismo que un niño que no conoce el fondo del corazón de su madre hasta que no se pone enfermo. Aquel a quien no se ha perdonado nada, no ama. Lo dijo el mismo Cristo: "*A quien se le perdona un poco, empieza a amar un poco* (quizá sea esa vuestra situación dada la frecuencia de vuestras confesiones y la temperatura de vuestra caridad), *pero aquel a quien se le ha perdonado mucho, se le ha demostrado tanto amor, que acaba des-
pertándose a todo el amor que se le ha demostrado. Y ama mucho.*"»

¿Qué preferís? ¿No pecar y no conocer a fondo el corazón de Dios? ¿O pecar y saber hasta qué punto os ama? ¿Queréis estar contentos de vosotros mismos o contentos de Dios? ¿Asombrados de vosotros mismos o asombrados de Dios? Para mí, el peor pecado es el de evitar pecar para no tener que ir a confesarse. Sería éste un cálculo frío, para protegerse, para dispensarse de Dios, para no dar a Dios la ocasión de mostrarse padre. La con-

fesión manifiesta hasta dónde os ama Dios. Pues bien, vosotros tenéis que pecar todavía mucho más para saber esto y confesaros mucho más.

«Pero yo vuelvo a caer siempre en las mismas faltas.» Quizá la razón de esto sea que tú no has acabado de comprender aún la bondad con que Dios te las perdona. No iréis al cielo hasta que vuestras faltas se han convertido en faltas bienaventuradas. No iréis al cielo hasta que no hayáis visto la gloria de Dios en el perdón. ¡En el cielo no hay más que pecadores perdonados que están satisfechos de su perdón y entusiasmados con su confesor!

Otros objetan: «Me cansa tener que decir siempre las mismas cosas en la confesión.» ¿Os gustaría quizá inventar faltas nuevas, pecados inéditos, asustar a vuestro confesor con algo original? No, se pueden decir siempre las mismas cosas sin cansarse, a condición de que sean verdaderas. Pensad, por ejemplo, en los enamorados. Sus conversaciones son completamente monótonas. ¡Pero para ellos resultan apasionantes!

La verdadera razón de vuestra desgana es que en vuestras confesiones no decís nada que sea verdadero, nada que os salga del corazón.

Da pena oír confesiones. La gente se confiesa siempre de reflón, sin ahondar nunca en su vida, en lo que quieren de verdad. No hacen más que poner en marcha el disco que grabaron en su infancia... En muchas confesiones Cristo les podría interrumpir: «¡Alto!, ¡para el disco!... ¿Tú crees en mí? ¿Tú crees que puedo yo cambiar tu vida?, ¿que puedo yo llenar tu vida? ¿Crees que yo te amo lo bastante para poder transformar tu vida?...» Me parece a mí que entonces uno comprendería que durante toda su vida no había hecho otra cosa más que darle a Cristo, para ponerle contento, la calderilla

de sus pecados, para verse libre de ella, y que Cristo de repente le pedía toda su cartera, que era necesario creer de verdad en Él y vivir con Él para siempre y que esto era precisamente lo que iba a cambiar su vida.

A veces interrumpo a mis penitentes: «Espere un segundo. Si usted pudiese encontrar a Cristo y pedirle un milagro, ¿qué le pediría?» Entonces se dan cuenta que no le dirían a Cristo nada de cuanto estaban diciendo en la confesión. Lo que estaban diciendo era en broma, por decir algo, pero no se lo hubieran dicho a Cristo, porque no se trataba de algo en serio. No se hubieran atrevido a decirle esas tonterías.

Y entonces, a veces salen cosas de verdad: que ellos no habían aceptado nunca su situación económica, a su mujer, a su marido, a sus hijos, a sus parientes, una desgracia, una catástrofe, un fracaso, su manera de ser, su salud, su carácter. Que ellos no habían creído nunca en Dios. Que no habían creído que Dios era algo vivo. Y sobre todo que no habían creído nunca que Dios los *amaba tanto*.

Si hubieran visto a Jesús hubieran comprendido en seguida que no creían en Él. Y, sobre todo, que no sabían que Él los amaba, que era Él el que los buscaba. Él fue quien invitó a Zaqueo a confesarse:

«¡Eh, Zaqueo! ¡Ven para acá! ¿Qué haces allí arriba?», y el otro pensaba en sus adentros: «Pero, ¿qué es esto? ¡Si me conoce! ¡Si me ha llamado por mi nombre, como si se tratase de un amigo!»

¡Como Adán detrás de sus hojas!... ¡Zaqueo encima del árbol!... Cristo fue a buscarlo, le habló, lo llamó por su nombre. Zaqueo tembló de alegría: se sentía amado. Y entonces lo dio todo, porque no necesitaba ya nada. ¿Queréis saber por qué pecáis? Porque estáis vacíos y necesitáis llenar vuestro vacío con cualquier cosa..., con pecados incluso... de los que no podéis orgulleceros ni

estar satisfechos. Pero ¿qué es lo que hubierais tenido en vuestra vida, si no hubieseis tenido vuestros pecados? Era menester llenar ese vacío. Y si volvéis a sentirlos vacíos, volveréis a pecar más. Pero si Dios os ama, si es vuestro amigo..., y si vosotros os quedáis a su lado para siempre, entonces llenaréis vuestra vida. Estaréis con Él y os sentiréis felices. Si Él os ha manifestado su bondad y habéis visto su gloria, estaréis mucho mejor de esa manera. Si habéis tenido un rato de oración, no tendréis ya necesidad de pecar, no lo necesitaréis.

Zaqueo lo dio todo y no acabó de comprender cómo había sido posible que él hubiese puesto tanto interés en amontonar algo tan baladí. Ahora había encontrado por fin algo que valía de verdad. En el confesonario deberíamos de preocuparnos de buscar algo que valiese más que nuestros propios pecados. Y entonces nos veríamos libres. Ese sería el perdón de nuestros pecados.

Estaríamos dispensados de pecar, porque habríamos encontrado algo que es infinitamente mejor: un Padre, el amor de un Padre. Si no lo hemos sabido encontrar, nuestra confesión será solamente un rito, unos gestos, unas palabras. Pero no habremos conocido al Padre. No habremos conocido el perdón.

Conocemos a Dios en los sacramentos, lo conocemos en su Iglesia, en las fuentes de su gracia. Si no lo hemos experimentado esto alguna vez, no somos más que figuras decorativas de la Iglesia. Esos grandes espectáculos, las óperas..., siempre hay un montón de comediantes llenando huecos, estropeándolo todo con su cara de idiotas, mientras que los tres o cuatro actores principales cantan, declaman, gesticulan, están esas pobres figuras decorativas, a las que han dado 20 francos, un traje y una peluca. Nosotros no somos más que figurines de la Iglesia, si la palabra de Dios no ha llegado hasta nosotros y si no hemos vivido en la humillación y el transporte

de una celebración colectiva. Si es así, no tenemos nada que decir. Estamos de plantón en la iglesia. Para nada nos sirve asistir a misa...

Esto me trae un recuerdo: ¡el suizo! En Bélgica, en las iglesias «bien», suele haber un suizo, con su alabarda, su casco empenachado, sus pantalones blancos. Yo predicaba en la misa y, después de mi primer sermón, el suizo en la sacristía me dijo amablemente: «Está bien, usted puede hablar y decir cuanto le venga en gana, pero a mí estas cosas no me dicen nada. ¡He oído ya tantos sermones...!»

Entonces, en la misa siguiente, mientras que él estaba allí, situado en el centro de la iglesia, con las piernas abiertas, alabarda en ristre, solemne y majestuoso, dije: «Hermanos míos: No sirve para nada asistir a misa. Si asistiendo a misa pudiera uno santificarse, imaginaos: los organistas, los sacristanes, los suizos serían los grandes santos de la Iglesia universal. ¡Han asistido a tantas misas! Han batido todos los récords de asistencia a misa. Y la verdad es que son gente honorable. Pero, en fin, no he visto muchas estatuas suyas en los nichos de nuestras iglesias. No, hermanos míos: la asistencia a misa es totalmente estéril. ¡Únicamente la participación activa en ella es lo que santifica!»

La asistencia a una confesión es totalmente estéril... Hay que participar, vivir, ser auténtico, abrirse y dejarse transformar. ¡Entrar dentro y ver Su gloria!

LA IGLESIA. LOS SACRAMENTOS. LA ORACIÓN

Nuestros sacramentos han sufrido una reducción, una degradación lamentable. Ya no hay «misas solemnes». Y el bautismo ha condensado en un cuarto de hora ceremonias de iniciación y ritos que duraban meses enteros. La Penitencia se prolongaba antes durante cuarenta días: ¡toda una cuaresma! ¡Y era entonces cuando resultaba eficaz!

Todos recordaréis cómo en los comienzos de la Iglesia solamente los pecadores públicos estaban obligados a esa clase de penitencia. Pero el día de su reconciliación solemne, el jueves santo, ellos se mostraban tan felices, tan renovados e iluminados, tan resplandecientes de alegría, de inocencia recobrada y de fervor, que los demás fieles les tenían envidia y lamentaban no haber sido pecadores y penitentes como ellos. Poco a poco se fue introduciendo la costumbre de ir todos a recibir la ceniza al comienzo de la cuaresma, todos querían ser penitentes públicos: ¡hasta tal extremo resultaba hermoso y consolador ser reconciliados de este modo! Pero todo esto duraba cuarenta días: ¡era eso el sacramento de la penitencia!

Pero ahora todo queda reducido a un par de minutos. ¡Y nadie siente envidia de vosotros ni siente ganas de imitaros!

Es el único sacramento sin liturgia, ni siquiera se lee un trozo del Evangelio: es como tragarse una píldora.

Ahora bien, el hombre corriente, por sí solo, es incapaz de examinar convenientemente su conciencia, normal-

mente ignora sus faltas principales que suelen ser faltas por omisión. ¡Si volviésemos a hacer un sacramento comunitario, qué diferentes serían las cosas! ¡Nos ayudaríamos mutuamente en ese examen! Algunas veces, los dos esposos vienen a confesarse juntos, os aseguro que sus exámenes de conciencia están bien hechos. Pero sin necesidad de ir hasta ese extremo, una preparación colectiva es indispensable para juzgar de verdad la propia vida.

En segundo lugar, el hombre corriente es incapaz, por sí solo, de arrepentirse. Sería necesario leerle algún pasaje del Evangelio, anunciarle la Palabra de Dios, recordarle cuánto es lo que ha perdido con el pecado y darle ánimos para que vuelva a ser como era.

Y finalmente, es también incapaz de reparar, por sí solo. Por ello, todo esto debería ser comunitario, excepto la confesión oral, aunque no sería necesario que fuera tan sensacional como quizá vosotros os imagináis. El decir los pecados al confesor es algo secundario, aunque lo hayamos convertido en esencial (sin duda, por habernos empeñado en que era algo desagradable). El mismo nombre nos está señalando esta desviación: «confesión». Y no nos damos cuenta de que el nombre auténtico es el de penitencia.

Hemos olvidado que el sacramento es ante todo un acto de Dios, un gesto de amor y de compasión por parte de Dios, y hemos puesto el acento sobre los gestos (desagradables) del hombre. La confesión que hacéis vosotros se reduce a un «Yo... me confieso», y no debería ser eso, no se trata de que os confeséis, de que individualicéis el sacramento, sino de que os *confeséis*, acentuando el espíritu comunitario, lo mismo que cuando *co-mulgáis*, *co-municando* con los demás, no se trata de recibir sólo vosotros el cuerpo de Cristo.

Acordaos del «confiteor» de vuestra misa: «Yo confieso a Dios omnipotente, a la bienaventurada siempre

Virgen María, a san Miguel...». Convocáis a todo el mundo, a «*todos mis hermanos*»: ¡os sentís comunitarios! Pero cuando pasáis a la realidad, os acercáis lo más aisladamente posible a un confesonario y os gustaría que no hubiera nadie en la iglesia.

Empleamos los sacramentos como una píldora, como una aspirina espiritual para calmar el malestar de la conciencia. Las confesiones pascuales resultan una verdadera pesadilla: repartir y repartir absoluciones que no son más que un gesto humano, que no renuevan, que no resucitan.

La gente no quiere más que una cosa: verse libre de sus pecados, estar en paz con Dios. Pero resulta que después de su confesión son más paganos que antes: antes tenían alguna preocupación por Dios, ya se han librado de ella, ya están en paz, ya pueden pensar en otra cosa.

En tiempos de Cristo, ya os lo dije en otra charla, se quedaban toda la vida con su confesor, se sentían tan felices que invitaban a un banquete a todos los amigos.

Esos pecados de los que os sentís avergonzados, tan oprimidos, que casi no os atrevéis a cuchichearlos ante el confesor, son también una gracia de Dios, no sólo porque os arrepentís de ellos, sino incluso porque los habéis cometido. ¿No decís al acercaros al confesonario: «*Bendígame padre, porque he pecado*»? ¡Son una suerte! Porque los pecados son la manifestación de un estado. Los podríamos comparar con las burbujas en la superficie de un estanque.

Si hay un cadáver en ese estanque, veréis que suben a la superficie burbujas explosivas, gaseosas, nauseabundas. Los propietarios del estanque se desesperan de ver esas burbujas incómodas, humillantes, y van a buscar a un especialista: «¿No podría usted librarme de esas burbujas?». El especialista estudia la cuestión y concluye:

«No hay nada que hacer. Hay un cadáver en vuestro estanque. ¡Hay que animarse! ¡Meterse dentro, ensuciarnos las manos, ir a buscarlo!»

«No, lo único que yo quiero es que desaparezcan esas burbujas...»

Escena clásica en un confesonario: una muchacha, un chico se acerca, después de algunos circunloquios, se atreve. «No sé cómo ha sido. Casi sin darme cuenta. Es la primera vez que me ha sucedido. A mí, ¡un joven de acción católica! ¡A mí, una muchacha bien! ¡En mi vida ha aparecido una burbuja!»

Y el confesor espera pacientemente para ver si aparecen más burbujas... y finalmente se vuelve y le dice: «Hijo mío, hija mía, ¿está Dios presente en tu vida?» Ninguna respuesta. «¿Rezas tú alguna vez?» Entonces el penitente hace algunas indicaciones poco convincentes: «Por las mañanas me olvido siempre de rezar, pero todas las noches, al acostarme, rezo las tres avemarías.»

Yo insisto todavía: «Pero Dios ¿significa algo para ti?, ¿es Alguien en tu vida?» Y se oye al penitente moverse en el confesonario... y se adivinan en sus labios estas palabras: «¡Vaya!, ¡pues sí que es una suerte!..., ¡he topado con un místico!»

Él no quiere más que una cosa, no exige más que una cosa: que le quiten las burbujas, que le liberen de su peso, ¡que le dejen en paz!

Pero de nada sirve quitarles las burbujas, ¡parecerán luego otras muchas más! Si hay un cadáver, es de eso de lo que tiene que ocuparse.

El pecado es una misericordia de Dios, es la señal de que «hay algo podrido en el reino de Dinamarca», de que vuestra existencia está tronchada, desequilibrada, enferma, moribunda. Pero la gente no pide más que eso: «¿No podría usted quitar esa señal de mi camino?»

Podrían entendedérselas bien con el cadáver, si no existieran esas burbujas.

Y ¿qué es ese cadáver? Que ya no eres hijo ni hija de Dios, que ya no lo escuchas, que ya no te habla Él, que no te dice nada, que no vives su vida — «*el hombre vive de toda palabra que sale de la boca de Dios*», «*sin visión el pueblo muere*» —, que tú no crees ya en su amor.

Y es eso lo que hay que cambiar, en vez de contentarse con dar absoluciones sobre una burbuja. Pero la gente quiere seguir intacta, no tiene ganas de cambiar, no se atreven a arrancar nada de sus vidas ni de sus costumbres. Quieren solamente que se les deje en paz con sus conciencias y con Dios.

¡Y eso es un modo de cometer un sacrilegio con este sacramento!

Sería necesario celebrar la penitencia de tal manera que *sensiblemente* se pudiera apreciar ese amor de Dios, esa acogida de Dios, esa resurrección al amor que Dios nos tiene.

* * *

No voy a hablar del «magisterio» de la Iglesia, porque hemos hablado ya del Evangelio, y el magisterio no es sino la Palabra de Dios predicada y proclamada en la Iglesia.

En cuanto a la jurisdicción, permitidme dos palabras.

Hay tres garantías en la Iglesia: la de los sacramentos, en primer lugar; se trata de una garantía casi total, ya que su eficacia no depende — gracias a Dios — del valor del sacerdote que los administra.

Luego, la garantía del magisterio, que ya no es tan grande: el campo en que el magisterio es infalible está estrechamente limitado; no hay más que un pequeño número de dogmas, y el resto de la enseñanza de la

Iglesia está en función del valor de los hombres que la transmiten.

Finalmente, para la jurisdicción (poder de mandar), existe una suprema garantía: a pesar de todos los posibles errores de sus jefes, ¡la Iglesia no morirá jamás!

No confundáis la jurisdicción con la infalibilidad del magisterio: «El Papa lo manda, hay que creer.»

¡No! Si manda hay que obedecer, pero no por eso hay que creer en lo que manda. No se obedece perfectamente más que cuando se cree en ello. ¡Si necesitáis creer que la orden es justa, entonces no obedeceréis jamás!

Debéis comprender y apreciar la orden que se os ha dado, tenéis incluso el derecho, y a veces el deber, de hacer conocer respetuosamente vuestras dificultades. Pero tenéis que obedecer.

Separaros de la Iglesia sería separaros de Cristo, romper con esa comunión de caridad que Él desea haya entre sus miembros. Y entonces, ¿a quién representaríais vosotros?, ¿predicaríais en su nombre o en el vuestro? Predicaríais una doctrina de amor y de unión que habríais desmentido solemnemente con vuestro proceder.

La Iglesia es el organismo de la salvación, la continuidad del mensaje, la presencia viva de Cristo, manifestada por medio de la agrupación de sus miembros. Cristo ha querido una Iglesia visible: por consiguiente ha querido una unidad visible y nosotros tenemos que profesarla. Para ello, Él ha querido que nos sometamos a unos hombres falibles. Nosotros no podemos disimular ni nuestro deber de obediencia ni su falibilidad.

* * *

Lo que le falta a nuestra época es una espiritualidad seglar: una espiritualidad del trabajo profesional y una espiritualidad de la vida matrimonial. Casi todos los cris-

tianos tienen ahora una espiritualidad de religiosos y religiosas. Y por eso se sienten un poco desquiciados, religiosamente hablando, en su vida de trabajo y en su vida conyugal.

Cuando le decís a un cristiano corriente: «Dime cómo vas en tu vida religiosa», podéis estar seguros de que os contestará con un examen de conciencia sobre sus prácticas piadosas. ¡Y eso aunque el principal mandamiento de Dios es el amor!

Tu vida religiosa es amar a tu mujer, a tu marido, a tu trabajo. ¿Cómo amas tú a tu marido, a tus hijos, a tu trabajo?... Tú estás tan cerca de Dios como lo estás de tu trabajo. Tú no respetas a Dios si no respetas tu vida profesional y matrimonial. Tú estás a igual distancia de Dios que lo estás de tu trabajo, de tu mujer y de tus hijos. No amas más a Dios si no amas más a tu trabajo. Ya que amar a Dios es amar su voluntad, su misión, todo aquello que Él te ha confiado. Tú serás, por tanto, juzgado por el modo como hayas cumplido la voluntad de Dios. «*Aquel que hace la voluntad de mi Padre...*» ¿Y cuál es la voluntad del Padre para ti? Tu trabajo. Tu vida religiosa será entonces tu trabajo y será allí donde tú serás religioso. ¿Qué significa ser religioso? Tú eres el misionero del Padre, el enviado del Padre. Tú estás encargado de la misión del Padre. Tú cumples con la voluntad del Padre, no en la iglesia, no orando. Eso, en tal caso, te servirá para capacitarte mejor, para darte fuerzas y energías. Pero donde tú serás religioso, esto es, donde tú cumplirás la voluntad de tu Padre, será en tu trabajo. Para vosotros la vida religiosa es vuestro trabajo, vuestra familia, y tú no amas a Dios si no amas tu trabajo.

Nadie se confiesa nunca de no amar su trabajo. Nadie. De llevarlo a disgusto..., casi nadie. Nunca se le ocurre a ningún hombre confesarse de no amar a su mujer, sobre

todo en el acto conyugal, de realizarlo por necesidad, en vez de hacerlo por amor. Vuestra vida religiosa es la voluntad de Dios sobre vosotros, y ¿cuál es esa voluntad? Que améis a vuestra mujer, a vuestros hijos, a vuestro marido y a vuestro trabajo, y que en todas estas cosas demostréis que amáis a Dios. Y por eso, cuando el confesor os pregunta por vuestra vida religiosa, es eso precisamente lo que os pregunta. Y si vosotros os dais cuenta de que eso no marcha, os diré desde luego, en primer lugar, que os alimentéis. Ante todo, es preciso sacramentalizarse. Hay que poner más amor de Dios en vuestras vidas. Es menester haceros participar ante todo del amor de Dios, y los medios para ello están en los sacramentos, en la oración. Pero lo esencial no es el sitio donde coméis, sino donde vivís. Vuestra vida no transcurre sentados a la mesa. Pues para con Dios sucede lo mismo, con Él os portáis lo mismo que os portáis en vuestra vida. Y si averiguáis que vuestra vida no va bien, tampoco irán bien vuestras relaciones con Dios.

A veces me encuentro con personas casadas que me dicen:

«Padre, ¿qué quiere usted que le haga? ¡Yo no puedo llevar una vida religiosa! Cuando era joven, entonces sí que iba a misa todos los días y rezaba y hacía ejercicios. Pero ahora me siento extraña a todo eso —excluida, desterrada—. Pero ya verá usted cuando me quede viuda, cuando me jubile... Entonces sí que tendré tiempo... Pero ahora estoy metida en jaleos (es la expresión) hasta el cuello. Soy incapaz de encontrar tiempo libre. ¡No me dejan mis cacerolas!»

Y yo les digo: «¡Ojalá estés en tus cacerolas! ¡El colmo sería que estuvieses en la iglesia cuando tienes que estar en tus cacerolas! Pero, ¿limpias tus cacerolas con amor?, ¿o no ves en ellas más que unos antipáticos pucheros? ¡Ahí está la cuestión!»

Por la mañana, en la iglesia, le decís al Señor: «*Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable, que te demos gracias en todo tiempo y en todo lugar.*»

Y a continuación, os volvéis a refugiar en vuestra vida rutinaria, en vuestra antipática cocina, en vuestra antipática fábrica, y vivís una vida llena de sinsabores y diciendo: «¡Ah! ¡Es terrible tener que vivir esta vida material y prosaica!»

«*En todo tiempo y en todo lugar es digno y justo, equitativo y saludable darte gracias...*»

¿Hay entre vosotros alguno que rece, que dé gracias en el sitio en que trabaja?, ¿hay alguno entre vosotros que ame a su trabajo?, ¿hay alguno que dé gracias a Dios, por la mujer que Él le ha dado?, ¿por el marido que le ha confiado?, ¿por los hijos que ha tenido?, ¿por el trabajo que le ha encomendado?, ¿por la misión a que le ha destinado?, ¿dais gracias por todas estas cosas? ¡Pues eso es la encarnación! Es uno de los aspectos de la encarnación y en eso consiste la espiritualidad de los seglares. Se ha hablado a veces de este dilema: o hago acción católica o me meto en lo material hasta el cuello...; «mi profesión es tan pagana, que me gustaría realizar algunas actividades *religiosas*».

«¡Por favor! ¡Si es algo religioso lo que tú haces cuando trabajas con amor...! ¡Si cuando salís de la iglesia es precisamente cuando entráis en la iglesia...! Cuando una mujer suspira: “¿Qué le pondré hoy para comer?”, esto debería significar: “¿Cómo le voy a demostrar hoy que le quiero?”».

Durante treinta años, ¿qué es lo que hizo el Hijo de Dios? ¡Cortar maderos en un taller aldeano!... ¿Y qué hizo María durante toda su vida? Cocinar, lavar la ropa, limpiar la casa, coser (¡Ella no pertenecía a la acción católica!): si Dios tuvo necesidad de ese culto, de esa devoción, de esos menesteres (y aquí cada uno puede

decir cuál es su oficio), ¿quién de vosotros se podrá sentir excluido de darle ese culto y no se sentirá feliz y dichoso de poder continuarlo?

Si el Hijo ha sido enviado al mundo, ¿quién no se sentirá feliz de poder decir cada mañana, como oración matutina: «Dios amó tanto al mundo que envió a su hijo, a su hija, para salvar al mundo»?

Marchad a vuestra antipática oficina, a vuestro antipático trabajo, a vuestro antipático marido, a vuestra antipática cocina... y decid: «Dios ha enviado a su hijo al mundo para salvarlo.» Y entonces estaréis dentro de la esfera de lo religioso, en el corazón del Padre, entonces seréis religiosos.

La realidad se deformó cuando los religiosos quisieron imponer su espiritualidad a los seglares, diciendo que también para ellos ser religioso era ir mucho a la iglesia... ¡como lo hacen ellos!, ¡o por lo menos, lo que deberían hacer!, porque actualmente se les ve por todas partes, intentando aparecer como seglares: ¡es su mayor deseo! Santa Catalina de Sena, a un abogado que le pedía que fuese su directora espiritual (ella tenía muchos dirigidos — los sacerdotes, por el contrario, tienen muchas dirigidas —; si las mujeres pudieran algún día ser sacerdotas, habría más hombres que se confesasen y que fuesen a los sermones), le dijo Santa Catalina que sería su directora con estas dos condiciones: primero, que dejase a su mujer; segundo, que renunciase a su profesión... ¡No existía en aquellos tiempos espiritualidad seglar!

San Bernardo, cuando se convirtió, se llevó a toda su familia al monasterio, incluso a sus hermanos casados. Fueron treinta los que entraron en el convento. ¡Sus mujeres no tuvieron más remedio que entrar también! Eran incapaces de pensar las cosas de otro modo: no era posible santificarse en el mundo. Esta concepción duró

siglos, e incluso ahora muchos opinan lo mismo: yo seré más religioso cuando vaya más a misa. ¡Y no es verdad! Tú serás religioso cuando ames un poco más a tu mujer, cuando ames un poco más a tu marido, a tu cocina, cuando hagas con un poco más de amor lo que haces en tu cocina, lo que haces en tu fábrica, en tu despacho. Será entonces cuando progresarás un poco más en tu religión, y sólo entonces.

Una paradoja: Goriot — ese viejo ateo — ha dicho estas palabras admirables (¡es un pobre señor, pero adora a sus hijas!): «Cuando me convertí en padre, comprendí que también podría convertirme en Dios.» Y la mayor parte de nuestros cristianos, es a partir del momento en que empiezan a ser padre o madre, a partir del momento en que se casan, cuando dicen que no les es posible llevar una vida religiosa. «Estoy demasiado ocupado.» A partir del día en que han conocido el amor, dejan de conocer a Dios. Están sumergidos en lo material.

Hace años que he intentado convencer a todas las personas que conozco, a todos los hogares en que he predicado, de que hicieran un cuarto de hora diario de oración. Al principio les pedía media hora... Y después de veinte años, la verdad es que no he conseguido nada, ni incluso en los mejores ambientes. ¡Nadie reza! ¡Y no hay que extrañarse de ello, porque el caso es general!

Y después de esos veinte años, he empezado a pensar. Y mirad lo que he comprendido: en el fondo, lo que les impedía rezar, era que la oración significaba para ellos una especie de remordimiento en sus vidas; tenían la impresión de que el conjunto de sus vidas, lo esencial de sus vidas, era algo profano, completamente profano, y de que lo que hacían no era más que rebañar unos minutos de la superficie de sus vidas para dárselos a Dios. Entre

su vida y su oración existía un abismo. Decían una oración y luego se sumergían en lo material. Y por eso, en el fondo de sus almas se sentían apresados, cogidos, amarrados a lo profano y, finalmente, preferían dejar lo superfluo, los remordimientos, esa actividad marginal de la oración. Se sentían a disgusto cuando rezaban, como si estuviesen fuera de su mundo, de su verdadera patria, el mundo material. Se sentían extranjeros en la iglesia, como unos auténticos «condenados de la religión».

Primera oración que tenéis que hacer: una oración de gratitud y de acción de gracias. ¡Un grito de júbilo y de alegría! No sentiros paganos en la iglesia, condenados de la Iglesia, sino gritar con entusiasmo: «Señor, muchas gracias porque has querido confiarme a este hombre, a mí marido; Tú has tenido confianza en mí, podrías haberlo metido en un convento (¡a veces él me dice que hubiera sido preferible!). Pero si Tú me lo has confiado, es porque en cierto modo Tú has creído que yo lo podía hacer mejor que Tú. Si no, Tú te lo hubieras cogido para Ti. Tú me has confiado este trabajo — Tú lo hubieras podido hacer sin mi ayuda —, esta tarea, este lugar, estos padres, estos hijos, esta situación. Yo soy tu representante; Tú has delegado en mí tus funciones y has depositado en mí tu confianza. Pues bien: yo te doy gracias por haber confiado en mí, me entusiasma poder ocupar tu sitio y estoy seguro de que me darás todo lo que necesito para quedar bien, ya que no he sido yo, sino Tú, el que me has escogido, el que me has enviado: hágase, pues, en mí tu voluntad.»

Esa es la primera oración, la de acción de gracias, la «Eucaristía». Venís a misa no para pedir gracias, sino para darlas.

Me pregunto a veces de qué dan gracias los cristianos. No hacen más que pedir, pero no he visto a casi nadie que

se le haya ocurrido agradecer. ¡No dan nunca gracias y quieren participar en la «Eucaristía»!

¿Sabéis cuál es el momento esencial de la misa? ¡Un brindis! El momento esencial de la misa es la consagración, el canon. ¡Y eso es un brindis!

Recientemente pude leer las propuestas de algunos obispos para el Concilio. ¡Son prudentes los eclesiásticos! Muchos de ellos pedían: «Suplicamos con todo respeto a Su Santidad que tenga a bien permitir el uso de las lenguas vulgares, al menos en las partes que el pueblo deba comprender.»

¿Y qué es lo que el pueblo debe comprender?

Los obispos precisaban: «La misa de los catecúmenos.» ¡El resto podía seguir siendo incomprensible!

¡Pero el canon es un brindis! ¡Y todos tienen que entenderlo! ¿Qué es lo que pasa en el canon? Cuando uno se levanta y dice: «Amigos, es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que demos gracias, que levantemos nuestro vaso en honor de nuestro anfitrión. Él ha hecho esto y aquello por nosotros. La víspera de su pasión tomó el pan entre sus manos santas y venerables, tomó el vino en sus manos santas y venerables, lo bendijo y lo repartió. Y nosotros, en recuerdo de aquello, para agradecerse, para alegrarnos con él, porque hemos recibido todos esos bienes y esos regalos... *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri... omnis honor et gloria.*» Y el pueblo dice: «*Amen!*» ¡Las personas bien educadas aplauden al final del brindis!

Eso es el canon: un discurso presidencial, en el que se levanta la copa para brindar por Dios. Y en la comunión... todos beben o deberían beber... Pero nos hemos olvidado de todo esto. Ese brindis del presidente de la asamblea se celebraba ya entre los judíos. El padre de familia, en medio del banquete pascual, se levantaba y

decía: «Os acordáis de vuestra liberación de pascua? Vamos a comer y beber en honor de Aquel que nos libertó de la esclavitud de Egipto. Él creó el mundo y nos lo entregó, y obró por nosotros maravillas sin cuento... ¡y en su honor...!»

¡Y ahora tenemos que decirlo en voz baja, en latín!
¡Vaya brindis! ¡En voz baja y en latín: el pueblo no debe comprenderlo...!

Lo esencial de la misa es la Eucaristía, la acción de gracias. Le dáis gracias a Dios por haber tenido confianza en vosotros y por todo lo que Él os ha dado. La primera oración del seglar es la de dar gracias.

Y la segunda es decirle: «Tú ya sabes que yo soy incapaz. Espero que Tú me des todo lo que necesito para cumplir mi destino.»

Si no, en vuestra misión o en vuestro matrimonio correríais el peligro de pasar un período de exaltación a otro de depresión, cuando uno está bien hinchado lo único que le puede pasar es que se desinfla.

Por eso le decís a Dios: «Tú me has confiado a esta mujer, Tú me has encargado de esta misión, de este trabajo, yo lo he aceptado por Ti, porque nunca me hubiera atrevido a aventurarme yo sólo.» Esa es precisamente la razón por la que consagraís vuestro matrimonio y por la que meditasteis en vuestra vocación. Por eso, no habéis emprendido vuestro camino vosotros solos, por vuestra cuenta y riesgo. «Eres Tú de verdad el que me envías? Pues entonces, me decidiré. Y por eso mismo cuento contigo si las cosas no van bien.» Entonces, no hay ningún motivo para sentirse exaltado, ya que por mi cuenta no me hubiera atrevido a ir, ni tampoco hay ningún motivo para sentirse deprimido, porque como no esperaba nada de mí mismo, nada me puede extrañar: todo lo espero de Dios.

Las dos oraciones del seglar: yo te doy gracias, y yo confío en que me darás todo lo que necesito para la misión a la que me has enviado.

Es necesario revelar a los seglares el valor religioso de su profesión, de su trabajo, de su matrimonio, de sus responsabilidades; pero desde que se les habla de vida religiosa, ellos no piensan más que en la vocación de los religiosos.

Cuando se tiene esta concepción religiosa de la vida, nadie puede sentirse «condenado a trabajos forzados en la tierra», nadie puede sentirse un «minus habens» en la Iglesia. Y como entonces el seglar se siente en relación afectuosa, amigable, yo diría profesional, con Dios, entonces empieza a gustarle la oración. Solamente después de haber prorrumpido en ese grito de gratitud y de confianza, es cuando el seglar entra en una relación con Dios tan amigable y confiada, que se convierte en un verdadero trato con Él.

* * *

¿Cómo rezar? ¿Qué cosa es rezar?

Todo el cristianismo es una participación en la muerte y resurrección de Cristo. Todos los sacramentos nos asocian, nos comprometen con la muerte y la resurrección de Cristo. En el bautismo somos sepultados para volver a renacer renovados, lavados por el agua lustral, completamente nuevos: muertos y resucitados.

Una confesión, una auténtica confesión, es una muerte y una resurrección. Los que se confiesan de verdad, lo saben bien. Una muerte a sus caprichos y una resurrección al amor, a la gracia, al gozo, al perdón de Cristo, que incluso nos lleva a que nosotros mismos nos perdonemos el haber pecado.

Una misa de verdad es una participación en la muerte y la resurrección de Cristo. Al comenzar nuestra jornada,

le decimos a Dios: "Yo renuncio a esta jornada, te la doy. Yo podría comer de mi pan, pero mi pan no me alimentará y por eso te lo doy a ti. ¿Y mi vida? También te la ofrezco. No tengo confianza en mi pan. No tengo confianza en mí mismo para vivir mi jornada, para realizar mi trabajo, para vivir mi vida. Aquí los tienes, Tómalos.» Y Dios los acepta y los recibe, los consagra, los santifica, los transforma, los transustancia. Y nos da su propio pan, su propia vida, es Él el que viene a vivir en mi jornada. Y entonces yo puedo intentar comenzar a vivir. Pero antes tengo que morir y resucitar.

Pues bien: también la oración es la gran manera de morir y la gran manera de resucitar.

«Hay una raza de demonios que sólo la oración puede arrojar», dijo Cristo.

¿Cuál es vuestro demonio? ¿Lo habéis encontrado ya? ¿Lo sentís dentro de vosotros mismos? Vuestro demonio es vuestro carácter impulsivo, violento, agresivo, cerrado, egoísta, avaro. Vuestra manera de ser tan raquítica. Hay una raza de demonios que sólo la oración puede con ella. Una especie de muerte que sólo se puede experimentar en la oración. Una especie de morir a vosotros mismos que sólo se puede llevar a cabo con la oración. La oración es una participación en la muerte y resurrección de Cristo.

Cuando venís a orar, en la balanza de vuestra existencia, el platillo de Dios pesa muy poco: está allí arriba, entre las nubes. Y el platillo vuestro es pesado y está sobrecargado, aplastado, hundido en el lodo, hay encima montañas de sinsabores, de nerviosismos, de rencores, de impurezas, de violencias: ¡imposible liberarse de esas montañas! Entonces quedan dos caminos: uno de ellos, mostrarse energético, empuñar el látigo, hacer un esfuerzo supremo ¡y volver a hundirse de nuevo! Desconfiad de

la voluntad de las grandes tareas! Después de ponerse en tensión, se hunde y falla.

¿Qué hacer entonces?

Hay que cambiar los platillos de la balanza. Id a la oración y dejad que se llene el platillo de Dios. Poco a poco, lentamente, iréis sintiendo cómo va bajando Dios, cómo se va haciendo real: Dios a vuestros ojos va siendo cada vez más bueno, más presente, más fuerte, más Dios. Y luego, en el momento que menos pensamos, el platillo de mi egoísmo empieza a subir, empieza a flotar, se va haciendo soportable. Es cierto que la oración mueve montañas. Que hace cosas que nosotros no somos capaces de hacer. ¿No lo habéis experimentado vosotros? Esa es la cuestión: ¿habéis experimentado vosotros que la oración hace cosas que vosotros seríais incapaces de hacer?, ¿que os hace morir a vuestra voluntad, a vuestros resentimientos, a vuestros desánimos, a vuestras agitaciones? ¿que os hace morir y que os resucita, haciendo de vosotros un hombre nuevo?

La madre que viene a rezar porque tiene a su hijo enfermo... Su marido le ha dicho: «No hay nada que hacer.» El médico ha intentado tranquilizarla: «Lo hemos probado todo.» Ella se enfrenta contra su marido y contra el médico: viene a la iglesia; viene a decirle a Dios que ella no quiere que su hijo muera, que Él no lo puede permitir, que no lo permitirá nunca, que ella no se lo perdonaría jamás. Pero si esa madre continúa (porque es necesario quedarse rezando un rato largo), si profundiza en su oración, poco a poco irá sintiéndose más cerca de Aquel a quien ora y más lejos de aquello que pide. Y cuando se levante, ella misma se sentirá extrañada de las palabras que habrán salido de sus labios: «Lo pongo en tus manos. Confío más en Ti que en mí misma. Tú sabes mejor que yo lo que le conviene. Te confío a mi hijo, sabiendo que está mejor entre tus

manos que en las mías.» Y cuando vuelva a casa, se sentirá tranquila, serena, reconfortada. ¿Qué es lo que le ha pasado? Que ha muerto y ha resucitado.

Si leéis el Evangelio, os encontraréis con algo inaudito: Jesús empieza siempre por rehusar aquello que le piden. Empieza siempre haciendo morir. Incluso a la Virgen: comenzó ella por pedirle una cosa que no era necesaria y escuchó una negativa; entonces puso en su Hijo una confianza total: «*Haced cuanto Él os diga.*» Y entonces fue escuchada.

Marta y María le enviaron, cuando enfermó su hermano Lázaro, un mensaje lleno de delicadeza y confianza: «*Señor, el que amas está enfermo.*»

¿Rezáis así vosotros?, ¿tenéis en vuestro corazón un cierto número de «palabras de Dios» que os sitúan en estado de oración? La mayor parte de los cristianos son unos salvajes en sus oraciones. Jamás se les ha ocurrido buscar, indagar en qué condiciones tienen que ponerse para orar. Y por eso, cuando intentan hacerlo, se sienten vacíos. E intentan justificarse de no rezar nunca, diciendo: «Es que no lo sé hacer.» Intentadlo. Decid: «*Señor, aquel a quien Tú amas está enfermo, muy enfermo.*» O bien, la oración de la Virgen en Caná de Galilea: «*Señor, no tienen vino.*»

El milagro de las bodas de Caná es el milagro del matrimonio, que significa que incluso en el matrimonio hay que morir y resucitar. En el matrimonio hay dos amores: el primero es el amor de la carne y de la sangre que tiene que morir para que resucite un segundo amor tan distinto del primero como lo era el vino milagroso sobre el vino primitivo. El segundo amor del matrimonio es mejor que el primero. En el matrimonio hay que experimentar una muerte y una resurrección, porque es

un sacramento. Las bodas de Caná fueron eso: dos jóvenes esposos, encantados, entusiastas, han invitado al Señor a su boda. Probablemente no pusieron en Él mucha atención, porque estarían demasiado ocupados... Pero, en fin, el Señor estaba allí. Y luego tuvo lugar, como suele suceder, la catástrofe: se acabó el vino. Una fiesta que termina con agua y un matrimonio que amenaza con aguarse también. Primera desilusión conyugal. Primera prueba de la vida en común. Primera decepción. Primer fracaso. Pero el Señor está allí. Con mucha discreción se lo dicen, Él se compadece, da una orden. Y el segundo vino resulta más exquisito que el primero. No hay verdadero matrimonio sin una muerte y una resurrección. Y el segundo amor es mejor que el primero.

Marta y María: «*Señor, el que amas está enfermo.*» Y después de oír que Lázaro estaba enfermo, Jesús se queda en aquel sitio otros dos días. ¡En vez de ponerse en marcha! ¡Esperó hasta que estuvo muerto! A primera vista parecía que se negaba a curarlo. Siempre en contra de nosotros. Pero por fin, se marchó a resucitar a Lázaro. Quiso que murieran a lo que habían pedido para resucitarlas a una confianza total en Aquel a quien se habían dirigido. Dios nunca quiere dar menos que Dios.

El oficial del rey: «*Ven en seguida a curar a mi hijo que se va a morir.*» Jesús responde: «*Si no veis milagros ni prodigios, no creéis.*» Y el padre insiste: «*Señor, ven antes de que mi pequeño muera.*» Él no discute, no hace más que implorar. Cristo lo mira y dice: «*Vete, tu hijo vive.*» Comprendedlo bien: para aquel hombre había sido una negativa, había oído decir que Cristo curaba por contacto y quería llevarse a Cristo, conducirlo a su casa, obligarle a tocar a su hijo, así seguramente curaría, y Jesús le dijo: «*No voy, tú debes creer, vete.*» Y aquel

hombre se quedó pasmado, sin saber qué hacer. Jesús le pedía algo superior a sus fuerzas. «¿Tendré que insistir? ¿Tendré que irme? Quizá voy a perderme la mejor oportunidad de mi vida. Si vuelvo, mi mujer estará esperándome y me dirá: “¿Has visto al profeta?” “Sí.” “¿Por qué no te lo has traído?” “Es que no ha querido venir.” “Tu hijo ha muerto.”» Entonces, según el Evangelio, no repuso una palabra, estaba aplanado. Cristo le había pedido lo que más amaba en su vida. Eso es exactamente lo que le gusta pedir a Cristo: lo que no queremos darle. Y se marchó sin decir nada, sin darle las gracias, absorto por el esfuerzo que su fe había realizado.

Pero al día siguiente, cuando le dijeron: «*Tu hijo vive*», no tuvo más que una palabra: «*¿A qué hora?*» «*Ayer, a la hora séptima, le dejó la fiebre.*» Y el pobre hombre reconoció que era precisamente aquella la hora en que Jesús le había dicho: «*Vete, tu hijo vive.*» Y creyó... Había venido a exigirle a Jesús un milagro, a sacarle una gracia, y Jesús le exigió una confianza total, que se pusiera totalmente en sus manos.

La cananea se puso a gritar tras el grupo de los apóstoles. Jesús no le contestó ni una palabra. Su hija estaba enferma. Entonces los apóstoles, mal educados, como de ordinario, intervienen: «*Hazla callar al menos, que nos tiene ya hartos con sus gritos.*» ¡Caritativa intervención!... Jesús dijo: «*Mujer, yo no he sido enviado más que a las ovejas perdidas de Israel.*» La mujer insiste; Jesús replica con palabras todavía más duras: «*No está bien echar a los perros* (perro era la palabra con que los judíos designaban a los paganos) ... *echar a los perros el pan de los hijos.*» Pero aquella mujer (era una pobre) quiso despojarse de su racismo, de su orgullo, de su amor propio: «*Señor, los perrillos pueden comerse las migajas que se caen de la mesa de los hijos.*» Y entonces Jesús la miró

y le dijo: «*Tu fe es grande.*» Se habían hecho ya amigos, habían sonreído mutuamente. Jesús había abofeteado a aquella mujer hasta el grito más profundo de fe que había sido capaz de dar. Al principio, ella quería una gracia, una gracia con la que se marcharía luego contenta lejos de Él. Pero Jesús quería su amistad y por eso le rehusó lo que pedía para darle algo infinitamente mejor: su amor. Ahora ya aquella mujer tenía fe en Él, lo amaba. Eran amigos para siempre.

Esa es la especie de muerte y de resurrección por la que todos pasamos con la oración. Morimos a aquello que pedimos y resucitamos para Aquel a quien dirigimos nuestra oración.

Rezar es morir. Morir en toda una zona de nuestra existencia, en la que estamos demasiado vivos: la agitación, el orgullo, el miedo, el resentimiento; tardamos mucho tiempo en morir, nos duele morir.

Pero es también resucitar en una zona de nuestra existencia en la que estamos demasiado muertos y nos cuesta nacer. El aire que por primera vez penetra en los pulmones del niño, le obliga a gritar. La vida que vuelve a un miembro entumecido, el calor que penetra en un miembro helado, le obliga a uno a gritar: ¡es el dolor de nacer! Rezar también hace daño.

Deberíamos morir de vez en cuando, matar nuestro rostro triste u hostil, cerrado o provocativo que con frecuencia mostramos a la gente, esa máscara tras la cual nos parapetamos.

Incluso Cristo comenzó pidiendo algo que no le iban a dar:

«*Si es posible que se aleje de mí este cáliz...*» Pero cuando se levantó después de su oración, de su larga oración, decía: «*No se haga mi voluntad sino la tuya.*»

Y también: «*Es Aquel que en los días de su carne, habiendo con grandes gritos y lágrimas ofrecido súplicas a Aquel que podía librarle de la muerte, y habiendo sido escuchado a causa de su piedad, aprendió por sus propios sufrimientos, a pesar de ser su Hijo, qué es lo que era obedecer.*» Le pidió verse libre y le concedió que lo pudiera soportar.

Para rezar tenemos que morir, no se puede decir de verdad el padrenuestro sin morir. Muchas veces, so capa de una fórmula cristiana, la gente no dice más que una oración totalmente pagana:

«Padre nuestro, quédate en los cielos, no vengas a mezclarte en mis asuntos, no intervengas; si soy yo el que lleva la dirección, todo marchará sobre ruedas. Pero tengo miedo de que Tú te pongas al volante, porque sé que entonces me tocará ir adonde no me gusta... Padre nuestro, quédate en los cielos. Que mi nombre sea santificado, conocido, honrado, saludado, o por lo menos el nombre de mi asociación o grupo apostólico... Que se conozca un poco el bien que hacemos, que se divulgue nuestra obra... Que venga mi reino, que mi influencia se extienda, que crezca el número de mis penitentes, que mis bienes se acumulen..., que mi irradiación se intensifique... Y sobre todo que se haga mi voluntad.» ¿Habéis acaso vosotros rezado alguna oración distinta de ésta? «Además, Señor, si tú quieres añadir un poco de mermelada a mi pan de cada día, te quedaré muy agradecido; pero que quede bien claro que yo cuento con mis propias fuerzas para proporcionármelo, que con las cosas serias no valen poesías...»

Sería algo angustioso tener que pedir pan para esta misma tarde. Por otro lado, estamos seguros de que lo tendremos.

Cristo pasó una noche entera para decir una frase del padrenuestro, y nosotros nos lo merendamos en un san-

tiamén. Pero bajo capa de una plegaria cristiana, hemos conservado viva nuestra mentalidad pagana. Hemos de morir a nosotros mismos para aceptar que se haga su voluntad y no la nuestra. Y si el Señor necesitó toda una noche para ello, ¿cuánto nos costará a nosotros?

Ese es el motivo porque los sacramentos resultan tan poco eficaces. Les falta el contexto humano, son tan opacos y se han quedado tan reducidos que ya no disponen para la gracia que comunican.

Los cristianos usamos los sacramentos como si se tratase de unos *comprimidos* de religión, de unas *medallas* o *cruces* honoríficas, pero no aceptamos morir en ellos, ni deseamos resucitar en ellos. Nos utilizan a los sacerdotes, pero no nos escuchan. Están convencidos de que saben mejor que nosotros lo que es la religión: algo así como una flor en la solapa, algo que sirve para decorar las otras ceremonias de su vida, como un «seguro de cielo» al estilo de sus seguros de vida, de incendio y de accidente: toman precauciones contra Dios, pero rehúsan «perder» su vida; lo que quieren, por el contrario, es garantizarla y conservarla valiéndose de los sacramentos. Y no tienen ni pizca de ganas de resucitar, de conocer otra vida, de cambiar, de ser otro.

Y entonces hay una contradicción fundamental entre el efecto propio del sacramento y las disposiciones que ellos ofrecen, todo resulta estéril.

Es inútil distribuir los sacramentos a gente que no ora, que no quiere orar, que no quiere morir, que únicamente desea seguir siendo como es, ante todo y sobre todo.

Convendría que los sacramentos se celebrasen de una manera tan auténtica, tan elocuente y vital, que fuese imposible participar de ellos sin experimentar esa obligación de morir y esa necesidad de resucitar.

Morir y resucitar cuesta tiempo. ¡Dios necesita tiempo! Dios tiene en vuestra vida y en vuestra estima el lugar que tiene en vuestro tiempo. Vosotros mismos, ¿no decís también que no tenéis tiempo de rezar?

Si no tenéis tiempo para Dios, es que tampoco lo estimáis. Tenéis tiempo para todo lo que creéis importante: vuestro periódico, vuestro aperitivo, vuestro aseo, ¡qué sé yo! Si no tenéis tiempo para Dios, es que Él no tiene importancia para vosotros. Prácticamente, sin oración, tú eres un ateo, a pesar de que eres algo sagrado (¡lo único que hay de sagrado en el universo!). Tu empleo del tiempo está determinado por tus juicios de valor. Si Dios no tiene sitio en tu tiempo, es que Él no es un valor. Tú eres un ateo. Un ateo con nostalgias, con ilusiones: «¡Oh! ¡Me gustaría rezar! ¡Ah si yo pudiese rezar! ¡Ah, si yo supiese rezar!»

Me dijeron una vez: «Cuando un marido ama más a su mujer, es cuando la ha engañado. Entonces es cuando siente de ella más nostalgia y cuando se muestra más tierno. Entonces es cuando le hace más regalos.» Pues bien, si decís a Dios: «¡Ah, cómo me gustaría rezar!»..., es que le engaños, es que le habéis sido infiel. Es que en el fondo, lo rehusáis. Si Dios no ocupa un sitio en vuestro tiempo, es que tampoco lo ocupa en vuestra estima.

Dios os pide consideración. Precisamente sois apóstoles cristianos por eso: porque consideráis a cada hombre como persona, como un valor sagrado. Ahora bien: ¡Dios es también una persona!: Dios es hombre, los hombres son Dios, Dios es hombre. Tratáis a los hombres como a Dios. Tratad entonces a Dios como a un hombre. Si no, es que no creéis en la encarnación. Como toda amistad, la amistad con Dios pide también un poco de tiempo, algunas atenciones, algunos cuidados. Si no, ni hay amistad ni hay Dios.

¿Cómo hay que rezar? Nadie sabe rezar. A una devota que se confesaba de tener distracciones en la oración, le dijo uno de mis amigos: «Está bien, lo que yo tengo de vez en cuando es una oración en mis distracciones...»

Nadie sabe rezar. Y yo no conozco más que una fórmula para orar: ¡hay que rezar mucho tiempo, con pocas palabras! Así lo hacía Cristo: pocas palabras y mucho tiempo... «Y se marchó repitiendo las mismas palabras...» ¿Cómo rezaba la Virgen? ¡Con pocas palabras! ¡Durante largo tiempo! Ella decía su rosario, repitiendo siempre las mismas palabras, «recogiendo todas estas cosas y meditándolas en su corazón».

Medio para ello: leer ante todo un trozo del Evangelio: notaréis que ese pasaje os habla (¡si por casualidad os encontráis con alguno que os hable!), y lo repetiréis hasta que hayáis agotado su efecto.

¡Es estupendo rezar el rosario! Pero hay que decir la decena de una vez. Hay que decir: «Dios te salve, María... Buenos días, María... Yo te saludo, María..., ¡María!»; después de ocho veces empezaréis a daros cuenta de lo que decís. ¡Intentadlo! Todas las palabras son vulgares, están demasiado usadas. Rezar es darles sentido, hacer que vuelvan a ser virtuales, dejarse inspirar por ellas.

Si habéis dicho de verdad: «¡Padre!», os sobra todo lo demás... Si Él es Padre, todo irá bien. Pero para ello se necesita tiempo, mucho tiempo. Cuando he dicho ¡Padre! como conviene, ya se acabó el tiempo de la oración.

Ejercitaos en decir: «¡Padre!» No, yo no lo creo. Señor, haced que de verdad diga ¡Padre nuestro!... ¡Padre!... ¿Cómo soy yo padre?, ¿qué clase de padre sería yo?, ¿cómo sería yo para mi hijo? Y Él es eso conmigo..., mucho mejor de lo que yo sería con mi hijo... ¡Padre!...

Podéis pasar en ello varias horas antes de que lo digáis de verdad. Cristo rezaba con pocas palabras durante largo tiempo. María rezaba con pocas palabras, durante largo tiempo.

Rezar es decirle a Dios: «Trabájame y haz que yo me deje trabajar, haz en mí tu voluntad, en mí, que soy tan activo, tan violento, con ganas siempre de imponer mis ideas, haz que yo muera, mátame, haz que yo viva.»

Para rezar bien hay que aprender a aburrirse. Fue una plegaria aburrida lo que salvó al mundo. Cristo la recitó durante toda una noche, una noche de aburrimiento y de desolación. Sufrió hasta sudar de aburrimiento, de ganas de marcharse. «*¡Que se vaya de mí este cáliz...!*» Unas ganas mucho mayores que las que vosotros podréis tener nunca de salir de la capilla, unos sufrimientos mucho mayores que vuestros hormigueos en las piernas, vuestras jaquecas, vuestros dolores de rodillas, vuestros deseos de salir, de escaparos. Durante una noche entera, Él estuvo sufriendo de aburrimiento, y porque a pesar de ello permaneció en su oración, por eso recibió fuerzas para cumplir con su misión, con su profesión de seglar.

Es vuestra oración aburrida lo que puede salvaros y lo que salvará al mundo. Será aburriándoos delante de Dios como inmensas zonas de vuestra alma que están dormidas y estériles comenzarán a respirar y a animarse. Cuando os hayáis aburrido largas horas delante de Dios, entonces empezareis a conocerlo de verdad, a conocer de veras su amor. Entonces os daréis cuenta de lo que es el amor: es permanecerle fieles en el aburrimiento, sentirse a gusto a su lado a pesar del aburrimiento, es querer más al otro que a sí mismo. Y habréis penetrado hasta el fondo mismo de la espiritualidad matrimonial cuando hayáis rezado durante largo tiempo, juntos los dos, convencidos de que Él es «Padre nuestro».

Decía en cierta ocasión Anatole France: «En el amor, únicamente gusta el comienzo; no me extraña que se encuentre placer en comenzar con frecuencia...» Ser fiel en el aburrimiento: es únicamente en la oración donde podréis llegar a reventar de aburrimiento. Al lado de Dios habrán transcurrido horas enteras y vosotros creéis que os habéis aburrido soberanamente, pero, en el fondo, seréis como el niño que se aburre, que cree que se aburre cuando está al lado de su madre... Entonces, no hace más que decir continuamente: «Mamá, ¿me dejas salir? Mamá, me estoy aburriendo. Mamá, ¿cuánto falta para comer?...» Pero cuando se queda sin madre es cuando comprende que nunca ha sido tan feliz como cuando se aburría al lado de ella. Estamos en la capilla: nos aburrimos con esos largos oficios, nos preguntamos cuándo va a llegar la hora de salir..., y, finalmente, nos vamos, y respiramos la primera bocanada de aire fresco y, de repente, notamos que hemos perdido algo... Estábamos tranquilamente aburridos y, a pesar de ello, Dios estaba allí durante todo el tiempo, ahora nos damos cuenta, cuando lo hemos perdido. Sabemos entonces que hemos perdido algo. Y casi nos vienen ganas de volver a entrar otra vez.

LA ESPERANZA

Nos dice san Pedro: «*Estad siempre dispuestos para dar cuenta de la esperanza que hay en vosotros.*»

¿Qué es lo que esperáis?

Los comunistas esperan la revolución universal, los colonizados el fin de la colonización, los proletarios la desproletarización, algunos cristianos generosos esperan que la Iglesia se ponga en estado de misión, de pobreza...; pero la inmensa mayoría de los cristianos lo único que esperan ¡es que las esperanzas de los demás no se realicen!...

Por ejemplo, ¿esperáis ir al cielo?, ¿estáis aguardando, esperando el cielo? «*Et expecto resurrectionem mortuorum.*» ¿Esperáis la resurrección de los muertos?, ¿la deseáis? ¡Una vida eterna! Pero, ¿quién la quiere?... ¿El cielo? ¡*Venga a nosotros tu reino...*, pero lo más tarde posible! ¡No tenemos prisas!

¡Imaginad un cielo de almas..., con querubines y serafines! ¡Una vida totalmente desencarnada! ¡O todo lo más, un material pasado de moda de palmas, de arpas, de cítaras, de coronas...! ¡Y como única ocupación..., la contemplación ininterrumpida de la majestad de Dios..., y quizá, de propina, un poco de música!

¿Tenéis algo que os gustaría eternizar? ¿Habéis disfrutado alguna vez de algo tan bueno, que os gustaría fuese eterno? ¿Amáis a algún ser hasta el punto de desear vivir con él *para siempre*? ¿Hay momentos en vuestra vida que os gustaría no terminasen jamás? ¡Esa es la

cuestión!... ¿Amáis al mundo, a las cosas, lo bastante para querer que participen también ellas en vuestra propia eternidad?

El cielo está en un plano de continuidad con la tierra. El dogma de la resurrección de la carne significa que la felicidad celestial ha de ser una felicidad humana. El cielo será un cielo a nuestro gusto: se parecerá a todo lo mejor que hemos visto en la tierra. Si no tenéis nada que queráis inmortalizar, ¿cómo amueblaréis vuestra eternidad? Yo no conozco más que una moral cristiana: empezad a vivir una vida lo bastante buena para querer vivirla siempre: haced lo que os gustaría hacer durante toda vuestra eternidad. No esperéis una vida futura: sería el colmo y el peor de los idealismos. No existe una vida futura..., no existe más que una vida eterna que consiste en «*conocerte a Ti, el único verdadero Dios, y a Aquel que has enviado, el Dios hecho hombre, el Hombre-Dios*».

¿Habéis empezado a conocerle? ¡Pues entonces habéis empezado ya la vida eterna! ¡Procurad que esa vida sea buena! ¡Procurad ser tan felices, tan amantes, que tengáis algo que eternizar! Es una vida de amor.

En el catecismo se dice: los méritos están producidos por actos de amor. El mérito es aquello de lo que disfrutamos en el cielo... No serán eternizados más que nuestros actos de amor... Si no amáis, no iréis al cielo, no habrá eternidad para vosotros... Vivid con los que os rodean de modo que pase un poco de cielo a vuestra vida cotidiana, esto es, de modo que tengáis algo que eternizar, algo tan bueno que podáis vivir para siempre con ello. Dios está con nosotros, desde ahora, para siempre. ¡Y también vuestro prójimo! El infierno — es evidente — será eternizar al prójimo, a aquel a quien no amáis. Y si esto es así, tendremos que cambiar en seguida las cosas. No podemos esperar que en el cielo cambie la

situación: el cielo no será más que la revelación de lo que hemos querido de verdad en la tierra.

La felicidad celestial será una felicidad tan humana, que todo el cosmos participará de ella. Gracias a Dios, no habrá un *¡sálvese quien pueda!*; nos salvaremos todos juntos, con nuestras armas y bagajes..., con nuestras flores, nuestros animales y nuestros perros. Podremos eternizar todo cuanto hemos amado: nuestra capacidad de redención se medirá por nuestra capacidad de amor. Si queréis a las cosas, las eternizaréis; si queréis a las personas, las eternizaréis.

Epístola de san Pablo a los romanos: «*Toda la creación entera está esperando ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios. Ella se vio sujeta al desorden, no por su gusto, sino con la esperanza de que la creación también se vería libre de la esclavitud de la corrupción, para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque nosotros lo sabemos: la creación entera gime y conoce los dolores de parto hasta ahora.*» Hay en estas palabras una promesa para todo el mundo. Amar todas las cosas lo suficiente para que podamos eternizarlas; saber que tendremos necesidad del mar, de los árboles, de las flores. ¿Para qué nos sirve tener un cuerpo, si no tenemos necesidad de nada de eso?, ¿algo meramente decorativo? Una felicidad humana con todo lo que vosotros hayáis humanizado de amor a Dios, con todo lo profano que hayáis consagrado. Con todo lo que hayáis divinizado en vuestra profesión y en vuestro amor. El seglar es una persona que ha tomado las cosas temporales en serio, que cree que lo eterno se vive en lo temporal.

Cuestión esencial: ¿Creéis que el fin del mundo ha de ser una catástrofe?, ¿una destrucción? ¿Creéis que el mundo puede terminar sin que nosotros lo hayamos per-

feccionado? ¿Creéis que Dios hará descender desde allá arriba un cielo prefabricado, barriendo de un manotazo todos nuestros castillos de arena, para demostrar que Él es el único que sabe hacer (¡paternalismo divino!) todas las cosas? ¿O creéis más bien que seremos nosotros los que vamos a construir, con su ayuda, nuestro cielo? ¿Creéis que la tierra puede convertirse en un mundo en el que habite la justicia?, ¿en el que se amen unos a otros? ¿Creéis que la redención, la salud del mundo, es indivisiblemente obra de Dios y obra del hombre?

Los cristianos del siglo XIX cayeron en un grave error: creyeron que el mundo había sido creado por un golpe de varita mágica ¡incluidos los fósiles! De ahí las crisis de fe tan dolorosas, cuando se comprobó la evolución.

La Iglesia se ha enderezado finalmente, juzgando incluso que, en el fondo, la idea de Dios crece y se embellece cuando se piensa que Él no hizo más que crear un germen, a partir del cual todo fue desarrollándose y transformándose. Dios creó a nuevos seres creadores y finalmente al hombre para que perfeccionase su obra.

¿Cuál es el origen del mal en el mundo? La gran objeción moderna contra la Biblia es ésta: los descubrimientos geológicos prueban que, antes del pecado del hombre, existía ya cierto malestar en el universo..., no el pecado..., pero sí un desorden; que el mundo era un mundo cruel, catastrófico, sujeto a cataclismos. El desorden del mundo ha sido anterior al pecado. Ya antes había espinas, y los animales se devoraban entre sí, y la serpiente se arrastraba sobre su vientre... Ya entonces el trabajo era un castigo... Entonces empezaron a concebir de otro modo el origen del mundo, y dijeron: «¡El desorden relativo no es un mal!» Desde luego, si Dios hubiese construido el mundo de la misma manera que un artesano

fabrica su obra, detalle a detalle, no sería posible admitir fracasos parciales, despilfarros fantásticos, crueldades terribles en el mundo animal, violencias catastróficas en la naturaleza: volcanes, explosiones atómicas espontáneas... No se podría explicar la proporción de desperdicios, el gasto de materia y de vida que atestigua la historia del universo. Pero si Dios ha lanzado a la existencia una materia animada de una especie de espíritu evolutivo, que va buscando su camino a través de innumerables ensayos, podemos decir que Dios ha acertado plenamente en su obra, desde el momento que su tentativa desemboca en un éxito triunfal.

El orden es final, el mundo no se justificará más que en su último perfeccionamiento. Dios no es paternalista. Dios, más bien, es un artista, y el artista trabaja con una exigencia loca y arrebatadora. El mundo contemplado en su origen os espantaría. Dios creó un mundo terrible. Un artista puesto ante su caballete, agarrado a sus pinceles, haciendo y deshaciendo esbozos, es un espectáculo en cierto modo aterrador. ¡Dios no es un buen papá!... Dios creó a un mundo que caminaría hacia un fin mucho más bello de lo que nosotros nos pudiéramos imaginar. Y ha querido emplearnos como colaboradores. ¡He ahí lo que fue el principio del mundo!

Pues bien. Yo me temo que los cristianos del siglo XX hagan con el fin del mundo exactamente lo mismo y que caigan en un error semejante al que cayeron en el siglo pasado y que tan caro les costó.

Ellos también esperan en un Dios paternalista. Están aguardando también un golpe de varita mágica que acabe con el mundo. Sin darse cuenta de que Dios puso en el mundo unas energías de resurrección que le hacen evolucionar continuamente hasta llegar a constituir el paraíso terrenal.

Esto no es imposible. Los teólogos nos dicen: «Hay que admitir entre el cielo y la tierra una continuidad y una discontinuidad; pero no sabemos dónde situar el límite.» No lo sabemos, porque eso precisamente depende de nosotros.

¿Cuál será la parte de Dios y la parte del hombre en la construcción de ese paraíso final? Eso os atañe a vosotros, los seculares: ¡el secolar es aquel que toma en serio su papel temporal! ¡Yo no puedo tomarlo en serio si creo que Dios lo va a barrer todo! ¿Habrá en vosotros algo que se pueda eternizar? ¿Valdrá la pena trabajar? ¿Habrá algo en vuestra obra, en vuestras relaciones sociales, en vuestra construcción del mundo, que vaya a ser eternizado? ¡Es una cuestión esencial!

La imaginación sencilla de la mayoría de los cristianos piensa únicamente en una catástrofe. Y de vez en cuando se oye decir con un suspiro de alivio: ¡ya podremos descansar cuando venga el fin del mundo!...

La cuestión es ésta: ¿Cristo nos ha puesto en la tierra para que demos nuestra buena voluntad hasta que Él nos libre de este mundo y nos introduzca en su cielo, que sustituye paternalistamente a nuestro universo aniquilado? ¿No habrá quizá lanzado al mundo fuerzas naturales y sobrenaturales capaces de transformarlo poco a poco, de hacer de él un lugar en el que habite la justicia y donde se amen unos a otros?

En toda la historia del mundo se ve que la salvación ha sido siempre una obra indivisible de Dios y del hombre. En la creación, Él encontró a alguien que se cuidara del resto... En la liberación de Egipto, Él les echó una mano, pero ellos tuvieron que sudar por el desierto... Obtuvieron la tierra prometida, que manaba leche y miel; pero se encontraron con un desierto, en el que tuvieron que trabajar y batallar duramente... La tierra prometida

era un regalo de Dios, pero también un esfuerzo para el hombre... Y vuestra propia salvación: también es un regalo de Dios, ¿pero no es verdad que os cuesta sudor y lágrimas?... Dios y el hombre: ¡indivisiblemente!, ¡inseparablemente!, ¡indistintamente!... Dios no es paternalista, Dios no hace las cosas por nosotros, en nuestro lugar. Pues bien, vuestro cielo será indivisiblemente un regalo de Dios, es verdad, pero también un trabajo del hombre.

Recuerdo ahora lo que decía el canónigo Dondeyne, cuando afirmaba que él no podía ser optimista: el mundo puede acabar en una catástrofe, tenemos ya en nuestras manos algo con que lo podemos aniquilar. Somos libres para hacerlo... Dios ha creado al hombre libre hasta tal punto que ha puesto de verdad su destino en sus manos, y por primera vez en la historia del mundo la humanidad puede suicidarse: ¡la suprema libertad! Las cosas pueden acabar de esta manera, pero esto depende de vosotros. No será Dios el que dé fin al mundo. Lo normal será que nosotros nos veamos obligados a entendernos y a continuar en el mundo. Eso es a lo que estamos llamados.

Estamos atravesando actualmente una terrible crisis de esperanza. ¿Por qué? Precisamente porque hemos empezado a comprender que podíamos suicidarnos. Porque los problemas se han ido complicando cada vez más. Y entonces nos sentimos impotentes. Porque la evolución es tan rápida que da la impresión de que corre más aprisa que nosotros. ¡Cuidado con la tentación del cansancio! No es lícito decir que los problemas ya no están a la escala del hombre. ¡Es todo lo contrario! ¡Sí que están a la escala del hombre! ¡Finalmente, la humanidad puede ser dueña de su propio destino! ¡Finalmente hemos encontrado la manera de poder alimentar a toda la huma-

nidad! Los hombres padecían hambre y ya podemos resolver ese problema. Ya podemos curar la lepra y otras muchas enfermedades. Ya hay medio para poder alojar, alimentar e instruir a todos los hombres, gracias a la energía atómica. Es posible todo ello, si la utilizamos como es debido.

Por primera vez en la historia, el hombre puede disponer del mínimo de bienestar necesario para poder practicar la virtud. Por primera vez se vislumbra como posible la evangelización del mundo, ya que estómago vacío no tiene oídos. Y se vislumbra lo que ha de ser la evangelización del mundo: la palabra de Dios anunciada a cada pueblo en su lengua, en su cultura, en sus estructuras. Un trabajo inmenso, infinito, del que nunca jamás hasta ahora habíamos tenido idea.

¡Nosotros somos los primeros cristianos! A escala de la evolución del mundo, dos mil años no significan nada. ¡No quiere esto decir que los que nos han precedido no hayan hecho nada! ¡Quiere decir que ellos han hecho mucho, porque nos han hecho a nosotros! Empezamos a ver la amplitud de los problemas, pero también la posibilidad de resolverlos. Tenemos ya la fecha del fin del mundo, es en san Mateo: «*El mundo acabará cuando el Evangelio haya sido predicado válidamente en todo el mundo.*» Podemos sospechar que la cosa va para largo... Válidamente predicado... ¡Tal como está la enseñanza religiosa! ¡Tal como está nuestra liturgia! Válidamente anunciado en todo el mundo... Un verdadero anuncio del evangelio, de la buena nueva, sin imperialismos, sin colonialismos espirituales: la buena nueva de la liberación de esos pueblos por el Evangelio..., sin la servidumbre del latín...

Cuando el Evangelio haya sido válidamente anunciado en todo el mundo, éste se acabará.

¿Creéis vosotros que convertiremos al mundo? ¿O tendría que bajar por fin Dios del cielo para aniquilar a los malos (después de habernos puesto a nosotros a buen recaudo), y poder nosotros, los «buenos», vivir juntamente felices? Pues bien, escuchad un pequeño pasaje de la Epístola a los romanos sobre lo que pasará al fin del mundo: «*Hermanos, no quiero que ignoréis este misterio; lo que le va a pasar a Israel no es más que un endurecimiento parcial, hasta que los gentiles entren por completo... Y entonces todo Israel será salvo.*» ¿Es eso lo que esperáis? ¿Es ésta la manera como esperáis vosotros el fin del mundo? «*Estad siempre dispuestos a dar cuenta de la esperanza que hay en vosotros.*» ¿Hay en vosotros esperanza? ¿Estáis seguros? ¡Las cosas pueden marchar mal! ¡El hombre es libre! Y eso es lo que se nos propone. Por eso nos promete Dios su ayuda, dejándonos libres. Dios no es paternalista. No nos quiere obligar. ¡Eso es a lo que Él nos llama!

Yo creo que tenemos que dar cuenta al mundo de nuestra esperanza. El mundo está sufriendo una terrible crisis de esperanza. Es Teilhard de Chardin el que lo decía: «*El mundo será de quien le pueda ofrecer, desde esta tierra, la más grande esperanza.*» ¿Cuál es la esperanza que vosotros podéis presentar al mundo?

Voy a resumir todo lo que se ha dicho durante estos días de retiro en dos palabras: Vosotros podréis darle esperanza al mundo, con la condición de que no habléis de una salvación individual, sino de una redención fraterna. Los gentiles todos dentro y los judíos con nosotros. Somos responsables unos de otros y queremos salvar a todo el mundo. Pensad en esto: hasta que el último santo no haya dicho su última plegaria, no es seguro que todo el mundo se haya salvado. Porque la redención no se ha acabado todavía, está en marcha.

Dios ha previsto, en el momento de la muerte de aquellos seres que se hubieran condenado sin vosotros, las oraciones que estáis haciendo ahora o que haréis luego por su salvación. El balance de la redención no se ha cerrado todavía. No creáis, sin embargo, que yo niegue el infierno... El infierno es indispensable; lo que no sé es si está habitado...

El infierno tiene que existir; si no, no podríamos ir al cielo libremente, por amor... Tiene que haber otro sitio adonde se pueda ir. Si todos no tuvieran más remedio que ir al cielo, éste sería un campo de concentración...

Por otro lado, si examináis un poco las cosas, veréis como no hay peor situación para un condenado que la de estar en el cielo... Eso sería lo que lo haría sufrir más. ¿Qué queréis que Dios haga por un condenado?, ¿que lo perdone? Eso es lo que le gustaría a Dios, pero el otro no le deja. No se puede perdonar a uno que no quiere recibir el perdón. Dios perdona. Dios es perdón. Pero el condenado no quiere saber nada de ese perdón.

Y en ese caso ¿qué es lo que puede hacer Dios? ¿Darle otra oportunidad? ¡Pero si le ha dado ya mil oportunidades, si no ha dejado de llamarlo en cada momento, si lo ha estado invitando continuamente!

¿Qué queréis que haga Dios con los condenados? ¿Dejarlos tranquilos? ¡Si es eso precisamente lo que hace!... Hay individuos que dicen a Dios: «Padre, hágase tu voluntad»; pero hay otros a los que Dios tiene que decirles: «¡Ea, hágase tu voluntad!» ¡No es Dios el que condena a los hombres! ¡Son los hombres los que se condenan! No os imaginéis a Dios como un verdugo: Dios ama a los condenados, como criaturas. ¡Bastaría un poco de arrepentimiento para acabar con el infierno!... Dios no ha creado el infierno. Dios no es capaz de crear un lugar de tormentos para vengarse de sus enemigos... ¡Todo lo que Dios ha creado es bueno! ¡Y Él ama todo lo que

ha creado! Está en la Biblia. ¡Es el condenado el que ha creado su propio infierno! Por otro lado, el infierno está en vuestra propia alma y no podrá estar más que allí. ¡Vosotros sabéis bien lo que es el infierno! ¡Vosotros habéis saboreado ese gusto en vuestra boca! Si así no fuera, no podríais ser válidamente juzgados. No habríais escogido válidamente vuestro destino eterno, si no lo hubieseis presenciado y experimentado.

Vosotros sabéis bien lo que es el infierno. El infierno es preferir ser desgraciado uno solo y para siempre, antes que recurrir a otros. El infierno es odiarse, odiar a todos los demás continuamente, sin cesar, aceptando voluntariamente ese odio. ¡El infierno! ¡Os gusta mandar a los demás al diablo y resulta que estáis vosotros con él! El infierno se lo hace un solo, sin necesidad de ningún otro. Es obra de manufactura, algo que se hace con las propias manos. Para el cielo necesitamos a todos, no podemos ser felices sin ellos.

¿En qué infierno os habéis encerrado vosotros hace poco? ¿No os acordáis? Uno se encierra en el infierno de su paraíso intelectualista, individualista, idealista, en lugar de buscar su paraíso en el amor de los hermanos.

El infierno es la expresión del respeto que Dios tiene a nuestra libertad. Dios respeta hasta tal punto nuestra libertad que ha decidido respetarla eternamente.

¿Y hay mucha gente en el infierno? Yo no lo sé. La Iglesia canoniza. La Iglesia dice auténticamente que hay santos en el cielo. Pero no condena a nadie. ¡Nunca jamás ha dicho de nadie que estuviese en el infierno! ¡Hace bien! Eso no se puede decidir ahora, ya que todavía está sin decidir: la redención no ha terminado. Todavía hay santos en el mundo; vosotros todavía podéis orar...

Todos los días en la santa misa rezáis «*pro totius mundi salute*»; ¡por la salud del mundo entero! Y me

parece a mí que lo que es objeto de oración, puede ser también objeto de esperanza... ¡La Iglesia me da derecho a seguir esperando: por eso es por lo que me obliga a rezar!...

Una salvación individual es intolerable para un hombre de nuestros días. Habéis leído las palabras de Péguy: «La ciudad que cierra sus puertas a uno solo es una ciudad de injusticias, en la que no me gustaría entrar.»

¿No necesitáis vosotros que todo el mundo se salve? Ese es el único motivo por el que vale la pena ir a rezar a la capilla, por el que vale la pena amar al prójimo, por el que vale la pena consagrar una vida, por el que vale la pena entrar en un convento.

¡Tenéis que aspirar nada menos que a salvar al mundo entero! ¡Dispuestos siempre a dar cuenta de la esperanza que hay en vosotros!

* * *

Así pues, ni hablar de una salvación individual. ¡Ni tampoco de una salvación idealista! «*Salvar su alma*»: tres herejías en tres palabras. *Salvar*: nadie se salva; ¡es Dios el que salva!... *Su*: ¡no llegarás jamás tú sola al cielo!, si estás tú solo, es que estás condenado. ¿Te llevas a los demás, a tu mujer, a tu marido? ¡Enséñame el pasaporte! ¡Tu pasaporte serán los otros, los que tú hayas salvado, aquellos a los que tú hayas dado la vida! Muéstrame que tú eres padre, que tú eres madre, que tú has engendrado a la vida, a la fe, a la confianza, al amor... Muéstrame lo que has hecho. Muéstrame a los otros. ¿Te los traes contigo? Acuérdate de aquel criado: vino con su talento, bien envuelto en un pañuelo, un alma toda pura e inmaculada, que ha metido bajo tierra para estar más seguro de que no se iba a ensuciar; lo enseña con orgullo, y le preguntan: «¿Dónde están los demás?»

«Ya no hay más...» Y fue condenado con su talento inmaculado...

Tampoco se salva *el alma*...; de eso no nos habla el Evangelio. Se salva el cuerpo. Resurrección de los cuerpos... de la carne, esto es, del hombre entero. No el alma. Si vosotros no fueseis más que almas benditas en el cielo, ¡no seríais vosotros mismos! Hay una transformación sustancial, en buena metafísica tomista, la mayor que se puede concebir: ¡un alma separada no es un hombre! Si Dios nos resucita, será con cuerpo y alma. ¡Resurrección de la carne! Cuando decimos que «*el Verbo se hizo carne*», queremos decir que el Verbo se hizo hombre. Cuando decimos que «*creemos en la resurrección de la carne*», no queremos decir que creemos en la resurrección de nuestros músculos, sino en la resurrección del hombre, de todo lo que en nosotros hay de humano...

Todas nuestras relaciones humanas, todo nuestro amor humano; por consiguiente, también vuestro matrimonio (¡no hablo en broma! ¡No creáis que vais a tener vacaciones en el cielo! ¡No habrá vacaciones para el matrimonio! ¡No os veréis libres de él! ¡Habrá para rato...! ¡Procurad entenderos, procurad que las cosas vayan bien!...).

Me diréis: «*El Evangelio trae profecías espantosas sobre el fin del mundo.*»

Es verdad, pero leed la interpretación de los exegetas actuales:

El fin del mundo, el fin terrible y catastrófico, ha tenido ya lugar. Quizá la mayor parte de nosotros no se ha dado cuenta, no lo saben; pero la verdad es que la muerte de Cristo señaló el fin del mundo, el fin de un mundo, de una era del mundo.

Todas las señales del «fin del mundo» se realizaron a la muerte de Cristo: el Príncipe de este mundo fue

echado fuera, la tierra tembló, el sol se oscureció y las tinieblas cubrieron la tierra; los muertos resucitaron y fueron vistos en Jerusalén; el velo del templo se rasgó y el centurión, en nombre de todos los pueblos, golpeó su pecho diciendo: «*En verdad, era éste el Hijo de Dios.*»

Y la resurrección de Cristo inauguró un nuevo mundo en el que Cristo ejerce su poder desde el cielo.

Era lo que Él había profetizado: «*No pasará esta generación — ésta, a la que Él se dirigía —, sin que todo esto se cumpla.*»

La muerte de Cristo fue ese «*sacrilegio abominable*» del que habla san Mateo: el Cuerpo de Cristo, verdadero Templo, fue profanado y rotos sus velos, y esto es lo que justifica las palabras dirigidas por Jesús a las mujeres de Jerusalén: «*Llorad sobre vosotros y sobre vuestros hijos.*» ¿Podéis imaginaros un crimen mayor «*tal como no lo hubo desde el principio del mundo ni lo habrá jamás*»? ¿Qué significa, a su lado, la destrucción del templo de Jerusalén el año 70, que ya había sido destruido tantas otras veces, y del que Cristo habla con tanta desenvoltura — «*destruid este templo y yo lo levantaré en tres días*» — indicando que el único Templo que importaba era su propio cuerpo?

Esa era la prueba capaz de hacer perder la fe a los elegidos, a los mismos apóstoles, y que por la misericordia de Dios quedó reducida a tres días.

Por tanto, lo peor ha pasado ya. El más terrible acontecimiento de la historia ha pasado ya. Y sería una falta de inteligencia y de fe seguir esperándolo y asustándonos de él.

Actualmente, nosotros estamos ya en la fase gloriosa del reino de Dios, en el tiempo de la alegría y de la esperanza: Cristo resucitado, como lo había prometido, envió a sus «ángeles», esto es, a sus mensajeros, a sus misio-

neros, a vosotros mismos, apóstoles y militantes, para reunir a sus elegidos del uno al otro confín. Es el tiempo de la Iglesia, el tiempo de la expansión irresistible de la misión de Cristo.

Es cierto que no todo ha terminado y que también nos tocará a nosotros padecer terremotos. La humanidad, el mundo entero sufre todavía los dolores de parto descritos en el Apocalipsis. Pero conviene que nos hagamos una idea cabal de lo que son esas convulsiones que deben suscitar nuestra esperanza.

Apocalipsis es revelación de algo que ya ha pasado. La siega es el «apocalipsis» del grano de trigo, de ese grano que la tierra ha ido madurando poco a poco y que la espiga ha ido elevando y aproximando al sol. Y la verdad es que la siega tiene también un aspecto catastrófico, de guadañas y de hoces. Pero, ¿no es verdad que todos la miramos más bien como una fiesta?

Del mismo modo, el nacimiento de un niño es un apocalipsis: sale a flote, a la luz del día, algo que la madre ha llevado oculto en su seno durante varios meses. Y a pesar de los dolores del parto, ¿quién no se alegra finalmente de ver que ha nacido un hombre?

Conviene tener en cuenta, además, los convencionalismos literarios de ese estilo apocalíptico. En la tumba de un rabino judío desconocido del siglo XI se lee este epitafio: «Fue un día calamitoso, fue un día de desgracias y opresiones, un día de tinieblas y de oscuridad..., en el que los cielos y sus luminarias se apagaron. Las estrellas se cubrieron de luto, los montes se doblegaron todo Israel tembló de espanto.»

Fácilmente os dáis cuenta de lo que significan esas expresiones: la muerte de aquel rabino había sido un acontecimiento cósmico. Era una manera de expresar que había pasado algo importante.

Nosotros, con nuestra mentalidad occidental, nos empeñamos en interpretar, en descifrar palabra por palabra toda esta poesía oriental, ¡y consultamos a los sismógrafos y a los astrónomos!

En una palabra, el fin del mundo será un acontecimiento... ¡cósmico! ¡Ya lo creo! ¡Todo el mundo se verá libre de la esclavitud de la corrupción! ¡Todo el mundo participará de la gloriosa libertad de los hijos de Dios!

Por otra parte, mirad cómo el Señor habla del fin del mundo, como si se tratase de una primavera: «*Entonces mirad, elevad vuestras cabezas, que vuestra redención se aproxima. Fijaos en la higuera y en los demás árboles: cuando empiezan a echar fruto, sabéis que se acerca el verano...*»

El fin del mundo será un apocalipsis: la revelación de todas las energías resucitadoras de Cristo lanzadas al universo y de la obra que, gracias a ellas, habremos realizado nosotros.

Sí. Habrá una especie de muerte y una resurrección. Habrá un «paso», una pascua, una fiesta pascual.

Cuando bautizáis a un hijo, hacéis un sacrificio: *sacrum facere*, realizar algo sagrado. Hacéis que algo profano pase a ser sagrado. Lo confiáis a otras manos distintas de las vuestras. Le infundís otra vida, distinta de la vida mortal que le disteis al nacer.

En cierto modo, habéis «sacrificado» a vuestro hijo. Pero ¿no es esto sobre todo un motivo de alegría? Vuestro hijo vivirá eternamente. ¡Lo habéis amado hasta el punto de eternizarlo!

Pues bien. Lo mismo ocurrirá al fin del mundo. El mundo puede y debe terminar en una eucaristía. Por medio de una restitución completa a Dios. «*Cuando la eucaristía se celebre por toda la tierra, el mundo pasará.*»

¿Qué otra cosa es la *misa* sino el medio de hacer presente el otro mundo, de hacernos pasar de este mundo al otro? Eso es lo que nos dice el Evangelio de Cristo, antes de su primera misa: «*Jesús, sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre...*»

Pero para que este mundo sea válidamente ofrecido y consagrado, para que pueda ser devuelto amorosamente a Dios en una eucaristía, será necesario — notadlo bien — que todos tengan un pan que ofrecer y un poco de vino con el que dar gracias. Si es verdad que el cristianismo se ha extendido primeramente en nuestra civilización occidental, que disfruta de tanto lujo de desarrollo material, ¿no será para que nosotros proporcionemos a toda la tierra, junto con una evangelización auténtica, la materia para su sacrificio, ese mínimo de alimento y de tranquilidad, con el que millones de hombres, actualmente subdesarrollados y explotados, puedan ofrecer su homenaje de gratitud a Dios?

¡Es tan hermoso pensar que el mundo se acabará el día en que nosotros hayamos repartido nuestro pan tan bien que todos los pueblos se lo puedan ofrecer a Dios!

«*Per quem haec omnia, Domine, semper bona creas, santificas, vivificas, benedixisti et praestasti nobis*»: debería decirlo todo el mundo gracias a vosotros. Por una vez al menos, repartir el pan de Cristo habría enseñado a los cristianos a repartir el suyo; los cristianos habrían aprendido a proporcionar los fondos para esta eucaristía mundial. Cristo se habría hecho de nuevo vivo entre nosotros para renovar aquel gesto que le era característico: «*¡Lo reconocieron en la fracción del pan!*» Y en un inmenso cántico de gozo, el mundo se elevaría hasta Dios proclamando: «*Per ipsum, et cum ipso, et in ipso est tibi, Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria, per omnia saecula saeculorum. Amen!*»

En fin, no se trata tampoco de una salvación «pater-nalista». Esto es, de una salvación que nosotros recibiríamos pasivamente.

Será una salvación progresiva, que será obra nuestra bajo la acción de la gracia. Yo creo en el progreso, no en un progreso rectilíneo, inevitable, ya que depende de nosotros y, por consiguiente, es libre. Vosotros os dais perfecta cuenta de si progresáis o no..., de que queréis o no queréis seguir adelantando... en vuestro amor, en vuestras relaciones, en vuestro trabajo... Pero el progreso es obra nuestra y el mundo no acabará hasta que no lo hayamos perfeccionado. ¡Todavía falta...!

Habrà, por tanto, una salvación progresiva... que será indivisiblemente obra de Dios y obra nuestra. ¡Si nosotros presentásemos este ideal al mundo...! Yo creo que entonces el mundo reconocería en nosotros su propia esperanza. El mayor servicio que se puede hacer a un ser es mostrarle un aspecto de sí mismo, en el que él se pueda reconocer y aceptar. En mis años de educador, me esforzaba en escuchar a mis alumnos, a cada uno en particular, de modo que sabía inventar de cada uno una imagen en la que ellos pudieran reconocerse y aceptarse. Eran adolescentes y les gustaba ponerse la careta, tomar poses, hacerse un poco gallitos para impresionar a los demás; a esa edad no tienen nada, están todavía desnudos, y tienen que darse postín... Para invitarles a que se quitaran la careta era necesario proponerles una imagen auténtica, en la cual pudieran ellos reconocerse, aceptarse...

Un enamorado lo hace por su amada, un marido por su mujer y una mujer por su marido... Es que ellos se aman y por eso se atreven a mostrarse auténticos el uno al otro.

Los poetas y los músicos, los pintores y los artistas hacen eso con su época. Y es terrible la imagen de nuestra época, el rostro en el que nuestra época se reconoce

y acepta: esas pinturas modernas... ¡Pero son verdaderas!

Hay una gran pintura moderna, hay genios; pero son gente desgarrada, destrozada, dolorida, porque nuestra época es también así. Y por eso mismo nuestra época es grande, porque es trágica. No es frívola, ni académica. No es como la época de los «años fáciles», en la que la gente no sabía hacer nada. No. Nuestra época sufre terriblemente, no le gustan los antiguos remedios, no le gusta copiar, quiere inventar: es magnífica...

Nuestra época no cree, pero sufre porque no cree. Toma las cosas en serio, y si sufre por no creer, eso es ya una semilla de fe. Nuestra época no espera, pero sufre por no esperar y eso es ya una semilla de esperanza. Nuestra época todavía no ha llegado a amar, pero sufre porque no ama y eso es una maravillosa semilla de amor: ¡sufrir porque no se ama!

Nuestra época está, pues, cerca de la redención; pero será menester mostrarle una imagen de ella misma y un porvenir muy distinto de ese *fin del mundo-reparto de beneficios*... Un fin del mundo en el que todos estemos juntos y que se proponga, no imponga, como colectivo; en el que cada uno se pueda sentir como de verdad es y pueda salvarse con todas sus maletas. Yo creo que entonces nuestra época se sentiría retratada en esa imagen, la aceptaría y reconocería su propia esperanza.

Si el mundo se convirtió, al principio, en masa, era porque en las comunidades cristianas, fervientes, fraternales, pobres, reconocía una imagen en la que se podía aceptar a sí mismo, a la que le gustaba parecerse.

Si queremos convertir y salvar al mundo, debemos proponerle toda la esperanza cristiana, con toda su fuerza y su amplitud; «¡el mundo será de quien le ofrezca, en este mundo, la más grande esperanza!»...